

Capítulo 23. Pablo de Tarso

La responsabilidad de Pablo • ¿A qué universo cultural corresponden las ideas de Pablo? • Los apóstoles rechazan a Pablo • Entonces... ¿qué predicaban los apóstoles? • ¿Qué buscaba Pablo? • ¿Quién era realmente Pablo de Tarso? • Una confirmación importante: la Carta de Santiago • Resumiendo la hipótesis

“Era preciso que la palabra de Dios fuese pronunciada para ustedes [los judíos] primero. Puesto que la han rechazado, y se juzgan desmerecer la vida eterna, contemplan ahora, nos dirigimos a los gentiles.”

—Pablo de Tarso, citado en *Hechos* (13.46)

Ahora les hablo a ustedes, los gentiles. En tanto que apóstol para los gentiles, glorifico mi prédica para la envidia y celo de mi propia gente [los judíos]...

—*Carta de Pablo a los Romanos* (11.13-14)

¡Escuchen, que les diré un misterio! ...El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado está en la Ley [de Moisés].

—*Primera Carta de Pablo a los Corintios* (15.51-56)

El argumento de este libro es que nuestra historia política occidental se ha definido por la lucha fundamental entre dos grandes contrincantes ideológicos: de un lado griegos y romanos, pugnando por esclavitud y represión, y del otro

persas y hebreos, pugnando por liberación y justicia. En la introducción consideramos cómo el crecimiento de la ideología revolucionaria, el judaísmo, aterraba a la aristocracia militarista romana en el siglo 1 EC. En el capítulo anterior hemos regresado a esa contienda de la antigüedad. Hemos visto con mayor detalle el predicamento de los emperadores romanos: acostumbrados a eliminar la oposición con fuerza, buscaban exterminar el judaísmo, pero las masas del imperio eran pro judías y estaban dispuestas a pelear por la Ley de Moisés.

La popularidad de la Ley de Moisés se explica fácil. Nacida, según la tradición, en una revolución de esclavos (*Éxodo*), ésta ley defiende los derechos de los esclavos liberados y está diseñada para erradicar todo abuso y opresión. La política imperial de esclavizar—con suma crueldad—a los pueblos conquistados actuaba como campaña mercadotécnica a favor del judaísmo (INTRODUCCIÓN). La aristocracia castrense romana debía andarse con cuidado, pues un exceso de represión antijudía podía convertirse en gatillazo de revolución, imposible de contener; mientras tanto, los judíos a toda velocidad convertían a los paganos—y ya estaban seduciendo también a muchos romanos (algunos de ellos, inclusive, miembros de las clases pudientes)—. ¿Jaque mate? A diestra y siniestra brotaban pretendientes al título de ‘Mesías,’ un líder enviado por el Dios Invisible para derrotar a los romanos y liberar a todos. El tiempo del imperio se agotaba.

Para quien estudia historia no hay nada más importante que el *contexto*. Por lo mismo es interesante que en discusiones de los orígenes del cristianismo—cuya fuente, nos dicen, es el judaísmo—no se mencione que justo al momento de aparecer los cristianos, en el siglo primero, los judíos estaban a punto de

ganar una gran victoria mediterránea contra la opresión romana. Pero es precisamente en este contexto que debe ser evaluado el contenido ideológico del movimiento cristiano. Repasemos brevemente, pues, los contornos del contexto (más detalles en el CAPÍTULO 22).

Consciente de su peligro, Augusto César provocó revueltas para justificar grandes matanzas de judíos. Su sucesor, Tiberio César, rebajó otros tantos con diversas políticas. Pero cuando Tiberio le encargó a Sejano, jefe de la guardia pretoriana y su mejor amigo, un enorme ataque contra la diáspora hebrea, resultó tal levantamiento popular (de judíos y sus aliados paganos) que el emperador totalitario y absoluto—un hombre de un poder vasto y una crueldad y soberbia inimaginables—*pidió perdón y ejecutó a Sejano*.

Semejante humillación sin duda encrudeció el odio antijudío del emperador y su guardia pretoriana, pero estaban aprendiendo a ser más cuidadosos. Los militares de Tiberio relevaron de su puesto al famoso Poncio Pilato, el cruel gobernador de Judea, cuando aquel estuvo a punto de producir una revuelta. Y los oficiales de la guardia pretoriana *asesinaron al siguiente emperador*, Cayo César, cuando su empeño en profanar el Templo en Jerusalén estuvo a punto de provocar una peor. Los pretorianos instalaron de emergencia a Claudio César, cuyo primer acto de Estado fue correr con cierto drama *a pedir disculpas a los judíos* (y eso que se habían sublevado en la ciudad de Alejandría).

Para entender el tamaño de esta nueva y doble humillación es preciso comprender que el orgullo romano se alimentaba de la subyugación total de sus víctimas, embelesando ese deleite con sendas crueldades gratuitas para

que los romanos, siempre tan inseguros, pudieran convencerse de su presunta superioridad. Solamente una imperativa aplastante—una realidad política y militar imposible de ignorar—pudo forzar el juicio práctico para que la aristocracia castrense pidiera disculpas de un pueblo subyugado. En otras palabras, los romanos sabían que habían estado a punto de perder su imperio. Pero esa situación exigía una respuesta, una solución, pues era simplemente intolerable que un pueblo bárbaro—¡asiático para colmo!—estuviera en condiciones de chantajear al emperador totalitario y someter su voluntad.

Ahora viene lo más interesante.

En el tiempo de Claudio, el emperador inaugurado en plena humillación, comenzó a predicarse en todo el Mediterráneo oriental un movimiento en nombre de un judío ejecutado por los romanos llamado Yeshua ha Nosri (Jesús de Nazaret). Este movimiento, por razones que aquí explicaremos, fue atractivo para muchos paganos que se habían acercado al judaísmo. El mensaje de estos ‘cristianos,’ como se hacían llamar, era que el anhelado Mesías de los judíos y de tantos paganos, el hombre que habría de derrotar a los romanos, había venido ya, y que los judíos, no sabiéndolo reconocer, lo habían matado. Entonces ellos, los cristianos, que sí reconocían a Jesús, serían ahora el nuevo pueblo de Dios: el ‘nuevo Israel.’ El cristianismo a gran velocidad reclutó paganos filojudaicos y los convirtió en antisemitas, incrementando paulatinamente la vulnerabilidad de los judíos. Fue gracias a esto que Roma pudo finalmente dar la vuelta a su ‘Problema Judío’: empezando con Nerón en la segunda mitad del siglo 1, lanzó con éxito grandes matanzas de judíos y los exterminó. En términos

proporcionales, se piensa, aquel genocidio fue mayor al crimen de los nazis (INTRODUCCIÓN).

Los historiadores, como decíamos, omiten este contexto sociopolítico cuando abordan el tema del nacimiento del cristianismo. Un caso típico es el celebrado Rodney Stark, quien relata, en un estudio reciente, *La Verdadera Historia de Cómo el Cristianismo se Convirtió en Movimiento Urbano y Conquistó a Roma*, subtítulo de *Ciudades de Dios* (2006). Su tesis—que la superior ética de los cristianos sedujo a mucha gente¹—no es novedosa, pero Stark promete defenderla con “ciencia social” y una multitud de estadísticas.

Debo apuntar que es *fácil* para un historiador conocer el contexto del conflicto romano-judío, pues los aristócratas gobernantes escribieron con todas sus letras cuánto les aterraba la popularidad de la Ley de Moisés, cuyo contenido revolucionario amenazaba todo su sistema (INTRODUCCIÓN, CAPÍTULO 22). Pero ni una palabra sobre esto en el libro de Stark. Según él los romanos se angustiaban de ver que tanta gente “abandonara la fe de los ancestros” para unirse al culto judío—porque los romanos eran ‘tradicionalistas’—. ²

Esfúmase así, con varita mágica, todo el contexto de represión militar, esclavitud, crueldad, y muerte. ¿Y las estadísticas? Son cifras sobre higiene, densidad, terremotos, incendios, enfermedades, etc.—cualquier cosa menos la crueldad de la aristocracia romana—. En todo el libro la palabra ‘esclavo’—la categoría de persona que reunía a la mayoría—aparece *una* sola vez (y de paso). Supongo, entonces, que por “ciencia social” se entiende negar lo obvio y omitir lo más importante. Los lectores de Stark, en semejantes condiciones, no pueden imaginar que volverse judío significaba

adoptar una denuncia abierta—no solo religiosa sino social, legal, política, y militar—de Roma, y que *ésta* era la razón de la muy especial represión romana contra los judíos.

Siente Stark al parecer tal aversión por el análisis político que para explicar el triunfo del cristianismo antiguo nos pide compararlo con el crecimiento reciente del *Unification Church*.³ Pero unirse a los ‘Moonies’ en Estados Unidos en el siglo 20 y 21 es un *lifestyle choice*, una elección de gente que vive en tolerancia y ve en la religión otro bien de consumo; volverse judío en la Roma antigua era una decisión *política* (y valiente). ¿Hemos de suponer que llamarse ‘el nuevo y verdadero judaísmo’—como hacían los cristianos—no era igualmente político?

¿Qué hacer con el trabajo de Stark? Cuando el contexto más relevante se omite y el punto de comparación no aplica las estadísticas sobran. Igual nos hubieran servido cifras sobre las poblaciones de moluscos en América Sur. Queremos saber qué significaba llamarse el ‘nuevo Israel’ y *declarar su apoyo a Roma*—como veremos que hacían los cristianos—en el instante preciso en que Roma buscaba destruir el judaísmo. ¿Acaso fue coincidencia que los romanos comenzaran a tener éxito contra los judíos justo luego de que los cristianos—engordando sus filas rápidamente de paganos anteriormente filojudaicos—acusaran a los judíos de haber matado al Hijo de Dios?

Para contestar esta pregunta debemos enfocarnos como laser sobre el responsable de lanzar la acusación: Pablo de Tarso. Y lo más interesante aquí es que el famoso ‘San Pablo’ fuera *judío*. ¿Cómo entenderlo?

La responsabilidad de Pablo

El movimiento cristiano que triunfó sobre toda su competencia es un sistema de creencias y también una institución. En las creencias vemos un movimiento ético: figura el amor al prójimo, la compasión hacia los pobres y enfermos, el rechazo de la violencia, la importancia de la oración, de la contrición, etc. Por ello ha producido hombres y mujeres ejemplares cuyo anhelo explícito ha sido emular el amor que ven en el Jesús de los evangelios. No seré el primero en observar, empero, que el gobierno institucional—es decir, la comunidad de sacerdotes que debiera sentar el ejemplo de paz y compasión—a menudo ha contradicho los valores éticos cristianos.

A través de los siglos el gobierno de la Iglesia ha sido duro con su propia feligresía. Se alió con aristocracias castrenses que suprimieron las libertades políticas de los pueblos cristianos e impusieron ignorancia y miseria; luchó por abolir la libertad intelectual; y lanzó guerras sangrientas. Los sacerdotes estaban por encima de la ley: los obispos protegían a clérigos ladrones, violadores, y asesinos cuyos crímenes se cometían al abrigo del fuero eclesiástico. En el Medioevo, Enrique II de Inglaterra se ganó una gran confrontación—y perdió—cuando quiso enjuiciar en cortes civiles a los clérigos criminales (CAPÍTULO 4).^{*} Muchos cristianos fueron torturados a

^{*} Algo de esto sigue sucediendo. Sabemos, gracias a procesos legales llevados a cabo en las últimas décadas en las cortes civiles y posrevolucionarias de nuestros Estados modernos occidentales, que varios obispos de nuestros tiempos encubrieron a sacerdotes que aprovechaban su autoridad para abusar sexualmente de la feligresía.

muerte por expresar alguna duda sobre lo que predicaba la Iglesia, ardiendo en hogueras por ‘herejes.’

El desajuste más dramático entre ética oficial y comportamiento real ha sido en el trato hacia los judíos. Si bien la prédica cristiana habla de amar al enemigo y ofrecer la otra mejilla, la jerarquía eclesiástica ha preferido perseguir a los judíos en Occidente por el simple ‘delito’ de favorecer su tradición, poniendo en marcha programas de ‘limpieza étnica’: conversiones forzadas, expulsiones, y masacres. Pese a sus virtudes, los textos cristianos contienen elementos de sobra para sustentar la persecución antisemita (PARTE 3). Aquí defenderé que el origen ideológico de esa persecución se encuentra desde el principio en la prédica de Pablo, y *que aquel ataque fundamental antijudío fue siempre instrumental, para oprimir a los mismos cristianos.*

¿Por qué carga Pablo con la responsabilidad?

En los primeros siglos de la Era Común, luego de la muerte de Jesús de Nazaret, el Mediterráneo abundaba en movimientos cristianos: los había gnósticos (una variedad de cultos), marcionitas, arrianos, ebionitas, etc. Pero a partir del Concilio de Nicea, convocado por el Emperador Constantino en 325 EC, comenzaría la erradicación sistemática de cualquier idea religiosa ajena al emperador. Apoyado por el imperio, triunfó el cristianismo ‘católico’ u ‘ortodoxo,’ el movimiento que “comienza, de acuerdo a la evidencia histórica, con las enseñanzas de Pablo.”⁴

¿Por qué con Pablo? Porque la “evidencia histórica” consiste de *documentos*, y según los expertos las famosas

epístolas de Pablo fueron escritas en la década de los 50s del siglo 1 EC; los otros documentos canónicos de la Iglesia—los evangelios y *Hechos de los Apóstoles*—se escribieron después. Tenemos, además, que en *Hechos de los Apóstoles*, el presunto relato ‘histórico’ del movimiento, no son los apóstoles—pese al título—quienes figuran como grandes protagonistas sino *Pablo*. Finalmente, las cartas o epístolas paulinas, más *Hechos* y el *Evangelio Según Lucas*, ambos atribuidos al autor que llamamos ‘Lucas’* (indiscutiblemente un seguidor de Pablo), constituyen *más de la mitad del Nuevo Testamento*, tanto en obras como en palabras. Y los otros tres evangelios son muy consistentes con *Lucas*. Entonces, si queremos un responsable por percibidas fallas ideológicas en la tradición *católica/ortodoxa* no hay mejor candidato que Pablo.

Según sus apologistas, empero, lo condenable en el desempeño histórico de la Iglesia Católica deriva de *torceduras* del mensaje paulino. Es el famoso argumento, por ejemplo, de James Carroll.

Al igual que James Carroll, en mi niñez católica yo aprendí a rezar así: “...he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra, y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa...” golpeando mi corazón con cada “culpa.” Carroll inyecta sustancia a esta oración con su muy leída gran crónica de la Iglesia Católica: *La Espada de Constantino: La Iglesia y los Judíos*. En 756 páginas documenta cómo desde el principio,

* Aquí *Lucas*, en itálicas, se refiere al *Evangelio Según Lucas*, mientras que ‘Lucas,’ en comillas y letra normal, se refiere a la persona del autor (cuyo verdadero nombre desconocemos). Lo mismo con los otros evangelistas.

y con harta consistencia, la Iglesia ha perseguido violentamente al pueblo de Moisés. Es una monumental *mea culpa* católica cuyo relato histórico es interrumpido, con sistema, por confesiones autobiográficas y expiatorias del autor. Pero no obstante que Carroll la hace de fiscal con todos y consigo mismo, es abogado defensor *de Pablo*. Si bien reconoce que en sus famosas epístolas el presunto santo aparece lleno de “ira, prejuicio, y obsesión de sí mismo,”⁵ se esfuerza por exonerarlo. Los ataques antijudíos de la Iglesia, según Carroll, resultaron de interpretaciones incorrectas del mensaje paulino.

Es comprensible este sesgo siendo que fuera la orden paulista—establecida en honor de Pablo de Tarso—quien ordenara a Carroll sacerdote, y siendo que él justifique permanecer católico en base a su defensa de Pablo. Pero un trabajo científico no debe apoyarse en las emociones que sostienen una identidad institucional. Debemos examinar sin prejuicios el contenido y el contexto de la prédica paulina.

Datos interesantes sobre Pablo

En la tradición católica llaman a Pablo ‘El Apóstol,’ sin más, como si aquel apelativo correspondiese a él mejor que a nadie. Pero “en la opinión de Lucas,” apunta la historiadora Beverly Roberts Gaventa, “un apóstol tenía que haber estado con Jesús *desde que fue bautizado por Juan [el Bautista]*, o sea que el título [de apóstol] no le corresponde a Pablo” (énfasis original).⁶ † Dice mucho esa opinión de ‘Lucas’ porque él escribió *Hechos de los Apóstoles* no para celebrar a los

† Lucas explica los requisitos de llamarse ‘apóstol’ en *Hechos* 1.21-22.

apóstoles, como parece indicar el título, sino—recalco—las aventuras de Pablo. O sea que inclusive los seguidores y admiradores de Pablo reconocían que ‘El Apóstol’ de hecho no estaba incluido entre los famosos doce. No tenían alternativa, pues muy lejos de haber sido amigo de Jesús desde su bautizo, Pablo ni siquiera lo conoció (como lo explica él mismo en sus cartas). De hecho Pablo, de acuerdo a su propio testimonio, fue primero un *perseguidor* del movimiento de Jesús.

¿Por qué será entonces que de tantos movimientos que izaron en los primeros siglos de la Era Común la memoria de ‘Jesús,’ sobreviviera hasta nuestros tiempos el que lideró Pablo? Sabemos que a partir de Constantino en el siglo 4 el Imperio Romano adoptó e impuso este movimiento, aboliendo paganismo y ‘herejía,’ pero ¿por qué sedujo el paulinismo a la aristocracia romana?

A la luz de esta pregunta el examen cuidadoso de Pablo nos regresa brillantes destellos. Por ejemplo, aunque dijera ser judío, e inclusive un rabino muy experto,* Pablo presumía de ser *ciudadano romano*. Es difícil exagerar la importancia de este ‘detalle.’ ¿Qué implicaba en aquel día que un extranjero fuese ciudadano romano?

* “[C]ircuncidado al octavo día, miembro del pueblo de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo nacido de hebreos; en cuanto a la Ley, fariseo [rabino]” (*Filipenses* 3.5); “Avancé en el judaísmo más allá de muchos entre mi gente que eran de la misma edad, pues era yo mucho más apasionado por las tradiciones de mis ancestros” (*Gálatas* 1.14).

Hoy día en Occidente la palabra ‘ciudadano’ significa ‘miembro cualquiera del Estado,’ y todos somos ciudadanos. Pero en el mundo romano un ‘ciudadano’ era *miembro o aliado de la clase conquistadora*. Es difícil escuchar el sentido antiguo no solo por el cambio en las implicaciones semánticas del término sino por el estruendo de tantos historiadores que aplauden el famoso *civitas* romano, como si de un abrazar ecuménico de etnias y pueblos en común democracia se tratara. Presento en calidad de muestra a Anthony Pagden:

Roma fue siempre más que un imperio. Para quienes eran incluidos en él, era lo que los romanos llamaban un *civitas*, palabra que más tarde nos daría el término más ambiguo de *civilización*. Era una sociedad que, aunque miraba siempre hacia la ciudad de Roma, no tenía un lugar fijo y algún día reuniría a toda la humanidad en lo que Cicerón llamaba una comunidad “de dioses y hombres.” Así, dependía en la práctica de un proceso de reciprocidad y asimilación. Pues los romanos habían aprendido que su gobierno, y con ello su identidad, sobreviviría... solo si los pueblos conquistados, los ‘bárbaros’ de occidente y de oriente, podían ser convencidos de absorber lo que en el siglo segundo EC el teólogo cristiano Tertulio llamó *romanitas*—‘la romanidad’—. Y lo absorbieron. Desde el norte de Inglaterra al norte de África, desde España a lo que ahora son Siria e Irak, las élites locales se adaptaron a la forma romana de vida... Vivían en fincas romanas, adoptaban vestimentas romanas, costumbres romanas, y el Latín, y con el tiempo terminaron por considerarse romanos. —Pagden (2008:104-05)

Pagden es un reconocido profesor de historia y ciencias políticas en UCLA y su libro es de ‘divulgación,’ dirigido al

público general, por lo cual un examen cuidadoso de su prosa nos dejará claro por qué es tan difícil para el individuo promedio aprender historia y desarrollar conciencia política.

No se confunda nadie con la referencia de Pagden a “los pueblos conquistados” que habrían de ser “convencidos de absorber” el *romanitas*. Los romanos no eran vendedores sino soldados, y a los “pueblos conquistados” no los convencían de nada; aplastaban y esclavizaban (INTRODUCCIÓN). Entonces, ¿cuál es la realidad que oculta la prosa de Pagden? Las palabras clave son éstas tres: “las élites locales” (los pobres no “vivían en fincas”). La ciudadanía romana era un *privilegio* extendido solo a miembros de las clases gobernantes extranjeras listos a corromperse para asistir el terror romano contra sus propios pueblos. Los miembros de ese club cosmopolita de élite—aquél que “no tenía lugar fijo”—eran quienes absorbían el *romanitas*.

*El imperio creaba una clase gobernante internacional aliada en todas partes contra las masas.*⁷

Aquel movimiento se enfrentaba a otro: la alianza internacional de las clases trabajadoras liderada por el pueblo judío. La aristocracia romana temía a los judíos—más que una amenaza militar (aunque también eran eso) una alternativa ideológica seduciendo a las masas y alimentando su rebeldía—. Y el judaísmo comenzaba a seducir a muchos romanos, infiltrándose de cierta manera por abajo. Pero Roma tenía un as bajo la toga: ella podía infiltrarse por arriba: “en la Palestina judía, como en otras partes del imperio,” explica el historiador Richard Horsley, “los romanos gobernaban por medio de clases altas que colaboraban con el sistema imperial” (CAPÍTULO 22).⁸

Ahora bien, Pablo, según *Hechos*, era ciudadano romano *de nacimiento*.^{*} Creció, pues, en una familia acomodada y colaboracionista, absorbiendo los valores de aquel entorno sociopolítico (el *romanitas*). Pero no solo eso. Según *Hechos* y sus propias cartas, como más tarde veremos, Pablo se codeaba mucho con gentiles clase alta e inclusive con oficiales del ejército romano y la guardia pretoriana, hacedora (y deshacedora) de emperadores. En base a ello me parece admisible la hipótesis de que James Carroll se equivoque sobre Pablo. Sin negar que la prédica paulina hable en términos generales de amor y compasión, pondremos sobre la mesa que el fin de Pablo quizá fuera apoyar la persecución antijudía (y defender a Roma), y que por eso precisamente el Imperio Romano terminó imponiendo la teología paulina como religión oficial. Examinaré aquí la evidencia que sustenta esta hipótesis y que James Carroll en ninguna parte menciona.

El primer tema será el engrane del paulinismo con su entorno cultural, porque Pablo, como todos, tenía un contexto.

El Mesías de Pablo

Entre los judíos “había, es cierto, muchas doctrinas del Mesías,” escribe Paul Johnson, “pero las variaciones eran detalles y todas compartían la creencia unitaria de que los opresores extranjeros serían expulsados.”⁹ “El Mesías,” concurre John Collins, “era principalmente esperado como un rey guerrero que expulsaría a los [opresores] gentiles.” Luego vendría la paz y la justicia para todos bajo la benévola Ley de

^{*} *Hechos* (22:25-29)

Moisés (INTRODUCCIÓN). “Pocas cosas en las tradiciones [paulinas o ‘cristianas’] sobre Jesús,” concluye Collins, “encajan con este modelo [judío].”¹⁰ Y tiene razón, pues como explica Harris Lenowitz, un experto sobre los movimientos mesiánicos, el Jesús evangélico “fue distinto de otros Mesías dado su aparente desinterés en desarrollar un programa para ganar el poder contra autoridades políticas malvadas (las romanas) o para gobernar su reino cuando llegara.”¹¹ En resumen, si bien el concepto cristiano—*paulino*—del Mesías tiene una lógica exquisita, y una claridad y consistencia prístinas, nada tiene que ver con la revolución política. Al contrario.

El sacrificio expiatorio

Hoy en día el cristianismo es un asombroso movimiento mundial pero tiene sus raíces en el Mediterráneo oriental del siglo 1, donde comenzó su brillante carrera. Por ende, para entender la lógica del ‘Mesías’ de Pablo es menester conocer, primero, la gramática de los sacrificios expiatorios practicados antaño por judíos y paganos en el Mediterráneo oriental.

El principio fundamental es éste: el sacrificio expiatorio *transfiere la culpa a un animal*; así, al asesinarlo, la persona que ofendió al dios queda liberada de su culpa. Culpas mayores exigen víctimas más caras, pues el perdón se compra por un precio. En la tradición hebrea, detallada en el *Levítico* (el tercer libro de la Torá o Pentateuco), se estipula que el pecador debe traer al sacerdote una paloma para los pecados más pequeños; para los intermedios, un chivo o un cordero; y para los más graves, un buey. De estas prácticas viene la expresión moderna ‘chivo expiatorio.’ La escala ascendente tiene funciones obvias

de control social: si hacer algo muy malo me cuesta un buey entero, lo pienso dos veces.

Siguiendo esta lógica, para obtener en un sacrificio el perdón de *todos* los pecados, de *todos* los hombres, de *todos* los tiempos, hace falta una víctima infinitamente cara. ¿Cuál? El “Hijo de Dios, consubstancial al Padre, por quien todo fue hecho.”* Y nada menos, dice la teología cristiana.

Se transfieren, pues, todas las transgresiones humanas sobre Jesús en calidad de víctima ofrecida, y su crucifixión es el asesinato ritual que las expía. “Nuestro antiguo ser fue crucificado con él,” explica Pablo, “para que el cuerpo del pecado pudiera ser destruido, y no fuéramos ya esclavos del pecado.”† Los hombres “fueron comprados por un precio,” dice, y ese precio es la sangre de Jesús, del carísimo ‘chivo expiatorio’ que asegura el perdón universal.‡ O bien del *cordero* expiatorio, pues “fue sacrificado,” en la frase de Pablo, “en calidad de cordero de Pascua.”§ Por eso en la misa católica se le reza así: “Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros.”**

* Se dice en la misa católica.

† *Romanos* (6.6)

‡ *1 Corintios* (6.20)

§ *1 Corintios* (5.7)

** En los primeros siglos era *tan* común la representación de Jesús como cordero que fue necesario un decreto conciliar en 692 para que dejara de hacerse (Gurewich 1957:359)

El *Levítico* instruye quemar ciertas porciones de la víctima ofrecida para complacer a Dios con la fragancia que asciende al cielo, induciendo con ella Su perdón: “luego el sacerdote lo convertirá en humo en el altar para un aroma agradable al Señor. Así el sacerdote expiará tu pecado, y serás perdonado.”* Pablo nuevamente invoca el modelo del *Levítico* cuando escribe: “Cristo nos amó y se entregó por nosotros, una ofrenda fragante y sacrificio para Dios” (énfasis mío).† Luego de quemar las porciones fragantes, dice el *Levítico*, el sacerdote come de la víctima, completando el sacrificio. En la tradición cristiana los hombres, asesinos de Jesús, ocupan la función ritual *práctica* de sacerdotes y por ende deben consumir su cuerpo y sangre: la famosa *eucaristía*.

Apunto, empero, que los hombres realmente “no saben lo que hacen,” como pronuncia desde la cruz el Jesús evangélico. El autor intelectual es el sumo sacerdote del rito, Dios Padre, cosa que enfatiza una y otra vez el Jesús evangélico: aunque los humanos no entiendan lo que hacen, todo se desenvuelve de acuerdo al plan divino para cumplir anteriores promesas de Dios a través de sus profetas.

¿Pero cuál es la razón profunda? ¿Por qué habría Dios de oficiar semejante sacrificio?

Dios, explica la teología paulina, ha decidido poner fin a la Ley de Moisés como vehículo de salvación. De ahora en adelante Dios *regalará* la salvación en un acto de gracia divina, pues la flaqueza humana no consigue cumplir con éxito

* *Levítico* (4.31)

† *Efesios* (5.2)

suficiente los *mitzvot*: las obras de caridad y justicia, y los rituales, que exige la Ley de Moisés. Yendo más lejos, el argumento responsabiliza a la Ley por la existencia del mal. Pues “de no ser por la Ley,” explica Pablo, “no habría conocido el pecado”‡ (como si los humanos no pudiésemos imaginar maldades antes de verlas prohibidas en un código). Para corregir curso, la deidad cancela tan errónea legislación y soluciona el problema de nuestra debilidad casi por decreto con Su perdón (“Dios hizo lo que la Ley, debilitada por la carne, no pudo hacer”§). Digo *casi* por decreto porque no puede Dios simplemente perdonarnos; debe oficiar el sacrificio que mecánicamente libera todas esas culpas, para lo cual precisa de un cordero expiatorio: Jesús. Aquí hay una curiosa paradoja, como si el Creador Omnipotente fuese en cambio un inquilino más, obedeciendo las leyes místicas del Universo y cumpliendo con sus requisitos burocráticos.

Una vez concluido el sacrificio efectivo del perdón universal, la Ley de Moisés queda abolida: “Cristo le pone fin a la Ley,” dice Pablo.** Por ende, queda también abolida la distinción entre gentil y judío, la cual dependía de un compromiso con esa Ley. La membresía en el ‘nuevo Israel’ cristiano—basado en una ‘Nueva Alianza’—se obtiene simplemente aceptando en voz alta todo lo anterior, es decir, demostrando con profesión de fe el aprecio, y no el desprecio, del costosísimo regalo del Creador: “Porque si confiesas de tus

‡ *Romanos* (7.7)

§ *Romanos* (8.3)

** *Romanos* (10.4)

labios que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás,” promete Pablo.*

La *Carta a los Romanos* contiene un párrafo que resume de forma sucinta toda la teología:

Porque “ningún ser humano se justificará en Sus ojos” por obras prescritas por la Ley [de Moisés], pues a través de la Ley es como se conoce el pecado. Pero ahora, *aparte de la Ley*, se ha revelado la justicia de Dios, y lo atestiguan la Ley y los profetas, la justicia de Dios a través de la fe en Cristo Jesús *para todos quienes creen*. Pues no hay distinción [entre gentiles y judíos], ya que todos han pecado y no alcanzan la gloria de Dios; ahora se justifican *por Su gracia en calidad de regalo*, a través de la redención que hay en Cristo Jesús, a quien Dios ofreció como sacrificio de expiación por su sangre, efectivo a través de la fe. ...Pues sostenemos que una persona *se justifica por fe, aparte de las obras que prescribe la Ley*. — *Romanos* (3.20-28; énfasis mío)

Los cristianos somos instruidos a concentrar la mayor parte de nuestra energía psicológica sobre el amor que nos demostró Jesús cuando aceptó voluntariamente el difícil papel de cordero expiatorio. Ese amor abnegado debe reciprocarse con devoción. No se nos pide, por contraste, especular qué implica sobre el Creador que haya ordenado el Universo de esta manera. Tampoco nos instruyen a cuestionar si este modelo realmente tiene base en el judaísmo. Pero veamos.

* *Romanos* (10.9-10)

El mesianismo paulino, ¿es un concepto judío?

No obstante que la Ley de Moisés haya sido abolida por el sacrificio expiatorio de Jesús, la tradición cristiana preserva los textos hebreos. ¿Por qué? Porque no tiene remedio. El cristianismo afirma ser el ‘nuevo Israel,’ la continuación legítima del judaísmo a través de Jesús, el Mesías anunciado en las profecías hebreas. Sin embargo, aunque Pablo invoque el modelo del *Levítico* para explicar la lógica del sacrificio de Jesús, existen cuatro problemas fundamentales para quien busque asimilar el concepto cristiano a la tradición judía.

1) *El sacrificio humano no es judío*. Es común escuchar críticas contra el Dios del ‘Viejo Testamento’ que le exige al patriarca Abraham un sacrificio humano, pero esa crítica no atina. Dios no pide un sacrificio humano—lo prohíbe—. El Dios de la Torá busca poner a prueba la fe de Abraham, pero se está comunicando con un hombre de cultura pagana donde sí se ofician sacrificios humanos; en el momento cumbre detiene la mano de Abraham y prohíbe sacrificar a su hijo. ¿Por qué? Porque Abraham será el fundador de un movimiento *ético*. Éste es el pivote, el momento de la transformación de Abraham.

En la Torá Moisés apremia así a los judíos: “...no se les ocurra imitarlos [a los paganos]... porque todas las cosas que el Señor aborrece ellos han hecho por sus dioses. Inclusive quemaban a sus hijos e hijas en el fuego para sus dioses.”† Es decir que el sacrificio humano es el *extremo*—véase el “inclusive”—de “las cosas que el Señor aborrece.” Un judío ortodoxo difícilmente podría imaginar a Dios oficiando un

† *Deuteronomio* (12.30-31)

sacrificio humano para lavar todos los pecados. Nada pudo ser más escandaloso para los judíos que un rito en el cual se consume—y *literalmente*, bajo la doctrina de la ‘transubstanciación’—el cuerpo y la sangre de una persona ritualmente asesinada.

2) *No abunda material en la tradición hebrea para apoyar los asertos cristianos sobre María, la madre de Jesús.* ¿Cómo explicar la idea de la unión reproductiva de Dios con una mortal, o la de su vástago híbrido, mortal y divino? ¿Y la milagrosa virginidad? Estas ideas son ajenas al judaísmo. Sin duda hacen un esfuerzo los textos cristianos por establecer la conexión, pero es impugnable.

El *Evangelio Según Mateo* dice que un ángel le explicó a José que María daría a luz siendo virgen.* *Mateo* añade: “Todo esto sucedió para cumplir lo que había dicho el Señor a través de su profeta: ‘Mira, una virgen concebirá y tendrá un hijo, y lo llamarán Emanuel.’”† Es un ejemplo de *crisología*: el autor—‘Mateo’—justifica el carácter mesiánico de Jesús relatando, primero, un detalle de su presunta biografía, refiriéndonos después a una presunta ‘profecía mesiánica’ en los textos hebreos que según él empata con el presunto detalle biográfico.

Dennis Duling, un estudioso de la Biblia, apunta que ‘Mateo’ aquí “cita *Isaías 7.14 (Septuaginta)*.” Nótese el paréntesis. La Biblia Septuaginta es la antigua traducción de la Biblia Hebrea *al griego* (el idioma de los evangelios). Pero la

* En el *Evangelio Según Lucas*, por contraste, se lo explica a *María*.

† *Mateo* (1.23)

versión griega no siempre atina: “El texto *hebreo*,” explica Duling, “se refiere a ‘una jovencita’”—y *no a una virgen*—.¹² Lo de “una virgen” en la versión griega es un simple error de traducción. ¿Qué implica? Que aun aceptando el improbable milagro de la maternidad virginal de María—simplemente porque *Mateo* y *Lucas* así lo afirman—, de todas formas no se cumple una profecía hebrea.‡

3) *La tradición judía, entera, gira alrededor de la Ley de Moisés.* El Mesías que anticipaban los judíos haría de la Ley un fenómeno político universal. Un Mesías que predica la abolición de la Ley, por lo tanto, habría sido una contradicción muy básica—una negación de toda la tradición—.

4) “*E]l deseo de Jesús de ser ejecutado en Jerusalén [es] ... totalmente único para un Mesías judío,*” como apunta

‡ Para muchos feligreses cristianos ha sido difícil enterarse de estos ‘detalles’ porque las Biblias que todavía hoy leemos contienen estos errores. Como explica un historiador del cristianismo: “Los exiliados estudiosos humanistas ingleses, católicos, que crearon la primera traducción católica de la Biblia al inglés, defendieron su decisión de apegarse a los errores al traducir el Viejo Testamento que contenía la Vulgata Latina [compuesta por San Jerónimo en el siglo V, y basada en la Septuaginta] en vez de ponerle atención al hebreo original. Afirieron confiados que los estudiosos cristianos siempre habían sabido que los judíos habían deliberadamente corrompido su texto. Era predecible que la Inquisición Española vería con extrema sospecha a cualquier estudioso bíblico que mostrara un interés excesivo en los textos hebreos” (MacCulloch 2003:665).

Harris Lenowitz, experto del mesianismo judío.¹³ Los judíos no esperaban a un Mesías derrotado, ejecutado de forma humillante por el enemigo, sino a un guerrero, un libertador político totalmente exitoso y modelado en Ciro el Grande de Persia.

Para los israelitas, morando en Oriente Medio, los persas lo habían conquistado todo: desde Afganistán hasta el borde de Grecia. Y como el conquistador Ciro era un ‘rey de reyes’ benévolo, protector de los pobres, era también el ‘salvador del mundo.’ Además, liberó a los israelitas de su cautiverio en Babilonia y los protegió con celo, subsidiando su regreso a Judá y la reconstrucción de su Templo, como narra el *Libro de Ezra* (CAPÍTULO 22). O sea que el ‘salvador del mundo’ era en especial salvador *de los judíos*—precisamente el prototipo de la tradición mesiánica hebrea—. No está de más señalar que el *Libro de Isaías*, fuente y origen de aquella tradición mesiánica, y escrito supuestamente por un contemporáneo de Ciro, de hecho identifica al fundador del Imperio Persa *textualmente* como el Mesías del Señor:

Así le dice Dios a su Mesías, a Ciro—cuya mano derecha he tenido en la mía—para que someta a las naciones ante él y suelte las armaduras de los reyes...: ‘Iré delante de ti y enderezaré todo lo torcido... Lleva de los cielos, de lo alto, y que se viertan la ética y la justicia desde los cielos...’ — *Isaías* (45.1-8) *

Los judíos no esperaban ver a su Mesías ejecutado por el opresor sino victorioso, llegando para “enderezar... todo lo

torcido.” Anticipaban un exitoso líder *político y militar* que vendría a “[soltar] las armaduras de los reyes,” a derrotar a los romanos, a liberar a los pueblos oprimidos, y a instituir la Ley de Moisés para que “se viertan la ética y la justicia desde los cielos.”

La controversia antigua

Una confirmación importante del análisis hasta aquí es que en el Mediterráneo antiguo ardió una controversia aguda sobre el concepto cristiano de Mesías.

Según *Hechos de los Apóstoles* Pablo iba a las sinagogas “explicando y demostrando que era necesario que el Mesías sufriera y resucitara de entre los muertos.”[†] Pero si hacía falta ir “explicando y demostrando” *este* concepto de Mesías (y no solo que Jesús fuera Aquel), los judíos no esperaban que el Mesías debía sufrir, morir, y resucitar. Esperaban a un vencedor, no a un vencido.

El propio Agustín de Hipona (‘San Agustín’) escribió a principios del siglo 5: “los judíos no anticipan que el Cristo al que esperan morirá; por lo tanto no piensan que el nuestro es Aquel Quien la Ley y los profetas anunciaron.”[‡] Sensible a la controversia, Agustín temía que “alguien fuera a pensar que los cristianos falsificaron estas profecías sobre Cristo.”[§] Se refería a las presuntas profecías exprimidas del ‘Antiguo Testamento,’

[†] *Hechos* (17.3)

[‡] *Ciudad de Dios* (17.18)

[§] *Ciudad de Dios* (18.46)

* Para una discusión de Ciro como el Mesías, ver Fried (2002).

es decir, de la Biblia Hebrea, mediante exégesis cristiana, profecías que los judíos—autores y custodios de esos textos—no reconocían. De ahí la interpretación agustiniana del genocidio romano contra los judíos como un castigo divino por rechazar a Jesús; en su estimación esa gran matanza ‘demostraba’ la verdad cristiana y ponía fin a la controversia (INTRODUCCIÓN).

Paula Fredriksen, experta sobre Agustín, explica que el obispo de Hipona invirtió un enorme esfuerzo en defender que la religión de Pablo realmente era de origen judío, en contra de muchos cristianos no católicos que afirmaban lo contrario. Curiosamente, aquella controversia antigua no parece justificar a los ojos de Fredriksen (ni tampoco de muchos otros historiadores) un debate moderno, pues ella afirma que “el cristianismo antiguo era un tipo de judaísmo,” y también que “el pasado cristiano era incontrovertiblemente judío.”¹⁴ ¿Pero si es incontrovertible por qué entonces ardió en la antigüedad semejante controversia? ¿Y por qué habría Fredriksen, quien de hecho comenta esa controversia en su libro, afirmar de forma tan perentoria que no puede cuestionarse siquiera el origen judío del cristianismo?

La respuesta quizá la diera el católico inglés Paul Johnson al escribir, en *Una Historia del Cristianismo*:

El cristianismo es en esencia una religión histórica. Basa sus jactancias en los hechos históricos que afirma. Si estos son demolidos entonces no es nada.
—Johnson (1976:vii)

La jactancia central de Pablo es que Jesús de Nazaret es el Mesías profetizado *en los libros hebreos*. Por ende, cuestionar el vínculo histórico del cristianismo con el judaísmo

es atentar contra la verdad cristiana y pocos historiadores lo han osado. Ni siquiera los judíos—minoría vulnerable en una civilización cristiana—parecen atreverse (Fredriksen es conversa al judaísmo).

Una salida teológica sería alegar una intervención divina para explicar lo que—desde el punto de vista judío—son las innovaciones radicales del cristianismo. Pero eso exige concebir a un Dios que anuncia a los judíos un Mesías victorioso para enviarles luego—¡sorpresa!—uno derrotado. Aun para los retorcimientos de los teólogos semejante ‘solución’ me parece demasiado. Pero tienen otra salida, y ésta es alegar que Dios jamás fue inconsistente; el problema es que los judíos no supieron entender sus propios libros sagrados. Ahí yace por fuerza, si se quiere, un gran ‘misterio,’ pero los misterios son el pan de cada día de los teólogos, y desde Agustín vienen afirmando precisamente esto.

Los historiadores por oficio, empero, no pueden tolerar misterios sino encontrar las hipótesis que los esfuman. En especial, un historiador debe considerar los posibles antecedentes *histórico-culturales* de las ideas religiosas. El antecedente histórico-cultural de la tradición mesiánica judía parece ser Ciro el Grande de Persia, mientras que en la tradición paulina “pocas cosas... encajan con este modelo” del “rey guerrero.”¹⁵ Eso nos fuerza a preguntar: ¿de dónde viene el Mesías de Pablo?

¿Un origen griego?

La cultura romana, en general, tiende a ser un desarrollo de la griega, pero la porción oriental del Imperio Romano, donde

nació el cristianismo, era por demás auténticamente griega, pues los grecomacedonios habían conquistado y colonizado toda esa zona antes de que los romanos se impusieran. En 1899 el pastor F.C. Burkitt, un estudioso de los orígenes del cristianismo, explicaba a sus lectores que Pablo, de la ciudad griega de Tarso (en la actual Turquía), había sido líder de un grupo de “griegos que no conocieron a Cristo [Jesús de Nazaret] en vida.” Burkitt se esmera en recalcar el origen griego del movimiento paulino:

Para el estudiante de la historia general, el cristianismo aparece en el mundo como una religión griega. Las primeras comunidades cristianas de envergadura estaban basadas en las ciudades griegas de las costas orientales del mediterráneo. En Alejandría, Antioquía, en Éfeso, en Esmirna, en Corinto—todas cerca del mar, y comunicándose fácilmente unas con otras—las pequeñas iglesias nacieron y fueron desarrollando su organización. Todo el vocabulario eclesiástico es griego. Obispos, sacerdotes, diáconos, laicos, el bautismo, la eucaristía—todos son términos de origen griego. Lo mismo con la literatura. La religión alienígena que parió al cristianismo [se refiere al *judaísmo*—FGW] le heredó sus libros sagrados en traducción al griego, y los escritos de los cristianos que después de un tiempo fueron añadiéndose al canon de Escrituras Sagradas en un Nuevo Volumen [el ‘Nuevo Testamento’], éstos también fueron escritos en griego. En suma, la Iglesia creció en suelo griego. —Burkitt (2002[1899]:1-2)

Para Burkitt—un cristiano protestante—lo anterior era importante. No buscaba establecer si Jesús era o no el salvador (ya lo suponía) sino cuál sería su verdadero mensaje. Pablo y

su gente no conocieron a Jesús y fueron (salvo Pablo) todos griegos; ¿acaso transmitieron la prédica del rabino crucificado con fidelidad? Los protestantes percibían la necesidad de un estudio más detenido de los textos hebreos para conocer mejor al Jesús histórico, pues él fue *judío*. Aquel ejercicio estableció, entre algunos protestantes, una mayor simpatía hacia los judíos (sobre todo en sus corrientes anglosajonas), repitiendo un patrón añejo en la civilización occidental de grupos cristianos (invariablemente perseguidos) que se acercan nuevamente al judaísmo.

El escepticismo historiográfico que justificó la postura crítica de los protestantes hacia (*algunas* de) las enseñanzas católicas entreabrió una Caja de Pandora. Aquí la destaparemos para profundizar las investigaciones que su apertura motiva. Si los textos hebreos nos ayudan a conocer mejor al Jesús histórico por haber sido judío, entonces, para conocer mejor a *Pablo*—un judío griego rodeado de aliados griegos predicándole en griego a otros griegos—quizá convenga una mayor familiaridad con la cultura helénica.

En la misa los católicos rezan a Jesús como hijo del Dios Padre y de una virgen preñada milagrosamente, y lo llaman “Dios de Dios, Luz de Luz.” Celebran su mensaje de amor, ética, y no violencia. Conmemoran, con pan y vino convertidos milagrosamente en el cuerpo y sangre del salvador, su asesinato por quienes no veían más que un hombre, y creen, para obtener con su fe la vida eterna, que esa muerte—seguida de resurrección—completa un gran sacrificio expiatorio universal. La pregunta aquí es si podemos encontrar raíces griegas para este modelo *paulino*. Veamos.

Los misterios griegos

Antes vimos (INTRODUCCIÓN) que gracias a un enérgico proselitismo los judíos antiguos crecieron mucho por conversión: eran por lo menos el 10% del imperio romano, con el apoyo de otro 15% o 20% de ‘temerosos de Dios’: paganos filojudaicos. Éstos eran feligreses de los ‘misterios griegos’ o ‘religiones místicas,’ y fue en las sinagogas, adonde acudían estos paganos ansiosos e interesados a escuchar la Ley de Moisés, donde, según *Hechos*, Pablo de Tarso fue a reclutarlos para su movimiento. Para entender mejor la atracción de los paganos místicos por el judaísmo, nos servirá saber algo sobre sus creencias.

Ross R. Kraemer arguye que en su origen las religiones místicas eran lideradas por mujeres; “si bien los hombres participaban en el culto, estaban limitados a ciertas prácticas, y sólo las mujeres podían convertirse en iniciados cabales.” ¿Por qué? Observa que, “como lo han notado una multitud de historiadores, el estatus de las mujeres en la Grecia clásica califica como entre los peores de la sociedad occidental en cualquier época.” Haciendo una comparación antropológica con otros casos de religiones donde también figura la posesión extática y la dominancia de las mujeres, Kraemer concluye que los cultos místicos eran una expresión—tolerada, por ser un ritual—de denuncia popular contra el orden opresivo de sus sociedades.¹⁶ Una válvula de escape.

Consistente con la opinión de Kraemer, Robert Wolfe observa que la aparición de estas religiones siglos atrás había coincidido con la introducción de las armas de hierro y el consecuente “espectacular incremento de la mortandad bélica.”¹⁷ La total militarización de la sociedad griega produjo

una gran proliferación de soldados predatorios y trajo consigo una “brutalización de las relaciones sociales.” En “el contenido mismo de los misterios” se registra la protesta de sus víctimas; hay una clara “hostilidad a la violencia masculina y, en general, a la sexualidad masculina” que en la opinión de Wolfe “se explica como una reacción a la violación y otras formas de violencia masculina en las relaciones sociales.”¹⁸

Pero no se rechaza nada más la violencia contra las mujeres; la protesta es general.

Simbólico del cielo eleusino era la regla prohibiéndole admisión a los misterios a cualquier hombre que hubiera matado a un ser humano. Más tarde, asesinos, incluyendo soldados, tenían que participar en ritos de purificación antes de ser admitidos. Estas doctrinas pacifistas eran el centro del cielo eleusino. El cielo, en la teología eleusina y órfica era un lugar dominado por las mujeres donde no se permitía la violencia. —Wolfe (1987:311)

Wolfe utiliza la etiqueta de ‘eleusino’ para referirse al complejo entero de las religiones místicas. La razón, como explica A.J.M. Wedderburn, es que la tradición celebrada en Eleusis, cerca de Atenas, “ejercía una poderosa influencia sobre los misterios del mundo antiguo,” dándole a estos cultos varios muchos rasgos en común. Por ejemplo, “ceremonias de iniciación..., algunas obligaciones éticas o ascéticas, apoyo mutuo..., y la preservación de ciertas tradiciones, guardadas en secreto.”¹⁹ También, parece ser, la idea de que sólo quienes participaran en estos ritos alcanzarían la vida eterna, negada al resto del mundo.²⁰ Como los antiguos romanos podían ver las dramáticas similitudes entre los distintos misterios, en reconocimiento de una categoría común adornaron las cabezas

de todas las deidades místicas, en sus imágenes, con la famosa gorra frigia.²¹

Es precisamente en la orientación hacia la ética que yace el interés tan especial de los paganos místicos por el judaísmo, a la ley de los esclavos liberados. El culto de Dionisio, también llamado Baco, dios del vino, es para nosotros el más interesante, pues presenta similitudes dramáticas con la teología paulina.

Baco o Dionisio

En el misterio dionisiaco, dice un estudioso del tema, “las cuestiones soteriológicas”—es decir, sobre la salvación y la vida eterna—“tienen una gran importancia, y ayudaron en su propagación.”²² Había variaciones en los mitos sobre Dionisio pero compartían en sus rasgos principales una estructura común.

Dionisio—llamado Zagreus en su primera encarnación—“iba a ser el ‘salvador’ del mundo.” Luego de nacer, el niño, buscando escapar de los titanes, se convierte en buey, pero aquellos de todas formas lo desmiembran y se lo comen. Zeus, enfurecido, lanza relámpagos y parte en mil pedazos a los titanes. De estos pedazos emergen los humanos, con un poco de Dionisio dentro y por lo tanto parcialmente divinos. Finalmente Zeus ‘resucita’ a Dionisio a partir de su corazón, que no ha sido destruido. Era central el culto al ‘niño Dios,’ recién nacido, y celebraban su muerte y resurrección como camino a la vida eterna.²³

Estas religiones quizá tuviesen una raíz muy vieja. En la cultura helénica desde antaño existía el importantísimo culto

de Heracles (Hércules), cuya mitología incluía “sus sufrimientos, su muerte, y su ascenso al cielo,” y esa secuencia bien pudo ser modelo para los ‘misterios griegos.’²⁴ También está la evidencia sobre la muy antigua civilización minoica, centrada en Creta y anterior a la cultura helénica. Ahí el personaje de Zeus es distinto al Zeus olímpico posterior, como apunta Arnold Toynbee, y tiene ciertos rasgos peculiares:

El Zeus cretense no es el líder de un grupo militar que aparece en la escena todo armado. Aparece como un recién nacido. Quizá sea idéntico con el niño que la Divina Madre presenta para ser adorado y que vemos representado en el arte minoico. Y no solo nace— ¡también muere!—. ¿Acaso su nacimiento y muerte fueron reproducidos en el nacimiento y muerte de Dionisio, la deidad tracia con quien se identifica el Dios de los misterios eleusinos? —Toynbee (1946:25)

Las Bacantes

Conviene examinar la obra *Las Bacantes*, del dramaturgo clásico Eurípides (ca. 483 – 406 AEC), pues gira en torno al rito dionisiaco. Los artistas se toman libertades pero Ross Kraemer apunta que esta famosa obra teatral “parece combinar elementos de mitos fijos con las observaciones del mismo Eurípides sobre prácticas contemporáneas” concerniendo el culto de Dionisio/Baco.²⁵ Hemos de ponerle atención a esta representación, olfateando las pistas que nos entrega sobre la cosmovisión y prácticas rituales de aquella religión. Algunos detalles serán notablemente reconocibles para quien haya crecido en la tradición cristiana.

En la obra de Eurípides Dionisio se presenta como un dios con apariencia de hombre que *se revela* para ser adorado. “Aquí estoy, dios incógnito, disfrazado de hombre,” se anuncia Dionisio en las primeras líneas. “Enseñé mis danzas para los pies de los hombres vivientes, estableciendo mis misterios y mis ritos para que fuese revelado en la tierra por lo que soy: un dios.”*

El personaje llamado Tiresias, seguidor de Dionisio, afirma que, a diferencia de la norma en el politeísmo antiguo, este dios no pretende ser una deidad local, sino que “desea que toda la humanidad le honre. No quiere a nadie excluido de su adoración.”† Dionisio ha ido a Lidia, Frigia, Persia, Media, Arabia, y Bactria enseñando su culto—o sea, a todo el *oikoumene*, el mundo conocido o ‘civilizado’—.‡ Falta el mundo helénico (los antiguos griegos consideraban que sus misterios eran importaciones asiáticas).

Este dios que se mezcla “incógnito” entre los hombres para enseñar su propio culto resulta, en la obra, de la unión entre Zeus, el ‘Dios Padre’ del panteón griego, y una mujer mortal, Semele, hija de Cadmus, el rey de Tebas. Entonces Dionisio es simultáneamente mortal y divino. Es “dios, hijo de dios” y el “hijo nació de la luz,” anuncia el coro de bacantes. Las bacantes son las seguidoras de Dionisio (viene de ‘Baco,’ su otro nombre). Y proclaman: “Benditos sean, quienes conocen los misterios de dios, ... los poseídos por el espíritu de

dios, que es uno con quienes pertenecen al cuerpo santo de dios.”§

Los mitos báquicos, apunta Robert Wolfe, “se centraban sobre la cuestión de si venerar o no a Dionisio.”²⁶ En la obra vemos que Dionisio se queja contra quienes disputan su ascendencia divina. Su mensaje es obvio: bienaventurados los que creen sin haber visto; el escéptico será castigado.

Para comunicar este mensaje se hará un ejemplo de Penteo—a quien Cadmus ha dejado el trono de Tebas luego de abdicar—por haber osado retar el culto dionisiaco. “Le *probaré* a él y a todos los hombres de Tebas,” anuncia Dionisio, “que soy en verdad un dios. Y cuando haya establecido mi culto ahí, y todo esté bien, continuaré mi camino y me revelaré a otros hombres, en otras tierras.”**

Las acompañantes de Dionisio, llamadas ménades, en una repetición simbólica del crimen de los titanes contra Dionisio, se envuelven en un trance violento y desmiembran al Rey Penteo por rehusarse a creer que Dionisio es hijo de Zeus. Éste parece haber sido también el modelo ritual. El antiguo Diódoro, dice Kraemer, escribió que las sacerdotisas de Dionisio “actuaban la parte de las ménades.”²⁷ Y en *Las Bacantes* “el coro describe al celebrante de Dionisio que... caza y se come crudo a un chivo.”²⁸ Según Bertrand Russell, “cuando las bacantes destazaban a un animal salvaje y comían su carne cruda eso suponía una representación de cómo los titanes habían destazado y consumido a Baco.”²⁹ Esa

* *Bacantes* (1-7)

† *Bacantes* (10-20, 205-210)

‡ El sentido etimológico de ‘ecuménico’ es: ‘abarcando el *oikoumene*.’

§ *Bacantes* (70-85)

** *Bacantes* (45-55)

interpretación cunde, y por buenas razones: “Jane Harrison* apunta que uno de los títulos de Dionisio, en griego, quiere decir ‘una comida compartida por todos.’” Se piensa que los creyentes consumían ritualmente el cuerpo y la sangre del dios para alcanzar la inmortalidad.³⁰

Aquel triunfo de ultratumba tiene cara de rebelión política expresada en lenguaje teológico. Según A.G. Bather, escribiendo a finales del siglo 19, la feligresía de este culto “no yacía en una raza superior de conquistadores ni en una casta jerárquica, sino entre la gente pobre del campo.”³¹ Un siglo después Robert Wolfe argüía que “el cúmulo de la evidencia sugiere que los ritos dionisiacos y órficos surgieron en reacción al culto oficial de Olimpo y en un contexto urbano, no rural.” No me interesa la controversia sobre el *origen* urbano o rural pues en todo caso, para el siglo 1, el rito de Baco “era la más extendida y popular de todas las religiones mistericas,” tanto en las ciudades como en el campo.³² Me interesa el punto de acuerdo: *el culto dionisiaco surgió como religión popular de oposición*. Este culto negaba la vida eterna a los ricos que despreciaban sus ritos; los pobres se vengaban en el más allá por el pisoteo que debían sufrir en esta vida. Pero como la venganza era *teológica* y no política el culto era tolerado: una

* En 1903 Jane Harrison escribió el muy influyente trabajo *Prolegomena to the Study of Greek Religions* que transformó el estudio de la religión griega al demostrar la gran importancia de los cultos *no* olímpicos, hasta entonces poco discutidos entre los académicos por no haber sido del agrado de los aristócratas cuyos trabajos filosóficos, científicos, e históricos eran el principal enfoque de quienes estudiaban la Grecia antigua.

válvula de escape no enteramente disímil a la celebración cristiana de los pobres en el culto medieval que las clases opresoras europeas controlaban.

Consistente con todo este análisis, siendo que estamos considerando la obra de Eurípides, es la observación de Richmond Lattimore, quien escribe que Eurípides “resaltaba a los débiles u oprimidos, a los despreciados o mal comprendidos: mujeres, niños, esclavos, cautivos, extranjeros, bárbaros.”³³ Tiene peso, pues, la súplica de su coro de bacantes: “O Dionisio, ¿ves cómo nos tienen en cadenas que no podemos romper, en los grilletes de los opresores? ¡Baja del Olimpo, Señor!”[†]

En la obra de Eurípides el Rey Penteo—quien encarna el escepticismo y desprecio de los aristócratas helénicos contra las creencias de los pobres—lanza una ola represiva contra las seguidoras de Dionisio, metiéndolas en prisión, y manda traer preso al propio Dionisio (a quien supone un hombre) por enseñar el culto en Tebas. Dionisio, aunque se sabe un dios, se deja arrestar con total mansedumbre.[‡] Y es que Dionisio pretende dar una lección, pues “Hace mucho tiempo,” explica al final de la obra, “mi padre, Zeus, ordenó estas cosas.” Es decir que todo lo acontecido sigue el plan divino del ‘Dios Padre.’[§]

Las demostraciones son dramáticas. Quienes traen preso a Dionisio le reportan a su rey que las mujeres

† *Bacantes* (550-555)

‡ *Bacantes* (430-445)

§ *Bacantes* (1345-1350)

encarceladas han sido milagrosamente liberadas, y advierten que el prisionero actúa todo tipo de magias. En el interrogatorio que sigue el prisionero explica al rey los peligros de no rendirle culto a Dionisio; Penteo se entera en su escepticismo. “No sabes lo que haces,” sentencia Dionisio.* Y es verdad, porque Dionisio no le ha dicho quién es. Pero eso no exentará al rey del castigo que merecen los escépticos, con castigos secundarios para el resto de la casa real de Tebas.

El desenlace final respeta la ‘lógica’ cruel de la tragedia clásica. La propia madre de Penteo—no sabiendo lo que hace, pues Dionisio la ha poseído de un trance—es quien ayuda a desmembrar a su hijo y se trae victoriosa su cabeza. Luego despierta para contemplar horrorizada su hazaña.

El orfismo

El culto dionisiaco exhibía variantes y la más importante y extendida quizá fuera el orfismo. Por esta razón, las creencias particulares de los órficos merecen mención especial. Sobre todo porque en el orfismo encontramos los paralelos más exactos con el catolicismo, es decir, con el cristianismo de Pablo de Tarso.

“Muchos autores de la antigüedad afirmaron,” explica Robert Wolfe, “que solamente hombres eran iniciados a los ritos órficos,” a diferencia de otros misterios, donde las mujeres eran oficiantes y sacerdotisas. Este historiador especula que “los hombres órficos se sentían en competencia con mujeres de similar ideología por el papel, identificado con

las mujeres, de la abogacía de la paz, la armonía, y la no violencia en la vida social.”³⁴ El sacerdocio del catolicismo también sería enteramente masculino.

En cuanto a su teología se refiere, los órficos pensaban que a través de sus ritos liberaban almas de sus castigos infernales y eso, apunta Martin Nilsson, “recuerda, curiosamente, ciertas doctrinas católicas.”³⁵ Hay otras similitudes igualmente curiosas.

Los órficos consideraban a Orfeo, su putativo fundador, un reformador de los ritos dionisiacos. Pero no reformaban la *teología*: pensaban igualmente que quien no venerara a Dionisio a su manera se condenaría en el más allá, y “como dice Jane Harrison..., ‘La doctrina cardinal de la religión órfica era la posibilidad de alcanzar la vida divina.’ ” Platón, el famoso filósofo, comentaba sobre los órficos con desdén que “convencen no solo a individuos sino a ciudades enteras que existen métodos de redención y purificación del pecado a través de sacrificios y diversiones... y si no hacemos sus sacrificios, nos espera un terrible destino.”³⁶

Puede entreverse en lo anterior que Platón “rechazaba y despreciaba a los órficos como charlatanes baratos,” como explica Martin Nilsson. Pero no debiera sorprendernos. El “anhelo de justicia se convirtió en el principio líder del orfismo”³⁷; el orfismo era atractivo sobre todo para las clases bajas.³⁸ No así para Platón aristócrata y sofisticado teórico de la extrema derecha que proponía en sus textos formas de

* *Bacantes* (505)

organización social para garantizar la opresión de los pobres.* No podía gustarle un movimiento de justicia social.

En Tracia, las ménades, se decía, habían desmembrado a Orfeo—nuevamente el mismo modelo—por rehusarse a venerar a Dionisio como ellas ordenaban. Ésta era “una de varias historias que describían a Orfeo oponiéndose a la religión original de Dionisio, o buscando reformarla.”³⁹ ¿Cómo? Platón, relata Nilsson, “utiliza la frase ‘vida órfica’ refiriéndose a la abstinencia de la carne y al consumo estricto de vegetales” porque los órficos, como hacen algunos movimientos éticos modernos, dotaban a los animales de almas y les extendían derechos.⁴⁰ Tenía que ofenderles, por ende, el arrebató extático de ir a desmembrar y comerse crudo un chivo para celebrar la muerte y resurrección de Dionisio. Las raíces de la religión órfica, pues, parecen yacer en “los esfuerzos... por transformar las prácticas salvajes de las ménades en un rito más tranquilo, vegetariano.” Entonces, los órficos habrían seguramente encontrado sustitutos adecuados, en sus ritos secretos, para el cuerpo y la sangre del dios martirizado.⁴¹ ¿Cuáles?

* En *República*, Platón imagina una sociedad con una casta para cada función, criadas por la clase gobernante como si fueran ganado, y sometidas a una incesante propaganda para que no puedan entender y rebelarse (Isaac 2004:125). Es una idea muy parecida a la pesadilla social que representa más recientemente Aldous Huxley en *Un Mundo Feliz*, y no muy distinta del mundo ‘ideal’ que imaginó Adolfo Hitler.

Nuestra palabra ‘cereal’ viene de Ceres, la versión romana de la diosa Demeter, central en el misterio eleusino que tanto influía sobre los otros misterios. Esa influencia puede verse en *Las Bacantes*, cuando Tiresias, un defensor del culto dionisiaco, explica que “La humanidad... posee dos bendiciones supremas. La primera es la diosa Demeter, o la Tierra—escójase el nombre que sea—. Fue ella quien le dio al hombre su nutrimento de grano.” ¿Y la segunda bendición? “[D]espués de ella vino el hijo de Semele [Dionisio],” continua Tiresias, “quien igualó su regalo al inventar el vino líquido como obsequio al hombre.”[†] *Pan y vino*.

Robert Wolfe apunta que “en varias escenas representando las religiones místicas en el arte grecorromano, se ve a los participantes comiendo pan y bebiendo vino,” y aquello da cabida a suponer que “el pan y el vino eran los componentes principales de la comida sagrada del rito de Baco” entre los órficos. Wolfe piensa que “en la mayoría de los casos el pan y el vino simbolizaban el cuerpo y la sangre de Dionisio, que conferían a los creyentes la inmortalidad.”⁴²

El Jesús de Pablo: ¿un nuevo Dionisio?

Hemos visto en lo anterior mucho que recuerda a la tradición cristiana. Mucho antes de Pablo de Tarso, como expresa Bertrand Russell en un resumen sucinto, “el dios que muere y resucita, el consumo sacramental de la presunta carne del dios, y el volver a nacer a una nueva vida a través de una ceremonia análoga al bautismo se volvió parte de la teología de grandes

[†] *Bacantes* (270-280)

secciones del mundo romano pagano.”⁴³ Apuntaré ahora, empero, similitudes tan precisas que parecen diseñadas para derrotar la acusación de un exceso interpretativo o cualquier hipótesis de coincidencia.

Según explica Jarl Fossum, existen evidencias para sugerir que “la idea del nacimiento virginal pudiera haber surgido en Alejandría mucho antes de la llegada del cristianismo.” Por ejemplo, “existía una tradición de que Hera reanudaba su virginidad cada año bañándose en el manantial de Cantus (Pausanias II.36.2).” El autor antiguo Nonnos se refirió a Kore como una madre virgen. Kore, también llamada Perséfone, es la madre de Aion, una versión alejandrina del Dionisio órfico.⁴⁴ Vittorio Macchioro también apunta el nacimiento virginal de Aion.⁴⁵ Y Robert Wolfe explica que en los misterios eleusinos, como se practicaban en Alejandría durante el periodo ptolemaico, “se exhibía a un niño [y] se decía que el niño era el hijo de Perséfone, quien milagrosamente había permanecido virgen.”⁴⁶ A un lado de Egipto, el principal dios de los nabateos, Dusares, nacía de una diosa virgen. A Dusares (como a Aion) lo identificaban con Dionisio.⁴⁷ En Judea, colindante con Egipto y Nabatea, había muchísimos gentiles, y entre ellos, naturalmente, abundaban paganos místéricos involucrados en los sincretismos de la zona.

De aquellas “leyendas... que afirmaban a Dionisio como hijo de Perséfone, seducida o violada por [el ‘Dios Padre’] Zeus,”⁴⁸ una “muy popular” hablaba del crimen de los titanes contra Dionisio.⁴⁹ En ella, cuando “todavía niño, [Baco/Dionisio] es destazado por los titanes, que se comen toda su carne menos el corazón.”⁵⁰ De esta historia resultó un culto al ‘sagrado corazón’ de Dionisio, pues habría de resucitar de

ese mismo corazón por intercesión de Zeus.⁵¹ En el cristianismo hay igualmente un culto al ‘sagrado corazón’ de Jesús. El académico, doctor de ley canónica, y sacerdote católico Brian Dunn explica que la devoción al ‘sagrado corazón de Jesús’ se remonta a la antigüedad, pues “se encuentra en los padres de la Iglesia, ej., Orígenes, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Hipólito, Irineo, Justino, [y] Cipriano.”⁵²

La celebración del nacimiento de Jesús en las iglesias occidentales de rito latino se estableció finalmente como la noche del 24-25 de diciembre, fecha precisa en la cual los paganos místéricos celebraban en Alejandría el nacimiento de Aion, su versión de Dionisio, nacido de una madre milagrosamente virgen.⁵³ *

No es la única fecha interesante. Resulta que “al principio, el nacimiento de Cristo se celebraba el 6 de enero, como todavía sucede en las iglesias ‘ortodoxas orientales.’ ” En este día precisamente los paganos celebraban el (re)nacimiento de Aion y la epifanía (o ‘manifestación’) de Dionisio, en la cual el agua milagrosamente se convertía en vino (recuerda el milagro de Jesús en las bodas de Caná).⁵⁴ Esto fue transferido del rito egipcio de Osiris, considerado un antecesor del culto dionisiaco. Ahora el 6 de enero es la fecha de la epifanía de Jesús (su visitación por los reyes magos y por lo tanto su manifestación o presentación a los gentiles).

Otra deidad asimilada a Dionisio es Atis.⁵⁵ Este semidios protagonizaba un misterio extendido por todo el

* La fecha del 25 de diciembre era popular, porque correspondía también al nacimiento de Mitras, otro semidios místico (Wolfe 1987:40).

imperio con el apoyo de Claudio César, y exhibe también similitudes curiosas con Cristo. Culminando el 25 de marzo se celebraban ritos flagelantes para conmemorar su resurrección (el periodo en el que puede caer la celebración cristiana de la resurrección de Jesús comienza en la última semana de marzo; procesiones de flagelantes continúan en Italia hasta el día presente). “En estos ritos Atis era simbolizado con un pino.”⁵⁶ Había una comida sagrada para conmemorar la muerte y resurrección de Atis, la cual, “decían los discípulos, era una promesa que ellos también se alzarían triunfantes de las corrupciones del cuerpo en la tumba.” Atis era el hijo de Zeus y de la mujer Nana, pero a Nana Zeus la había preñado sin penetrarla, así que, como lo apuntó Frazer, puede decirse, nuevamente, que Nana era una virgen.⁵⁷ Como ‘persona,’ empero, la presunta biografía de Atis no semeja en nada a la de Jesús. Se le parecen más Dionisio y Orfeo, cuyos rasgos combinados nos entregan un reformador compasivo que viene a salvar el mundo.

También ‘Sócrates,’ el famoso personaje de Platón, se parece a Jesús. El diálogo platónico *Fedón* representa a Sócrates injustamente enjuiciado pero rehusándose a montar una verdadera defensa, aceptando dócilmente su sentencia, y explicando a sus seguidores las recompensas de la vida eterna que le esperan luego de su ejecución. Todo esto anticipa la figura del Jesús paulino. “Lo que el recuento evangélico de la Pasión y la Crucifixión eran para los cristianos,” escribe Bertrand Russell, “el *Fedón* lo era para los filósofos paganos o libres pensadores [ateos],” y “aun para muchos cristianos ocupa un lugar subordinado solamente a la muerte de Cristo.” El impacto fue profundo: “el *Fedón* es importante por plasmar,

no sólo la muerte de un mártir, sino también muchas doctrinas que más tarde fueron cristianas. La teología de San Pablo y los Padres en gran parte se derivó de él, directa o indirectamente, y no puede entenderse si ignoramos a Platón.”⁵⁸

Ojo: lo anterior no es una influencia independiente: nuevamente es *orfismo*. Si bien Platón se oponía al anhelo de justicia social de los órficos y despreciaba sus supersticiones rituales, su *teología mística* es sin embargo órfica. ¿Por qué? Porque “el pitagoreanismo fue un movimiento de reforma en el orfismo,” cuando Pitágoras hizo de aquel misticismo ‘filosofía,’ explica Russell, y Pitágoras fue una enorme influencia sobre Platón.⁵⁹

Apuntando las similitudes entre el orfismo y el paulinismo, Macchioro comenta:

En la elaboración teológica del orfismo vemos cinco elementos constitutivos: (a) Zagreus [el primer Dionisio*] es hijo de Zeus; (b) los Titanes lo matan; (c) Zeus le restaura la vida; (d) se lo lleva al cielo; (e) le da un reino. Sin lugar a duda, todos estos elementos míticos aparecen también en conexión con la figura del Cristo paulino, luego consagrados en el credo [católico]. Además, los antiguos consideraban la resurrección de Dionisio un hecho real, enseñando su tumba en Delfos, y la teología órfica identificaba a Dionisio con Zeus, es decir, se afirmaba la identidad del hijo y del padre. —Macchioro (1928:341-42)

A Machioro le faltó añadir, entre la (b) y la (c), que los mitos dionisiacos también afirmaban su descenso a Hades, el

* Zagreus es el nombre de Dionisio, antes de su resurrección.

infierno helénico, elemento que puede encontrarse igualmente en el Credo.*

Macchioro apunta que “la correspondencia entre Zagreus [Dionisio] y Cristo fue observada por los primeros cristianos.”⁶⁰ Ahí está, por ejemplo, Clemente de Alejandría, teólogo y patriarca católico, quien en su *Proteptikos* “representaba al cristianismo como un misterio, pero el único misterio verdadero.”⁶¹ Semejante posición implica que la incómoda similitud entre el cristianismo y los misterios era innegable; algunos, explica Macchioro, “la consideraban tan dramática que tenía que ser obra del Diablo”—para confundir a los cristianos—.⁶² Pero los misterios eran muy anteriores al cristianismo, o sea que debía imputársele a Satanás una malevolencia profética: durante siglos había preparado el terreno con dioses falsos cuya biografía, teología, y celebraciones rituales habrían de parecerse a la futura redención de Jesús.

* El Credo: “Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra. Creo en Jesucristo, su Único Hijo nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen. Padeció bajo el poder de Poncio Pilato. Fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos. Al tercer día, resucitó de entre los muertos. Subió a los Cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, la Comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.” [Énfasis mío.]

Para el prestigio del cristianismo hubiera sido mejor que el paganismo místico jamás hubiera existido, pues no habría entonces la menor necesidad de alegar que el cristianismo era judío y no griego. Puede vislumbrarse, aquí, la poderosa motivación detrás de la erradicación del paganismo cuando el movimiento paulino se convirtió en la religión oficial del Imperio Romano. Pero mientras el paganismo místico no hubiese desaparecido todavía del mundo romano, era preciso abordar la controversia.

Algunos defendían la originalidad del cristianismo apuntando que ningún misterio habla de *crucifixión*. En la opinión de Macchioro, que se usara este argumento “indica que desde el punto de vista de misterio [vida, muerte violenta, resurrección, descenso al infierno, y ascenso al cielo] nada distinguía a Dionisio y a Cristo excepto por la forma [precisa] de su muerte.”⁶³ Aun para quien piense que Macchioro exagera, resulta obvio que la teología cristiana era fácil de digerir para los griegos místicos, pues ya tenían el modelo básico. El suelo griego, por así decirlo, era fértil para la semilla cristiana, y eso ayuda a explicar por qué, como dice Burkitt, “la Iglesia creció en suelo griego.”

Para los judíos, por contraste dramático, estas ideas eran menos atractivas. El gran filósofo judío Filón de Alejandría (siglo 1), de quien se alega que amaba supuestamente el pensamiento helénico, expresó así su opinión sobre los semidioses griegos:

¿Y qué, pues, diremos de los semidioses? Es una cuestión perfectamente ridícula: ¿Cómo es posible que un hombre sea al mismo tiempo mortal e inmortal? Y eso sin mencionar la forma reprochable

del origen de estos seres, producto del desenfreno juvenil que los autores se esmeran en imputarle a las naturalezas divinas, profanándolas (como si, locos de amor por mujeres mortales, los dioses* se hubieran conectado con ellas, cuando sabemos que los dioses están libres de toda participación e influencia de pasión, y completamente felices).⁶⁴

La controversia sobre las religiones místicas

Pablo venía de la ciudad griega de Tarso, en la actual Turquía. Estaba poblada de gente que hablaba griego y practicaba los misterios griegos. ¿No sería posible que Pablo arrebatara de ahí su teología? Varios estudiosos del origen del cristianismo propusieron eso en el siglo 19.

Llegado aquel siglo, el efecto combinado de Reforma Protestante, Ilustración Europea, y la separación de Iglesia y Estado que inauguró la Revolución Francesa maduró un clima en el que pudo comenzar a estudiarse de forma científica la historia de la principal religión occidental. Pero el cristianismo se representa oficialmente 1) *en oposición* a las religiones paganas; y 2) como el *verdadero judaísmo* que reemplaza al anterior. Por lo tanto era de esperarse una repetición de las controversias antiguas ante cualquier sugerencia de que el cristianismo había surgido de las religiones místicas.

* Erwin Goodenough explica que Filón estudiaba el pensamiento helénico para convencer a los griegos *en sus términos* del error de sus ideas y de la verdad judía. Por eso en su propaganda (y lo arriba citado es un ejemplo) les habla de “los dioses,” en plural (Goodenough 1940:39-40).

En 1897, por ejemplo, el Reverendo Agustín S. Carman escribió:

La historia de la extensión del evangelio en la generación que sigue la muerte de Cristo debe incluir una investigación sobre qué tanto contacto hubo entre el movimiento evangelista y los muy populares misterios antiguos. El Obispo Warburton y otros cometieron un error en el siglo pasado [el siglo 19] pues sus aseveraciones absurdas sobre la supuesta conexión entre los misterios griegos y la revelación contenida en nuestras Escrituras Sagradas sin duda tuvieron el efecto de impedir investigaciones serias sobre el tema durante muchos años... —Carman (1897:104).

Si bien el Reverendo Carman abogó por investigar el contacto entre los paganos místicos y los primeros cristianos, está claro que ciertas cosas eran impensables. Para él era un axioma—un *a priori*: un supuesto previo a la investigación—que la teología de Pablo no podía haber sido causada por la teología mística, y sugerirlo siquiera era caer en “aseveraciones absurdas.”

Uno que lo sugirió fue el antropólogo y clasicista británico James Frazer, quien comenzara a publicar los volúmenes de su muy influyente trabajo, *The Golden Bough*, en los 1890s. Frazer apuntaba las dramáticas similitudes entre el cristianismo y las religiones místicas—pero de forma oblicua, no fuera ser que gente como Carman viera con demasiada claridad el argumento implícito—. Como explica Robert Graves:

“Sir James Frazer pudo conservar hasta su muerte sus preciosos cuartos en Trinity College, Cambridge,

gracias al cuidado metódico con el que navegó todo alrededor de su peligroso tema, como si hiciera un viaje de reconocimiento cartográfico de una costa isleña, y sin comprometerse jamás a declarar que la isla existía.” —citado en Wolfe (1987:69)

En 1914 Carl Clemen y H.A.A. Kennedy ambos publicaron ejercicios de refutación. Nada tienen que ver, arguyen estos dos autores, las similitudes entre el vocabulario que usaba Pablo y el de los misterios, ni mucho menos las similitudes entre la teología de Pablo y la misteriosa. Se trata de coincidencias.⁶⁵

La pregunta, obviamente, ha sido incómoda, pero desde los 1940s, apunta Wolfe, se lidia con esa incomodidad ignorando por completo el tema.⁶⁶ En su “verdadera historia” del nacimiento del cristianismo, por ejemplo, Rodney Stark incluye un capítulo sobre las religiones paganas del Mediterráneo que llama “precursores” del cristianismo, pero ni una palabra—ni una sola—sobre los misterios.⁶⁷

Para quienes sí abordan el tema, explica Marvin Meyer, “el estándar para describir lo que corresponde a una deidad que se levanta o resucita es Cristo, como lo entiende por ejemplo Pablo.” Es decir que si la muerte y resurrección de alguna otra deidad no es *idéntica* a la de Cristo, no cuenta: se dirá que es enteramente distinta. Por ejemplo, como apunta Meyer, “si bien Atis no se levanta, luego de su muerte, según Arnobio de Sica en *Adversus nationes* 5.7, se le concedió ‘que su cuerpo no se descompusiera, que su cabello siempre creciera, que hasta sus dedos pequeños vivieran y reaccionaran solo con movimiento continuo.’”⁶⁸ Walter Burkert—a quien escojo aquí como representante de la apología cristiana—afirma tajante en

su libro *Los Antiguos Cultos Mistéricos* que “No hay evidencia de la resurrección de Atis.”⁶⁹ ¿Por qué no? Porque la regeneración de Atis, con todo y que *sí* confiere la vida eterna a sus seguidores, no es *precisamente* la noción paulina de resurrección, entonces nada tiene que ver una con la otra. “Que se utilice este estándar,” como bien dice Meyer, “indica una elección académica motivada por teología.”⁷⁰ Pues la pregunta de fondo no es si las ideas de Pablo fueron idénticas, en todos sus detalles, a las misteriosas—la pregunta es si fueron *influenciadas* por ellas—. Para alegar influencia no se precisa de una calca.

Otros batean bruscamente que hubiera una conexión entre los misterios y el cristianismo para correr de prisa al siguiente tema. Por ejemplo, el reconocido estudioso de las religiones, Mircea Eliade, en *Historia de las Ideas Religiosas* (1982) se olvida casi por completo de las religiones misteriosas excepto para decir: “ ‘Algunos autores han querido explicar la Eucaristía como resultado de influencias de las religiones orientales [misteriosas*] de la salvación, pero la hipótesis no tiene fundamento (ver p.348).’ ” Robert Wolfe cita aquello y comenta: “Si el lector interesado se dirige a la página 348, sin embargo, no encuentra una sola palabra para justificar que ‘la hipótesis no tiene fundamento.’ Al contrario, la única referencia a ‘la Eucaristía’ en la página 348 es la afirmación de que es ‘ajena al judaísmo.’ Muy cierto; pero la pregunta es si también es ajena a las religiones misteriosas.”⁷¹

* Es común afirmar, con los grecorromanos, el origen supuestamente ‘oriental’ de los misterios. En *Las Bacantes* el rito dionisiaco llega al Mediterráneo luego de ser ‘revelado’ en todo Asia occidental.

En 1999, con la publicación de *Los Misterios de Jesús: ¿Acaso sería el 'Jesús Original' un Dios Pagano?*, de Timothy Freke y Peter Gandy, se reabrió la controversia. La hipótesis de Freke y Gandy es que los primeros cristianos fueron los *gnósticos*, idea que recibió un empuje popular en 2003 con la publicación de *El Código Da Vinci*, de Dan Brown. Adaptada luego para el cine, *El Código Da Vinci* contiene numerosos errores y absurdos históricos (es una obra de ficción). Y puede demostrarse a través de las cartas de Pablo, como haremos a continuación, que los primeros cristianos, los apóstoles, no eran paganos gnósticos sino judíos ortodoxos. Pero estos libros han servido por lo menos para replantear la pregunta: ¿A qué se parece más el cristianismo *Paulino*: a las religiones místicas o al judaísmo?

Sin duda hay motivos e influencias judías en el cristianismo. El movimiento farisaico o rabínico predicaba la resurrección de los muertos y castigos y premios después de la muerte.⁷² Algunos textos hebreos contenían “leyendas sobre los profetas” donde eran representados “muriendo a manos de su recalcitrante pueblo,”⁷³ tradición que podía acomodar de menos la estructura a grandes rasgos de la biografía evangélica de Jesús. Y en la comida sagrada de *Sabbat* son importantes el pan y el vino. Además, como vimos, la lógica abstracta del sacrificio expiatorio cristiano se modela en el *Levítico*. Pablo afirmaba estar liderando el ‘nuevo Israel,’ y en algo tenía que parecerse al viejo; sería una necedad, por lo tanto, negar estas influencias judías. Pero argüir a favor de una influencia mística dominante no requiere esa necedad. Requiere de esto: demostrar que las similitudes del cristianismo con el judaísmo

son superficiales, que las diferencias son profundas, y que el parecido con las religiones místicas es definitivo.

No veo cómo la tradición de pan y vino en el judaísmo pueda ser responsable de que los cristianos los consuman cual cuerpo y sangre de un ‘niño Dios’ nacido la noche del 24-25 de diciembre, de una virgen preñada por ‘Dios Padre,’ y por intervención de un novedoso ‘Espíritu Santo.’ Tampoco esta idea de condenar al infierno a todo quien no reconozca la muerte y resurrección del hombre/Dios sacrificado a manera de expiación universal. Y me resulta imposible imaginar al judaísmo sin la Ley de Moisés que el culto cristiano cancela. Pero todos esos detalles, tan ajenos al judaísmo, podemos encontrarlos en los misterios griegos. Como dice Wolfe, aunque es verdad que “ninguna de estas figuras [místicas], ni siquiera Orfeo, se asemejan a Cristo en todos sus detalles,” de cualquier manera, “tomados en conjunto,” los misterios—a diferencia del judaísmo—“incluyen casi todos los grandes rasgos de la imagen de Cristo.”⁷⁴

En este debate quizá deba tener la última palabra el propio Pablo de Tarso. Podemos ver en sus cartas que sus seguidores griegos no se *convertían* del todo, pues querían añadir a Jesús a su panteón pagano como un nuevo semidiós místico, importado de otro pueblo asiático, y ponerle la gorra frigia que usaban Dionisio, Atis, y Mitras. En su *Carta a los Corintios* Pablo los regañó así:

Por lo tanto, mis queridos amigos, huyan del culto a los ídolos. ...La copa de bendición que bendecimos, ¿no es en ella que participamos de la sangre de Cristo? Y el pan que compartimos, ¿no es un compartir del cuerpo de Cristo? ...Lo que los paganos

sacrifican, se lo sacrifican a demonios, y no a Dios. No quiero que se asocien con demonios. No puede beberse la copa del Señor y la copa de los demonios. No puede uno sentarse a la mesa del Señor y a la mesa de los demonios. ¿O acaso queremos provocar los celos del Señor? ¿Acaso somos más fuertes que Él? —1 Corintios (10.14-22)

Es notable no solo la amenaza contra participar en ritos paganos, sino también el cuidado de Pablo para evitar confusiones. El pan y vino consumidos ritualmente cual cuerpo y sangre de la deidad muerta y resucitada, otorgadores de vida eterna, eran en el caso de Jesús “la mesa del Señor” y “la copa del Señor,” a distinguir de la “mesa de los demonios” y “la copa de los demonios.” Esa distinción era obviamente opaca para sus seguidores, y de ahí su enfado.

Los apóstoles rechazan a Pablo

Una de las paradojas más interesantes de la historia cristiana es que Pablo, líder del movimiento cristiano vencedor, de hecho comenzó su carrera como perseguidor y asesino de apóstoles. Cualquier teoría de los orígenes del cristianismo debe resolver esto que parece, a todas luces, un absurdo. Pablo mismo claramente sentía la imperativa de explicarlo.

A sus seguidores en Galacia, por ejemplo, les escribió: “Habrán oído, sin duda, de mi anterior vida en el judaísmo. Estaba persiguiendo a la Iglesia con violencia y tratando de destruirla.”* Las palabras “habrán oído, sin duda” delatan que

* *Gálatas* (1.13)

las persecuciones de Pablo contra amigos y discípulos de Jesús eran famosas en el Mediterráneo oriental (Galacia no estaba en las inmediaciones de Jerusalén sino en la actual Turquía). Ahora que predicaba en nombre de Jesús, Pablo debía representarse en tal que hombre nuevo, y por eso vemos repetidas y contritas confesiones de su anterior papel en sus cartas.[†]

¿A qué se debía, según Pablo, su transformación?

Su seguidor ‘Lucas’ presenta en *Hechos* una narrativa relativamente detallada de lo que aseveraba su héroe sobre su ‘epifanía,’ cuando según él se presenció una manifestación del resucitado Jesús de Nazaret, y se convirtió. Camino a Damasco para arrestar y traerse presos a Jerusalén a ciertos discípulos de Jesús, dice el texto, Saúl de Tarso fue deslumbrado y escuchó la voz de Jesús en queja por la persecución contra su movimiento. Entonces comprendió que Jesús era el anticipado Mesías de los judíos, se hizo llamar Pablo, y de ahí en adelante cambió de vida y predicó en nombre del rabino crucificado.[‡]

Para nosotros la pregunta clave es ésta: ¿Acaso era concebible que los apóstoles—hombres que habían vivido y compartido las aventuras de Jesús, que habían escuchado de su boca sus enseñanzas, y recibido de él personalmente la autoridad para predicar en su nombre—aceptaran a Pablo? Aquel no conoció a Jesús, predicaba ideas griegas, y—para colmo—hacía no mucho buscaba todavía asesinarlos. Pero no hace falta especular: aunque esto no figure mucho en el

[†] Ver también *1 Corintios* (15.9); *Filipenses* (3.6); *1 Timoteo* (1.12-14)

[‡] *Hechos* (26.1-23)

catecismo cristiano (y por ende tampoco en la consciencia de la feligresía), los textos del ‘Nuevo Testamento’ de hecho son perfectamente claros: el propio Pablo explicó en sus cartas que se traía una magna camorra con los apóstoles.

La controvertida autoridad de Pablo

En base a las epístolas paulinas el historiador James O’Donnell explica que

Pablo (y la secta del movimiento de Jesús que representaba) tenía riñas fundamentales e intensas con Pedro y los otros apóstoles, cuyas nociones del cristianismo en el largo plazo cedieron a las del ex perseguidor, quien defendió una historia de su milagrosa conversión para justificar su autoridad. — O’Donnell (2005:192)

Una de aquellas justificaciones reza: “Aunque antes fui blasfemo, perseguidor, y un hombre de violencia... fui encomendado como heraldo y apóstol (estoy diciendo la verdad, no estoy mintiendo), un maestro para los gentiles en la fe y la verdad.”* Pero el otrora violento enemigo no convencía a todo mundo en su nuevo papel de profeta de Jesús, y de ahí la protesta: “no estoy mintiendo.” Muchos no lo consideraban apóstol: “Si no soy apóstol para otros,” le escribe a sus seguidores en Corinto, “por lo menos lo soy para ustedes.” Pero ni siquiera eso estaba claro, pues acusa que los corintios “exigen pruebas de que Cristo habla en mí.”† En todo su cuerpo epistolar vemos a Pablo embrollado en una aguda controversia,

* 1 Timoteo (1.13, 2.7)

† 1 Corintios (9.2); 2 Corintios (13.3)

cual gato bocarriba defendiendo a zarpazos su autoridad catequizante.

Este presunto profeta mesiánico anuncia un nuevo criterio de autoridad al presentarse como “Pablo, un apóstol de Cristo por voluntad de Dios”—o sea, *no por amistad con Jesús*—. Pero se palpa su inseguridad: “Creo que no soy inferior a estos súper apóstoles.” ¿A quién se refiere? ¿A los apóstoles! La postura es defensiva (y petulante). Sobre ellos dice: “¿Son hebreos? Yo también. ¿Son descendientes de Abraham? Yo también. ¿Son ministros de Cristo? Hablo como un loco—yo soy mejor...—”‡ ¿Por qué semejante estridencia? Porque su público conocía a los apóstoles y sabía que ellos predicaban un mensaje distinto.

La comparación con los amigos de Jesús resultaba agudamente incómoda para Pablo. Se dirige así a sus seguidores:

¿Qué no soy libre? ¿No soy un apóstol? ¿No he visto a Jesús nuestro Señor? ¿No son ustedes mi trabajo en el Señor? Si no soy apóstol para otros, por lo menos lo soy para ustedes; pues ustedes son el sello de mi apostolado en el Señor. Ésta es mi defensa a quienes insisten en examinarme. — 1 Corintios (9.1-3)

Pablo se indigna de ver que sus seguidores toman a los apóstoles como varas para medirlo e “insisten en examinarme.” Su respuesta, como vimos, es que “yo soy mejor.” Para establecer esa superioridad, Pablo recalca que él *no cobra* por enseñar el evangelio.

‡ 2 Corintios (1.1, 11.5, 11.22-23)

¿No tenemos derecho a nuestra bebida y comida?
 ...¿O será que nada más a Bernabé y a mí se nos negará el derecho a dejar de trabajar para vivir?
 ...Fue en verdad escrito para nosotros que todo quien se ponga a arar deberá arar con esperanza, y quien se ponga a desgranar deberá desgranar con la esperanza de participar de la cosecha. ¿Si hemos sembrado bienes espirituales en ustedes, acaso es mucho pedir que cosechemos sus bienes materiales?
 ¿Si otros [los apóstoles] ejercen ese derecho con ustedes, no tenemos nosotros, con creces, el mismo derecho? Pero no nos hemos servido de este derecho, sino que soportamos cualquier cosa antes de poner obstáculo alguno en el camino del evangelio de Cristo. ...¿Cuál es mi recompensa? Solo ésta: que haga mi proclamación del evangelio gratis, para no hacer uso pleno de mis derechos en el evangelio. —1 Corintios (9.4-18; énfasis mío)

Pero aunque predicara gratis, la inestable plataforma de la autoridad paulina se mecía con esta controversia, pues quienes acusaban a Pablo de impostor eran efectivos. “Si alguien viene y les proclama otro Jesús que el que les proclamamos, o si reciben ustedes un espíritu distinto del que recibieron [de mí], o un evangelio distinto del que aceptaron [de mí],” se queja Pablo, “se someten a él con facilidad.”* De ahí sus arranques de furia: “Me gustaría que quienes los turban se castrasen,” le dijo a su gente en Galacia.† Y por dejarse turbar, los regañó así: “Estoy atónito de ver lo rápido que se alejan de quien los llamó en la gracia de Cristo y se vuelcan

* 2 Corintios (11.4)

† Gálatas (5.12)

sobre un evangelio distinto—no digo que exista un evangelio distinto, pero hay algunos que los están confundiendo y que pervierten el evangelio de Cristo—.”‡

¿Y quiénes andaban “confundiendo” a la gente de Pablo con “un evangelio distinto”? En la misma carta lo explica: “ciertos enviados de Santiago.”§ ¿Y quién era aquel? Dice Pablo: “Santiago, el hermano del Señor.”** *Hermano de Jesús*.

Paréntesis: ¿Hermano de Jesús?

Aunque algunos católicos como Paul Johnson ahora escriban de paso “Santiago, el hermano menor de Jesús,”⁷⁵ la interpretación oficial de la Iglesia Católica es que todas las referencias a un Santiago como *hermano de Jesús* son referencias a Santiago o Jacobo ‘el menor’ que encontramos en los evangelios (*Marcos* 15.40), el hijo de Alfeo (*Mateo* 10.2-4), a pesar de que en ningún lugar los evangelios hagan esta identificación. Y la Iglesia afirma, además, que este mismo Santiago es el que aparece en las cartas de Pablo como el “hermano del Señor.” La *Catholic Encyclopedia (New Advent)*, con sello oficial de la Iglesia, por ende continúa negando que Jesús tuviera hermanos carnales.⁷⁶

Es obvio por qué. Según la tradición católica María concibió a Jesús antes de su primera relación sexual, y por eso decimos ‘Virgen María.’ No es en absoluto necesario, si lo que

‡ Gálatas (1.6-7)

§ Gálatas (2.12)

** Gálatas (1.19)

se quiere es un milagro, que ella permaneciera después siempre virgen, pero la preocupación de la Iglesia medieval con la ‘fornicación’ impuso la doctrina de la eterna ‘pureza’ mariana, bajo la cual es forzado que Jesús fuera el único hijo de María. Para un historiador libre de esta carga teológica, empero, es difícil ver dónde el ‘Nuevo Testamento’ afirmó cosa alguna consistente con ello.

El *Evangelio Según Mateo* dice que José “tomó a María como esposa pero no la conoció *hasta que* hubo dado a luz a un niño; y lo llamó Jesús” (énfasis mío).^{*} El verbo ‘conocer’ es aquí un eufemismo bíblico para las relaciones sexuales. De haber querido enseñar que María permaneció siempre virgen, el autor, ‘Mateo,’ nso debió expresarse así; su “*hasta que*” implica que José y María después sí se ‘conocieron.’ Sería natural que resultasen hermanos carnales de Jesús (en la interpretación evangélica, *medios* hermanos).

Pero la implicación de relaciones sexuales posteriores entre José y María tampoco obliga la inferencia de que sí hubo hermanos carnales. Además, la palabra ‘hermano’ pudiera ser metafórica, como es el caso de un pasaje de *1 Corintios*:

¿Acaso no tenemos derecho de ir acompañados de una hermana como esposa...? ... — *1 Corintios* (9.5)

Es obvio que Pablo no defiende el incesto—“hermana” aquí significa *creyente*—y esto demuestra que la palabra admite de usos metafóricos en el Nuevo Testamento. Debemos por ende hacer un esfuerzo especial para separar usos metafóricos y literales de la palabra, pues sin ello sería

^{*} *Mateo* (1.25)

irresponsable concluir que Pablo, cuando dice “Santiago, el hermano del Señor,” no se refiere a un amigo cercano sino a un hermano carnal. Para estos fines nos servirá completar la oración:

¿Acaso [Bernabé y yo] no tenemos derecho de ir acompañados de una hermana como esposa, como lo hacen los otros apóstoles y los hermanos del Señor, y Pedro? — *1 Corintios* (9.5)

Este pasaje—donde Pablo presume que él y Bernabé son célibes[†]—corresponde a uno de los puntos suspensivos que coloqué en la perorata *1 Corintios 9.4-18* donde Pablo se compara con los *líderes* del movimiento apostólico y se jacta de no cobrar. Ese contexto, y que Pablo coloque a “los hermanos del Señor” entre “los otros apóstoles” y “Pedro,” nos deja claro que “los hermanos del Señor” están incluidos entre los líderes. Pero simples creyentes por definición no pueden ser líderes. Tampoco puede ser una referencia a los amigos de Jesús, porque esos son los apóstoles, y ya los llamó “apóstoles.” O sea que *este* no es un uso metafórico de “hermanos.” ¿Tiene sentido? Claro. No hay ningún problema en suponer que, de haber hermanos carnales de Jesús, su prestigio los habría convertido en líderes del movimiento. Es la cosa más natural.

Hay otros pasajes que también pueden fácilmente interpretarse como referencias a hermanos carnales de Jesús. Luego de la crucifixión, relata *Hechos*,

[†] Aquí hay una ironía: los apóstoles obviamente no celebraban el ‘celibato apostólico’—eso era cosa de Pablo y sus aliados (que no eran apóstoles)—.

...regresaron a Jerusalén del monte llamado Olivet, que está cerca, a una semana de Jerusalén. Cuando entraron en la ciudad subieron al cuarto donde se estaban quedando Pedro, y Juan, y Santiago, y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Jaime el hijo de Alfeo, y Simón el zelota, y Judas el hijo de Santiago. Todos estos constantemente se dedicaban a rezar, junto con algunas mujeres, incluyendo a María la madre de Jesús, así como sus hermanos.—*Hechos* (1.12-14)

Como al final “sus hermanos” son mencionados *aparte de los apóstoles y en conjunto con María*, la interpretación menos rebuscada es que el texto se refiere a hermanos carnales.

Una cita de *Mateo* nos muestra la misma estructura:

Mientras que Jesús continuaba hablando con las multitudes, su madre y sus hermanos estaban parados afuera, queriendo hablar con él. Alguien le dijo: “Mira, tu madre y tus hermanos quieren hablar contigo.” Pero al que le dijo eso Jesús le respondió: “¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?” Y apuntando a sus discípulos, le dijo, “¡Aquí están mi madre y mis hermanos!”—*Mateo* (12.46-49)*

El uso que hace aquí Jesús del sentido figurado, afirmando que sus discípulos *también* son “mi madre y mis hermanos”—o sea, que los considera igualmente ‘familia’—carece enteramente de fuerza a menos que la referencia que hace su interlocutor a “sus hermanos”—éstos, ojo, *apartados como grupo con María*—sea a sus hermanos carnales.

En otro pasaje *Mateo* escribe que algunos expresaron así su escepticismo sobre la autoridad de Jesús: “¿Qué no es éste el hijo del carpintero? ¿Y no es su madre María? ¿Y no son sus hermanos Santiago y José y Simón y Judas?”† ¿Cómo interpretar esta metralla de tres frases excepto enunciando el orden *padre, madre, e hijos*? Ese orden sugiere, además, que después de Jesús el mayor es Santiago, pues es común—casi normativo—hacer el listado de los hermanos en el orden en que nacieron. Como el hermano mayor, luego de la muerte de Jesús, sería natural que Santiago ocupara una posición especial entre los creyentes. Esa importancia la subraya Pablo, pues de los hermanos de Jesús que aparecen en el listado de *Mateo*, Pablo menciona de nombre solamente a Santiago. Y en una ocasión escribe que “Santiago, Pedro, y Juan,” *en ese orden*, son los “reconocidos pilares” del movimiento apostólico.‡

Finalmente, apunto que si bien Pedro aparece siempre como un amigo especialmente cercano de Jesús, Pablo *nunca* escribe “Pedro, el hermano del Señor.” Pero sí escribe “Santiago, el hermano del Señor.”

En fin. En vez de decirnos que “Pablo... tenía riñas fundamentales e intensas con Pedro y los otros apóstoles,” sería más correcto, a la vista de esta evidencia, que James O’Donnell escribiera que las riñas de Pablo eran con *Santiago, hermano de Jesús*, y sus lugartenientes, los apóstoles.

O’Donnell sin duda ha sido influenciado por la tradición de la Iglesia Católica que durante dos mil años viene

* Un pasaje idéntico en *Marcos* (3.31-35), y uno similar en *Lucas* (8.19-20).

† *Mateo* (13.55); hay un pasaje similar en *Marcos* (6.3).

‡ *Gálatas* (2.9)

afirmando a Pedro como líder supremo. También durante dos mil años la Iglesia descansa su presunta autoridad apostólica en base a un pasaje de *Mateo* en el que Jesús, dice la interpretación, nombró a Pedro el primer ‘papa’ católico: “Y te digo, tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia... Te daré las llaves del cielo, y lo que tu ates en la Tierra se atará en el Cielo, y lo que desates en la Tierra se desatará en el Cielo.”* *Hechos*, de ‘Lucas,’ también tiende a identificar a Pedro como líder del movimiento (aunque apuntamos que en dos citas *Hechos* otorga el primer lugar a *Santiago*).†

¿A quién creerle? A Pablo. Sus cartas son los primeros documentos de la tradición católica, y según los expertos se escribieron en los 50s del siglo 1, mientras que el *Evangelio Según Mateo* y *Hechos* se escribieron en el período de los 80s del siglo 1, después del cataclismo genocida de la ‘Primera Guerra Judía.’‡ Cuando se compusieron las cartas de Pablo los apóstoles vivían todavía y su líder era famoso, o sea que Pablo no podía mentir sobre la estructura de liderazgo en el movimiento apostólico, como tampoco podía mentir sobre su muy reciente y famoso papel de asesino de cristianos. No hay razón para dudar de Pablo, por lo tanto, cuando identifica a Santiago, hermano de Jesús, como líder de los apóstoles. (Más tarde veremos por qué la Iglesia prefirió darle ese lugar a Pedro.)

Me ocupé de establecer la importancia de Santiago y su relación con Jesús para enfatizar el tamaño problema de Pablo:

* *Mateo* (16.18-19)

† *Hechos* (15.13, 21.18)

Santiago—hermano de Jesús y líder de los apóstoles—no reconocía la prédica de Pablo. ¿Cómo podía entonces Pablo justificarse en tal que profeta de Jesús? Optó por una estrategia doble: por un lado, afirmaba una autoridad directa de Dios, y por otro lado dijo que Santiago en un principio sí lo había autorizado, pero ahora siempre no, por supuesta hipocresía y desprecio hacia los gentiles entre quienes pregonaba Pablo. Veamos la evidencia.

La Carta a los Gálatas

En la *Carta a los Gálatas* su autor se presenta así: “Pablo, un apóstol enviado *ni por comisión humana ni por autoridades humanas*, sino a través de Cristo Jesús y del Dios Padre que lo resucitó de los muertos” (énfasis mío).‡ Luego lo recalca:

Dios... me eligió antes de que naciera y me llamó por su gracia, se complació en revelarme a su Hijo,§ para que lo proclamara entre los gentiles [los no judíos: *los griegos*** – FGW]; no conferí con ningún ser humano, ni tampoco fui a Jerusalén a ver a los que ya eran apóstoles antes de mí, sino que fui inmediatamente a Arabia, y luego regresé a Damasco.—*Gálatas* (1.15-16).

‡ *Gálatas* (1.1)

§ La visión camino a Damasco.

** Hago la aclaración porque muchas veces, en vez de escribir ‘gentil’ (no judío) Pablo escribía ‘griego’ (ver por ejemplo *Gálatas* 3.28). Pablo le predicaba sobre todo a griegos. (En algunas versiones modernas el traductor escribe ‘gentil’ cada vez que el original dice ‘griego.’)

Pablo predicó sin pedir permiso de quienes “ya eran apóstoles antes de mí.” No hacía falta. A él lo había escogido Dios para un plan que ni siquiera los apóstoles entendían, y su autoridad para pregonarle a los griegos una teología muy parecida a sus misterios venía directamente de su visión camino a Damasco.

Sin embargo Pablo afirmaba también lo siguiente: “Después de tres años sí fui a Jerusalén a visitar a Pedro y me quedé con él quince días; *pero no vi a ningún otro apóstol* excepto por Santiago, el hermano del Señor [Jesús]. En lo que les escribo, ante Dios, ¡no miento!” (énfasis mío).^{*} Líneas abajo: “Luego de catorce años fui otra vez a Jerusalén... Ahí expliqué (pero sólo en una junta privada con los líderes reconocidos) el evangelio que yo proclamaba entre los gentiles *para asegurarme de que no estaba corriendo, o que no había corrido, en vano*” (énfasis mío).[†] Éste es el famoso ‘Concilio en Jerusalén,’ donde, según la tradición católica, los apóstoles autorizaron la prédica de Pablo a los gentiles. Es obvio el problema: si los apóstoles eran quienes podían asegurarle a Pablo “que no había corrido en vano,” entonces su pregón en nombre de Jesús—siempre sí—precisaba de autorización apostólica.

Es curiosa la insistencia—“¡no miento!”—sobre el haberse entendido *nada más* con “los líderes reconocidos” en la cima: Santiago y Pedro. ¿Qué lo explica? Pablo habla de “creyentes falsos que entraron en secreto” para sabotearlo.

^{*} *Gálatas* (1.18-20)

[†] *Gálatas* (2.1-3)

Estos “eran supuestamente líderes reconocidos”—o sea, apóstoles—. Pero eso no importaba porque “Dios no es parcial” (es decir, “Creo que no soy inferior a estos súper apóstoles”). Lo que importa, dice Pablo, es que “Santiago, Pedro, y Juan, que eran reconocidos pilares, reconocieron la gracia que se me había dado... y estuvieron de acuerdo que nosotros [Pablo y sus discípulos] le predicáramos a los gentiles, y ellos [los apóstoles] a los circuncidados [judíos].”[‡] Pablo reúne así sus dos presuntas fuentes de autoridad: *aunque los otros apóstoles se opongan, Santiago—hermano de Jesús y líder supremo—reconoció “la gracia que se me había dado,” es decir, la autoridad de su presunta visión.*

¿Cómo entender la complicada justificación de Pablo?

Primero hay que imaginarse el contexto. Pablo escribe cartas a las comunidades que funda porque no puede estar en todos lados al mismo tiempo. Recibe correspondencia de sus comunidades y contesta sus preguntas. Es obvio, por lo que escribe, que los seguidores de Pablo en Galacia, a quienes va dirigida esta carta, quieren saber por qué en la ausencia de Pablo han estado viniendo apóstoles y sus enviados a contradecirlo. Su respuesta: los apóstoles no están de acuerdo con la decisión *privada* de Santiago, Pedro, y Juan de autorizar la prédica de Pablo. La gran ventaja de este argumento era la dificultad que habrían tenido sus seguidores de viajar hasta Jerusalén y confirmar aquello con los tres líderes mencionados.

Un problema, empero, no se desvanecía. Antioquía sí estaba cerca de Galacia, y los gálatas sabían, parece ser, que

[‡] *Gálatas* (2.4-9)

gente de Santiago había ido a desmentir a Pablo en Antioquía. ¿Entonces qué? ¿Siempre no lo había autorizado Santiago? Pablo resuelve la contradicción acusando que es víctima de una “hipocresía” de los “reconocidos pilares” bajo presión de la “facción de la circuncisión.” Veamos:

Pero cuando Pedro vino a Antioquía me le opuse en su cara, pues se había condenado él sólo; pues *antes de que vinieran ciertos enviados de Santiago* comía con los gentiles. Pero cuando vinieron éstos, se hizo a un lado, y se mantuvo separado por temor a *la facción de la circuncisión*. Y los otros judíos se le unieron en esta hipocresía...—*Gálatas* (2.11-13; énfasis mío)

Si Pedro se dejaba intimidar por los “enviados de Santiago,” eso nuevamente implica que Santiago era el jefe. Y si Santiago lideraba “la facción de la circuncisión,” ¿eso qué implica?

Dice un estudioso: “pocas, si es que alguna, de las prácticas judías son más importantes que *berit milah*, el pacto de la circuncisión.”⁷⁸ ¿Por qué? Porque el “pacto de la circuncisión” es el compromiso a seguir la Ley de Moisés, y por lo mismo es un requisito de conversión.⁷⁹ Si Santiago, el líder supremo, insistía en la circuncisión y en la separación ritual de judíos y gentiles a la hora de comer, eso sugiere que él (y por extensión su hermano Jesús) nunca predicó a los gentiles otra cosa que la conversión al judaísmo. En ese caso la prédica de Jesús era muy distinta a la de Pablo, con lo cual se explica la riña con los apóstoles documentada en las epístolas paulinas.

Hechos hace una representación distinta. Quienes fueron a Antioquia a insistir en seguir la Ley de Moisés, dice el texto, fueron allí *sin la autorización de los apóstoles*. O sea que

Santiago, según ‘Lucas,’ nada tuvo que ver. Fue entonces que Pablo propuso el ‘Concilio en Jerusalén’ para resolver la controversia. Llegados todos con los apóstoles, “algunos creyentes que pertenecían a la secta de los fariseos [rabinos] se levantaron y dijeron, ‘Es necesario que [los conversos] sean circuncidados y apremiados a seguir la Ley de Moisés.’ ” Pero Pedro apoyó a Pablo, y luego “los apóstoles y los líderes, con el consentimiento de toda la Iglesia, decidieron enviar hombres de entre ellos y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé” para decirle a los antioquinos que no hacía falta seguir la Ley.*

El relato de ‘Lucas’ contradice el de Pablo. ¿A quién creerle? A Pablo. Su carta fue escrita primero, cuando sucedían los eventos, para solucionar una emergencia que según él le produjo Santiago. ‘Lucas’ escribió su narrativa sobre Pablo años después, y la intituló *Hechos de los Apóstoles* obviamente porque buscaba eliminar la impresión de una profunda controversia entre Pablo y los amigos de Jesús.

Ya podemos explicar por qué la Iglesia Católica representa a Pedro como el jefe: *Hechos* dice que Pedro apoyó la prédica paulina de abolir la Ley. Si eso ha de equivaler a una clara autorización apostólica para la prédica católica contra la Ley de Moisés, hace falta que Pedro sea el líder supremo, cosa que la Iglesia defiende con los pasajes de *Hechos* y *Mateo* que así lo representan.

Resumiendo

* *Hechos* (15.1-29)

La forma como Pablo defiende su autoridad no convence. Los apóstoles, confiesa, le predicán a sus seguidores “un evangelio distinto.” Pero los tres principales líderes, asevera vehemente, le habían autorizado el suyo (¡mismo que había predicado por diecisiete años sin pedir permiso de los apóstoles!). Después resulta que siempre no se lo autorizan, según él por hipócritas. Queda su ‘visión’ o ‘epifanía’—un relato insólito e imposible de confirmar—.

La teología misteriosa de Pablo, pues, no parece apostólica. Lo mismo puede decirse del grueso del Nuevo Testamento: *Hechos* es la historia de Pablo, escrita por su seguidor ‘Lucas,’ y los otros tres evangelios canónicos concuerdan mucho con el *Evangelio Según Lucas*, lo cual descalifica la presunción tradicional de que fueran escritos por discípulos de Jesús.*

* Todo mundo está de acuerdo que ‘Lucas’ fue un seguidor de Pablo. Sobre los otros tres evangelistas canónicos, la tradición católica asevera que ‘Marcos’ fue amigo de Pedro, y que ‘Mateo’ y ‘Juan’ fueron los apóstoles de esos nombres. No existe ninguna documentación de eso: los textos son anónimos. Un problema más grave es que los amigos de Jesús con dificultad vivían en las fechas cuando se piensa que fueron escritos esos evangelios, pues la expectativa de vida en aquel entonces era muy baja, y sobre todo entre los pobres: ‘Lucas’ identifica en *Hechos* 4.22 a un hombre de cuarenta años como de avanzada edad. Para ser autores de los evangelios los amigos de Jesús debieron llegar a sus ochentas, más o menos, aunque no fueran ricos y aunque interviniera la Primera Guerra Judía, una guerra de

Para muchos ahora resulta arrogante que el movimiento católico etiquetara a su competencia de ‘herejía’; Rodney Stark revira que no se trata de un simple insulto: ‘herejía,’ dice, es enseñar en nombre de Jesús algo que no predicó.⁸⁰ Usando así el término, y tomando en cuenta las opiniones de los apóstoles que asoman en las epístolas paulinas, ¿cómo habremos de calificar la prédica de Pablo?

Entonces... ¿qué predicaban los apóstoles?

El ‘Nuevo Testamento’ hace una afirmación asombrosa sobre la relación de Jesús con sus apóstoles. Para apreciarla, podemos comenzar con las siguientes dos afirmaciones sobre los evangelios:

- 1) el *Evangelio Según Marcos* “enfatisa que los apóstoles y discípulos no siempre entendían lo que Jesús trataba de hacer; el significado cabal de su persona y mensaje, implica, no se comprendió durante su gestión...,”⁸¹
- 2) el *Evangelio Según Juan* “afirma claramente que las ideas de la comunidad [cristiana] sobre Jesús cambiarían después de su vida.”⁸²

exterminio. Finalmente, el estilo de las narrativas es helénico, y muchas pistas en el uso de palabras y en sus argumentos sugieren que no se escribieron en Judea sino en zonas de habla griega del Imperio Romano (ver Duling 1993:1857-1859; Black 1993:1915-1917; Rensberger 1993:2011-2013).

Según los evangelios, el Mesías no atinaba a comunicarse con sus apóstoles, o no quería darles el mensaje final. Esto es consistente con la autojustificación epistolar de Pablo, donde enarbola su presunta comunicación divina, recibida posterior al fallecimiento de Jesús, como el mensaje verdadero y final. Si aceptamos esa interpretación de Pablo, entonces el trabajo de Jesús con los apóstoles en realidad no había servido de nada.

La hipótesis que defendemos aquí no tiene mayor problema explicando todo esto. Los textos del Nuevo Testamento son textos *paulinos*, luego entonces están escritos para justificar a Pablo, y eso requiere que en ellos los apóstoles aparezcan como ingenuos que no entienden el verdadero mensaje de Jesús, o que no son dignos todavía de recibirlo. Así se resuelve que en las cartas de Pablo los apóstoles aparezcan como rivales predicando “un evangelio distinto,” pues no han recibido la *revelación posterior* concedida solo a Pablo.

Pero dado que los apóstoles no reconocían la predica del ex perseguidor, ¿cómo entonces reconstruir la predica apostólica? De hecho ésta puede inferirse, en parte, a través del ‘Nuevo Testamento,’ pues esas diferencias que según el propio Pablo él tenía con los apóstoles nos permiten entrever la posición de aquellos. Y sin duda los evangelios incluyeron *algo* de lo que realmente dijo el mártir. Pero quien quiera descubrir al Jesús histórico a través del ‘Nuevo Testamento’ deberá andarse con mucho cuidado; no puede simplemente afirmar que Jesús o sus apóstoles hicieron o dijera algo porque así lo relata el ‘Nuevo Testamento.’ Prosigo, pues, con cuidado.

Jesús no predicó la abolición de la Ley de Moisés

Quizá no haya cuestión más importante que la predica del Jesús histórico sobre la Ley. Sobre este punto los textos paulinos de hecho son elocuentes: Jesús defendió la observancia de la Ley de Moisés.

Especialmente significativo es *Hechos*, cuando relata presuntos eventos *posteriores*—punto clave—a la muerte de Jesús. Pedro el apóstol, nos dice el texto, un día entra en trance y ve descender del cielo una manta con todos los animales prohibidos en las leyes dietéticas del *kashrut*. Una voz le ordena comer de ellos, *cosa que lo confunde y escandaliza*. Luego va a explicarles a los (igualmente sorprendidos) apóstoles las implicaciones de su visión: que ha sido abolida la Ley de Moisés: los paganos o gentiles pueden ser reclutados al movimiento *sin convertirlos al judaísmo*.^{*} En este momento se desprende el cristianismo del judaísmo, y el episodio sirve, obviamente, para preparar lo relatado más tarde sobre el ‘Concilio en Jerusalén,’ cuando la intervención *de Pedro* resuelve la controversia a favor de Pablo, autorizándole predicar la abolición de la Ley a los gentiles (ver arriba).[†]

Nos interesa aquí lo que el autor, ‘Lucas,’ pudo razonablemente querer exponer. Si hubiese querido comunicar que Jesús había predicado la obsolescencia de la Ley, entonces jamás debió representar a los apóstoles sorprendidos y escandalizados con la visión de Pedro. En su otro texto, el *Evangelio Según Lucas*, representa a Jesús diciendo: “más fácil es que desaparezcan el cielo y la tierra que eliminar un trazo de

^{*} *Hechos* (10.9-16, 11.1-18)

[†] *Hechos* (15.1-29)

una letra de la Ley.”* O sea que ‘Lucas’ es consistente: según él, Jesús en vida no abolió la Ley sino todo lo contrario.

¿Qué hay de los otros textos?

El *Evangelio Según Marcos*, es verdad, representa a Jesús en vida aboliendo las leyes de higiene y del *kashrut*[†]—contradicción directa de *Hechos*—. Pero los otros dos evangelios apoyan lo relatado en *Lucas*. *Mateo* dice: “No crean que he venido a abolir la Ley o los profetas. En verdad les digo, hasta que desaparezcan el cielo y la tierra, ni una letra, ni un trazo de una letra, se eliminarán de la Ley hasta que todo se haya cumplido.”[‡] Tanto *Lucas* como *Mateo* relatan que en una ocasión Jesús violó *Sabbat*, pero escriben que Jesús se defendió invocando una *razón suficiente* para la violación, y diciendo que el Mesías puede hacer lo que guste en el día del Señor, “porque el Hijo del Hombre es el Señor de *Sabbat*.”[§] Igualmente en *Juan*: se trata de un privilegio especial que corresponde a Jesús, y nada más, no de una polémica general en contra de la Ley como tal.**

La opinión general de los estudiosos es ésta: el Jesús evangélico no predica en contra de la Ley de Moisés.

...Jesús de Nazaret aparece [en los evangelios] como judío observante (*Mateo* 5.17-19), orando en la

* *Lucas* (16.17)

† *Marcos* (7.1-23)

‡ *Mateo* (5.17)

§ *Mateo* (12.1-14)

** *Juan* (5.1-30)

sinagoga en *Sabbat* y observando la Pascua y (según el evangelio de Juan) las otras grandes peregrinaciones y festivales del Templo en Jerusalén. Recitaba *Shema* (*Marcos* 12.29) y se vestía con los lazos de oración que correspondían a los varones judíos (*tzitiot* en hebreo; *kraspeda* en el griego de los evangelios; *Marcos* 6.56). Daba instrucciones sobre cómo rezar en la sinagoga, como guardar ayuno, y como ofrendar en el Templo (*Mateo* 5.23-24). Le explicó a sus seguidores las dimensiones correctas de las filacterias (*tefillin* en hebreo; *Mateo* 23.5).—Fredriksen (2008:100)

Excepto por un solitario pasaje en *Marcos*, pues, los textos paulinos todos concuerdan: Jesús no se enemistó con la Ley de Moisés. ¿Qué sigue? Si ni siquiera la segunda generación de textos del movimiento de Pablo, enemigo de la Ley, se atreven a decir que fuera el propio Jesús quien—en vida—la aboliera, entonces el rabino crucificado debió ser *famoso* a lo largo y ancho del Mediterráneo oriental por su fidelidad a la tradición mosaica. Es por esto precisamente que vemos a Pablo, en sus cartas, descansando enteramente *en su ‘visión’* la autoridad de su polémica, pues no había prédica apostólica que la apoyara. Es por esto, también, que lo vemos enmarañado en una profunda controversia con “la facción de la circuncisión”: Santiago y los apóstoles. Y es por esto, finalmente, que los evangelios y *Hechos* deben contraponer la ‘visión’ de Pablo contra la incomprensión apostólica del presunto mensaje profundo de Jesús.

Los ebionitas

Es obvio que los apóstoles eran influyentes y tenían una organización extensiva, pues Pablo explicó en sus cartas que se veía forzado a combatirlos en Antioquía, Galacia, e inclusive Corinto—*lejos* de Jerusalén—. Dado que los apóstoles fueron tan influyentes, es razonable anticipar que podamos encontrar pistas de su movimiento más allá del ‘Nuevo Testamento.’

Gracias a polémicas furiosas de los primeros líderes de la Iglesia que sobrevivieron hasta nuestros tiempos, sabemos que a la postre de Pablo los primeros cristianos seguían muy atraídos a la comunidad judía y a la Ley de Moisés. Estos antiguos líderes católicos, explica Joan E. Taylor, estudiosa de orígenes cristianos, terminaron por referirse a toda influencia judía en el cristianismo como ‘ebionita.’⁸³ Taylor sin duda tiene razón cuando afirma que no todo lo así etiquetado emanaba necesariamente del movimiento ebionita, pero un uso tan amplio del término sugiere que los ebionitas (a veces llamados ‘nazarenos’) eran influyentes.

¿Quiénes eran estos misteriosos ‘ebionitas’? Ellos afirmaban ser los verdaderos seguidores de Jesús.

Irineo, patriarca del siglo segundo dedicado a combatir desviaciones de la ortodoxia católica, dice Taylor, “fue el primero en escribir sobre un grupo llamado ebionitas.” Según él,

practicaban la circuncisión, observaban las costumbres judías, adoraban Jerusalén, rechazaban la Inmaculada Concepción [la virginidad de María—

FGW*] (*Adv. Haer.* 4.33.4; 5.1.3), y repudiaban a Pablo como un apóstata de la Ley (*Adv. Haer.* 1.26.2; 3.11.7).—Taylor (1990:322)

Ahora bien, para Taylor, “la última acusación demuestra que los orígenes del grupo que describe [Irineo] no pueden yacer con Pedro o Santiago”—es decir, con los apóstoles—“pues ellos aceptaron a Pablo (*Hechos 15, Gálatas 2*).”⁸⁴ Es impugnable su argumento.

Según Taylor en “*Hechos 15, Gálatas 2*” puede verse claramente que Santiago y Pedro aceptaron a Pablo, y eso le basta para refutar la hipótesis de un origen apostólico para los ebionitas. Por eso los cita sin más. Empero, *Hechos* y *Galatas*, como ya vimos, se contradicen, y el texto más fiable, que es *Gálatas*, de hecho no apoya sino socava la inferencia de que Santiago aprobase la prédica paulina. Entonces el argumento de Taylor en realidad no descansa sobre los textos que cita sino sobre la interpretación dogmática de la Iglesia. Podemos, pues, descartar el argumento de Taylor y considerar que los ebionitas quizá sí fueran el movimiento apostólico.

* Taylor escribe “Inmaculada Concepción” pero Irineo se refería a la doctrina de la *virginidad* de María, pues escribe, reprochando a los ebionitas, que “la regeneración fluye de la virgen a través de la fe” (*Adv. Haer.* 4.33.4). Algunos autores, Taylor incluida, confunden esta doctrina con la Inmaculada Concepción, la idea de que María nació (fue concebida) sin pecado, pero esa idea no surgió sino hasta el Medioevo (Irineo no la conocía), y aun ahí fue muy controvertida (MacCulloch 2003:21).

Sin duda los ebionitas tenían su propio evangelio, pues los varios patriarcas católicos en sus polémicas contra toda herejía en varios lugares mencionan y citan pasajes de un *Evangelio de los Ebionitas*, también llamado *Evangelio de los Hebreos*. Desgraciadamente, fuera de esas citas el texto no sobrevivió.

Mejor preservadas están dos novelas llamadas ‘seudo clementinas,’* traducidas a varios idiomas del Mediterráneo antiguo, y que según el testimonio del antiguo patriarca cristiano Epifanio eran utilizadas por el movimiento ebionita. Hans Joachim Schoeps y otros estudiosos especulan que los muy distribuidos textos seudo clementinos se basaron en documentos más antiguos del movimiento ebionita, y que esta secta de cristianos judíos bien pudiera remontarse a los apóstoles.

Valiéndose de los textos seudo clementinos, de las acusaciones de los antiguos apologistas católicos contra los ebionitas, de los pedacitos supervivientes del *Evangelio de los Ebionitas*, y de otras fuentes antiguas (incluyendo textos rabínicos que hablan de cristianos judíos), Schoeps reconstruye la ideología ebionita. En lo que sigue menciono los paralelos que pueden verse entre los ebionitas como los reconstruye Schoeps, y los apóstoles como aparecen en las cartas de Pablo.

Los ebionitas se jactaban de ser descendientes de los apóstoles. Consideraban a Jesús el Mesías y simultáneamente el Profeta que había prometido Moisés.† Para ellos Jesús era el

elegido y ungido de Dios, mas no el hijo de Dios ni mucho menos Dios encarnado—era humano, no divino—.85 Negaban con especial pasión que María hubiera concebido a Jesús siendo virgen.86 La misión principal de los ebionitas era, acorde con el sesgo de la Ley judía, la defensa de las clases bajas (‘ebionitas’ quiere decir ‘los pobres’). Consistente con ello, en *Gálatas* Pablo reconoce que los apóstoles se interesan más que él en los pobres.‡

Para los ebionitas (como también en las cartas de Pablo) Santiago, el hermano de Jesús, es el líder supremo y “Jesús mismo lo hace obispo de Jerusalén” (Pedro es el segundo de abordó, como en las cartas paulinas).87 Luego de fallecido Jesús, según los ebionitas, Santiago era el líder autoritario, “monárquico,” ejerciendo un control cuidadoso sobre su organización. “Entregaba *testimonia* (cartas de autorización) para acreditar a una persona como ‘capacitado para predicar la palabra de Cristo.’”88 Pablo parece referirse a esos ‘pasaportes’ cuando revira así contra los corintios que le exigen pruebas de su autoridad para predicar en nombre de Jesús: “seguramente no necesitamos, como en el caso de otros, cartas de recomendación para ustedes o de ustedes, ¿o sí?”§ A Pablo jamás le darían su carta; los textos ebionitas acusan que había intentado asesinar a Santiago, detalle bien empatado con la confesión del propio Pablo sobre su papel inicial de perseguidor del movimiento apostólico.89

* Durante un tiempo, se le atribuyeron erróneamente a Clemente de Roma.

† *Deuteronomio* (18.15-22)

‡ *Gálatas* (2.10)

§ *2 Corintios* (3.1)

Lejos de querer abolir la Ley de Moisés, los ebionitas eran grandes enamorados de la tradición judía. No se trataba, empero, del amor inflexible y superficial de un dogmatista sino del amor romántico del científico y tecnólogo: querían mejorar la Ley, *rescatarla* inclusive.

[Los ebionitas] veían a Jesús como un reformador de la Ley de Moisés. En particular, condenaba y rechazaba el culto de los sacrificios. Su misión mesiánica culminaba en la abolición de los sangrientos sacrificios de animales y por lo tanto anulaba las leyes que tenían que ver con el sacrificio.”
—Schoeps (1969:74)

En una cita que sobrevive del *Evangelio de los Ebionitas* Jesús dice: “He venido a abolir los sacrificios: si no cesan de sacrificar, la ira [de Dios] no cesará de pesar sobre ustedes.” En otra, cuando los discípulos preguntan dónde ha de prepararse el cordero de Pascua, contesta: “No tengo el menor deseo de comer la carne de este Cordero Pascual con ustedes.”⁹⁰

El ebionismo era un movimiento *ultra judío* que reforzaba las normas *éticas* de la Ley. Los ebionitas “criticaban el Viejo Testamento por su tolerancia de los sacrificios animales, la guerra, la institución de la monarquía, y por sus numerosos antropomorfismos.”⁹¹ No culpaban a Dios. Estos elementos, decían, eran paganos; se habían colado dentro de los textos judíos y habían contaminado lo que es propio del judaísmo: la ética y la justicia social. Fuera de estas reformas, explica Schoeps, el Jesús ebionita “*se mantenía fiel hacia, y observante de, la Ley de Moisés*” (énfasis mío).⁹² Entonces los ebionitas buscaban influencias paganas dentro de la ley judía

para purgarla de ellas y rescatar una tradición auténtica, para ellos puramente judía, exclusivamente enfocada en la ética y la justicia social. Puede entreverse este énfasis, de hecho, en algunos pasajes del Nuevo Testamento: en los discursos de Jesús en los evangelios canónicos lo vemos no aboliendo la Ley sino exigiendo *una ética más estricta*: “Pues les digo, que si su ética no excede la de escribanos y fariseos, nunca entrarán en el reino del cielo.”*

Los apóstoles/ebionitas contra el Templo

El Templo controlaba el culto sacrificial y eso le daba su poder a la vez simbólico, económico, y político. Pero “todos los sumos sacerdotes [del Templo] que nos encontramos en las narrativas evangélicas,” explica el historiador Fergus Millar, “eran seleccionados por los romanos.”⁹³ ¿Por qué? Porque después de conquistar Judá en el año 63 AEC, los romanos habían purgado al sacerdocio del Templo, dejando vivir solamente a quienes colaboraran con los romanos (CAPÍTULO 22).

El Templo era una institución *administrativa* además de ritual. Solomon Zeitlin explica que “Los asuntos civiles de Judea estaban en manos del sumo sacerdote. Era responsable de la tranquilidad del país. Tenía que responder con los romanos por disturbios y revueltas.”⁹⁴ Aunque su temida policía fuera muy represiva, en el corazón de muchos judíos el Templo preservaba un testarudo prestigio, y continuó llegando dinero de toda la diáspora para su manutención. Esos ingresos, más los impuestos locales y cobros por sacrificios, se

* Mateo (5.20)

malversaban ahora para fines romanos: *los judíos financiaban su opresión.*

Lo anterior presenta una estructura parecida a lo que vemos en la historia medieval de la Iglesia Católica: la feligresía ama los principios éticos de su religión y acepta la autoridad tradicional de su gobierno eclesiástico, enviando recursos económicos a una estructura que sin embargo, aliada con los monarcas europeos, utiliza esos recursos para mantenerlos oprimidos. Como lo harían después varios movimientos protestantes con el papado, los movimientos revolucionarios judíos quisieron romper el patrón e hicieron del Templo su némesis. El sumo sacerdote se convirtió en la primera víctima de los revolucionarios llamados *sicarios* (CAPÍTULO 22).

Para quien conoce este contexto de las funciones políticas y colaboracionistas del Templo, la prédica ebionita semeja una astuta jugada política.

Todos los judíos esperaban a un Mesías que luego de triunfar políticamente los gobernaría. Pero si bien muchos esperaban ver al Mesías derrocar por las armas al César, algunos pensaban que lograría lo mismo abrumando a los romanos por conversión de paganos. Si el verdadero Jesús fue el líder de los ebionitas entonces debió postularse Mesías de acuerdo a este segundo molde, pues la estrategia de los ebionitas contra el Templo no era militar sino *intelectual*. Los sacrificios que ahí se celebraban, decían ellos, eran influencias paganas que contaminaban una ley cuyo verdadero y hondo propósito no era satisfacer a Dios con la sangre de animales ritualmente asesinados, sino con ética y justicia social. La tesis ebionita “se basaba en el supuesto de que algunos pasajes de la

Torá no eran tan originales como otros y que de hecho eran falsificaciones tardías.”⁹⁵

Aquel argumento se parece un poco a la tesis que desarrollaría más tarde Moisés Maimónides. *La Enciclopedia Judaica* explica que el gran filósofo medieval consideraba a los mandamientos de los sacrificios como “concesiones necesarias a las situaciones históricas... Venerar [a Dios] sin sacrificios era preferible, pero habría sido poco realista exigirles a los israelitas saliendo de Egipto que abandonasen por completo sus sacrificios.”⁹⁶ Al momento de lanzar el movimiento monoteísta, Dios no tenía a la mano otro material humano que los paganos; entonces, en su infinita sabiduría, había preservado ciertas costumbres que permitieran a los anteriores paganos israelitas sentirse culturalmente cómodos. Éstas eran las “concesiones necesarias a las situaciones históricas.” Pero mientras que Maimónides aceptaba aquellas “concesiones” como parte del *diseño divino* de la Torá, los ebionitas denunciaban los presuntos elementos paganos como intrusos falsos, colados en el proceso de copiar el texto debido a influencias extranjeras.*

De haber tenido éxito convenciendo a sus correligionarios, los ebionitas habrían desinflado la lealtad de los judíos hacía los traidores que operaban el Templo, y le habrían arrebatado a los romanos la herramienta más importante que tenían para reclutar las energías de los mismos

* Ese matiz semeja un poco la ‘hipótesis documentaria’ de algunos modernos intérpretes de la Torá, según cual el texto sagrado de los judíos es una compilación de varios autores (cuatro, dice la versión más común).

judíos en el proceso de opresión. No puede negarse la astucia de esto. Pero la estrategia ebionita tenía además otra gran ventaja que puede apreciarse en lo que escribe Paul Keresztes:

...había numerosos conversos al judaísmo por todo el imperio y en Roma. ...Los judíos propagaban su religión donde quiera que estuvieran en la diáspora. ...Pero muchos de estos admiradores [del] judaísmo no se convertían del todo, en parte por miedo a las leyes represivas [de los romanos], pero especialmente debido al efecto disuasivo de las complicadas obligaciones rituales y de las limitaciones dietéticas y sociales que la religión judía imponía a sus seguidores. —Keresztes (1973:4-5)

Yo pienso que el temor a los romanos debió ser el desincentivo mayor, pero la observación de Keresztes sugiere, de cualquier manera, que eliminar el oneroso culto de los sacrificios habría mejorado el atractivo del judaísmo para muchos paganos. Los numerosos y vegetarianos órficos, en particular, debieron celebrar que se aboliera el asesinato de animales. Pero no solo eso. Los órficos debieron ver una poderosa similitud entre Orfeo, quien padeciera una muerte violenta luego de oponerse a los sacrificios en el rito dionisiaco, y Jesús, que había muerto en la cruz luego de oponerse a los sacrificios que oficiaba el Templo, controlado por los romanos. No olvidemos que según los evangelios Jesús fue arrestado después de un disturbio en el Templo, algo que debió ser famoso, y en el contexto de la prédica ebionita probablemente histórico.

Por contraste con los órficos, explica Schoeps, pocos judíos se entusiasmaron con el ebionismo—pesaba mucho la tradición de asombro ante el Templo—. Los ebionitas

resolvieron el problema desarrollando una “teología federada” y cabalmente tolerante: los judíos se salvarían con el judaísmo tradicional, y a los gentiles los convertirían a su judaísmo modificado.⁹⁷

Nuevamente vemos sombras y ecos de esto en los textos del movimiento paulino, llamados ‘Nuevo Testamento.’ Ahí se habla también de un acuerdo para predicarle una cosa a los judíos y otra a los gentiles (la segunda a cargo de Pablo y su gente). Pero los ebionitas, a diferencia de Pablo, no condenaban a los judíos que no estuvieran de acuerdo con ellos—ésa era la razón de su “teología federada”—. No le predicaban a los gentiles una nueva religión, ni mucho menos la abolición de la Ley de Moisés. Eran una secta *judía* que convertía a los paganos al judaísmo—sin sacrificios, pero judaísmo—. Las cartas de Pablo concuerdan con esto porque acusan a Santiago y a los apóstoles, como vimos, de ser “la facción de la circuncisión,” lo cual implica *fidelidad a la Ley de Moisés*.

¿Qué buscaba Pablo?

Los romanos se desesperaban de cómo lidiar con el movimiento de la Torá, cuya Ley amenazaba con traerse abajo el ‘orden’ represivo de la aristocracia romana. En ese contexto, los apóstoles/ebionitas representaban un doble peligro. En primer lugar, predicaban una ideología que podía brindar un sustento ideológico importante a los revolucionarios que reclutaban a sus hermanos judíos contra el Templo, punto de apoyo romano en Judea. Y su prédica estaba bien diseñada para convertir paganos místéricos al judaísmo.

Tanto los textos ebionitas como los del ‘Nuevo Testamento’ sugieren que los apóstoles fueron muy efectivos convirtiendo paganos. Podemos imaginar que la aristocracia romana se percibió sin alternativa: si no derrotaba a los apóstoles, ellos serían la gota que derramase el vaso de la victoria judía. En este escenario es interesante la consecuencia política de Pablo, pues él buscaba arrebatar a los apóstoles el liderazgo del movimiento, predicando en su lugar un desprestigio de la Ley de Moisés.

Pablo ataca a la Ley de Moisés

¿Por qué no circuncidaba Pablo a sus conversos? Porque Pablo anuncia que uno se salva “aparte de la Ley,” aparte de las obras de caridad y justicia que ella exige (*mitzvot*): “Cristo nos liberó de la maldición de la Ley.”* Si la ley es obsoleta, lo es también el rito de compromiso con ella: la circuncisión. Pero sus seguidores habían acudido a las sinagogas por enamoramiento con la Torá, y, pese a la prédica de Pablo, insistían en seguir la Ley. Como aquello derrotaba su proyecto entero hacía falta una mano firme: “¡Escuchen! Yo, Pablo, les estoy diciendo que si se dejan circuncidar Cristo no les servirá de nada.”†

¡Circuncidarse era condenarse al infierno!

No porque sí, sino porque el comportamiento ritual y su marca física conllevaban el compromiso a seguir la Ley de Moisés. Eso lo deja bastante claro Pablo: “Ustedes que quieren justificarse por la Ley, se han desligado de Cristo; han caído de

la gracia [de Dios].”‡ Eso era perder la salvación porque la vida eterna podía obtenerse sólo “en calidad de regalo,” por gracia de Dios, a través de la fe en Jesús. Entercarse con la Ley era declarar insuficiente el doloroso sacrificio oficiado por Dios, y semejante desprecio invitaría las terribles consecuencias de Su orgullo ofendido. No se puede un mayor ataque teológico contra la Ley que convertirla en causa del castigo eterno.

Pablo ataca a los fariseos

“De todos los personajes en la historia [evangélica] de Jesús,” apunta James Carroll, “nadie es más vilipendiado en la imaginación cristiana que los fariseos.”§ Es verdad. Los textos del ‘Nuevo Testamento’ arremetan sin cese contra escribanos y fariseos (un ejemplo dramático es la lista de maldiciones contra los fariseos que pone en boca de Jesús el *Evangelio Según Mateo*§). Son tantas y tan extremas aquellas vituperaciones que ‘fariseo’ se convertiría en un insulto en los idiomas europeos.

El historiador Shaye Cohen explica que “tanto *La Guerra Judía* como *Antigüedades de los Judíos* [del antiguo historiador Flavio Josefo] consideran a los fariseos como los más prominentes [de los movimientos judíos]... pero el segundo trabajo añade el punto importante de que los fariseos son los líderes de las masas, cuyo apoyo es crucial para que cualquier gobierno sobre los judíos pueda tener éxito.”¶ En el capítulo anterior citamos aquellos pasajes de Flavio Josefo y vimos con cierto detalle que los fariseos defendían a las clases

* *Gálatas* (3.13)

† *Gálatas* (5.2)

‡ *Gálatas* (5.4)

§ *Mateo* (23.1-37)

bajas. Los escribanos y fariseos eran *los rabinos*, proselitistas vigorosos de la Ley de Moisés, opositores del poder romano, y líderes del movimiento judío más grande. Eran ellos quienes podían encabezar la gran revolución liberadora. Atacar a los fariseos era consistente con la prédica de la contrarrevolución.

Es interesante que ‘Lucas’ nos aclare en *Hechos* que el enfrentamiento de Pablo con la “facción de la circuncisión” es una disputa *con la posición farisaica*. En la versión lucana del ‘Concilio de Jerusalén,’ la cual busca disipar la impresión de una riña entre Pablo y los apóstoles, son “fariseos” sin nombre quienes insisten en que los conversos al movimiento de Jesús sean circuncidados y apremiados a seguir la Ley.* Pero en las cartas de Pablo es Santiago, líder de los apóstoles, quien encabeza “la facción de la circuncisión.” La interpretación más razonable es que los apóstoles eran una secta farisaica. El sofisticado argumento ebionita para anular las leyes de los sacrificios (el cual implica una tremenda maestría exegética), su fuerte compromiso con el resto de la Ley de Moisés, y su defensa de las clases bajas todos sugieren un origen farisaico.

Pablo ataca a los judíos

Encima de lo anterior, Pablo repetidamente ataca a los propios judíos, a menudo despreciándolos de forma insultante—como lo hubiera hecho un aristócrata grecorromano—con el epíteto de ‘circuncidados’: “Hay también mucha gente rebelde, habladores y embusteros, especialmente los de la circuncisión; deben ser callados... [N]o le pongan atención a los mitos

* *Hechos* (15.5)

judíos, o a los mandamientos de quienes rechazan la verdad.”† Los llama perros malvados: “¡Cuidado con los perros, cuidado con los agentes del mal, cuidado con quienes mutilan [circuncidan] la carne! Porque somos nosotros la [verdadera] circuncisión...”‡ Son tan solo dos ejemplos.

Varios autores—por ejemplo James Carroll, Paula Fredriksen, Elaine Pagels—, queriendo siempre enfatizar un origen judío para el cristianismo paulino, buscan asimilar estas vituperaciones a las riñas *entre judíos* que siempre sucedían y que provocaban un lenguaje violento.¹⁰⁰ El problema con esta interpretación es, primero, que los lugartenientes de Pablo eran griegos y le predicaban a griegos (cosa que nadie niega, pues eso precisamente relata *Hechos*); o sea que ésta no era una riña entre judíos, sino entre griegos y judíos. En una verdadera riña entre judíos un bando no habría imprecado contra el odiado bando contrario por ser ‘circuncidados,’ implicando que la marca cultural de pertenencia en la comunidad judía era *mala*. Eso no tiene sentido.

Los ataques antijudíos se multiplican y florecen en los textos del ‘Nuevo Testamento.’ Uno de los más salvajes aparece en el *Evangelio Según Juan*, donde el personaje de Jesús arremete inclusive contra los judíos *que habían creído en él*, acusándolos de ser los hijos de Satanás (lo vimos con detalle en el CAPÍTULO 10).§ La justificación central para estas vituperaciones yace en la interpretación clave del movimiento

† *Tito* (1.10-14)

‡ *Filipenses* (3.2-3)

§ *Juan* (8.30-44)

paulino, plasmado con detalle en los cuatro evangelios canónicos, y también en *Hechos de Los Apóstoles*: que el Mesías, tan anticipado por los judíos y sus numerosos aliados gentiles, había venido ya, y que había sido asesinado... ¡por los judíos! Como la teología cristiana afirma que Jesús es Dios encarnado, ésta se volvió la acusación de *deicidio*: asesinato de Dios.

Algunos apologistas de Pablo alegan que esta acusación, en particular, es una que no hizo *él*; eso lo dijeron sus seguidores, autores de la segunda generación de textos (los evangelios, *Hechos*, etc.). James Carroll, por ejemplo, cita con aprobación a Jon Levenson, quien dice: “Pablo nunca culpa a los judíos por la muerte de Jesús, ni justifica la fundación de la Iglesia en la ira de Dios contra el pueblo de la vieja alianza.”¹⁰¹ Que me perdonen Carroll y Levenson, pero quizá deban releer el ‘Nuevo Testamento.’ Aquí una cita de Pablo:

...los judíos, *que mataron al Señor Jesús* y a los profetas, y nos expulsaron; ellos displacen a Dios y se le oponen en todo al impedirnos que hablemos con los gentiles para que puedan salvarse. ...[P]ero la ira de Dios los ha alcanzado finalmente. —1 Tesalonicenses (2.14-16; énfasis mío)

Carroll y otros hacen su mejor esfuerzo por defender que Pablo ‘maduró,’ y que en su *Carta a los Romanos*—según muchos la última que escribió—suavizó su mensaje y defendió a su pueblo.¹⁰² No estoy de acuerdo.

Los comentarios sobre los judíos en la *Carta a los Romanos* fueron escritos con exquisito cuidado. Cualquiera que haya enseñado reconocerá aquí el estilo de un hábil profesor, dando una clase, contestando preguntas incómodas que le han

presentado sus alumnos. Pablo pone sobre la mesa una interpretación de condena directa y cabal a los judíos, pero la pone para refutarla, primero con un ademán enérgico y luego con un desarrollo teórico. El ademán es decisivo, casi lo ve uno cerrando el puño en el aire y bajándolo con fuerza en defensa apasionada de los judíos. Pero en el desarrollo que sigue tuerce la lengua, y cuando termina ha condenado nuevamente a su anterior pueblo. ¿Qué sucede? Que sus seguidores aman al judaísmo y Pablo se ve forzado a emplear sutilezas para no ofender a su público. El advenedizo ‘apóstol’ camina una cuerda floja.

Por ejemplo: “¿Acaso Dios ha rechazado a su pueblo?,” pregunta Pablo. “¡Para nada!”, se contesta. Ahí está el ademán enérgico. Pero hay que seguir leyendo. Enseguida aclara: “Yo mismo soy israelita, descendiente de Abraham.” O sea que Dios no rechaza *a Pablo*, ni a otros judíos que estén de acuerdo con él. Pero éstos son nada más un puñado, un remanente: “Hay un remanente escogido por gracia,” es decir, escogido “no sobre la base de sus obras, o si no la gracia no sería gracia.” ¿Qué está diciendo? Nuevamente, que no puede uno salvarse cumpliendo con la Ley de Moisés (misma que los judíos insisten en seguir); Dios ha de salvarnos con su gracia—pero sólo a quienes le tengan fe a Cristo y abandonen la Ley—. O sea que Dios “¡para nada!” rechaza a “su pueblo” *siempre y cuando ese pueblo siga el llamado de Pablo*. Ésta es la ‘defensa’ que hace Pablo de los judíos: los defiende si ya son cristianos.

No ha terminado. Citando un salmo, Pablo explica que, como parte del plan maestro, “Dios les dio [a los judíos] un espíritu lento para que sus ojos no vieran y sus oídos no

escucharan,” y luego: “que sus ojos se oscurezcan para que no vean, y joróbalos siempre.”* Siembra así la semilla del argumento que—citando el mismo salmo—más tarde defenderá Agustín: Dios esclaviza a los judíos para demostrar la superioridad del cristianismo (INTRODUCCIÓN).

Pablo defiende a Roma

Quizá nada delate la verdadera misión de Pablo como su defensa de Roma.

Los evangelios ponen en labios del mismo Jesús una famosa exhortación a respetar a las autoridades romanas: “Denle pues al César lo que pertenece al César...”† Le habían preguntado a Jesús si era patriótico pagarle impuestos al conquistador que los mantenía oprimidos; su respuesta, consistente con las cartas de Pablo, expresa una condena del fermento revolucionario judío.

Pero si la revolución judía es condenable, entonces, por implicación gramática, Roma debe ser buena.

No sorprende, pues, que sean varios los soldados, oficiales militares, e inclusive altos funcionarios de la burocracia imperial—ejecutores del increíble terror mediterráneo—exaltados en los textos paulinos como fieles seguidores de Jesús, puros de fe. Lucas celebra a piadosos centuriones y soldados, y también a un *proconsul* romano

(nada menos).‡ En una de sus cartas, Pablo se jacta del éxito de su mensaje entre los soldados de “la guardia imperial,” cosa que, añade, endurece la espina de sus seguidores para proclamar su mensaje sin temor.§

¿Qué dice Pablo entonces sobre la postración de los pueblos conquistados?

Toda persona sometida por los romanos debía aceptarlo de buena gana, inclusive los esclavos. “Que cada quien viva la vida que el Señor le asignó, a la cual fue llamado por Dios,” aconseja Pablo. “Que cada quien permanezca en la condición en la que fue llamado [al cristianismo]... ¿Eras esclavo cuando te llamaron? No te preocupes por eso.” Y en otra carta: “Que todos quienes están bajo el yugo de la esclavitud vean a sus amos como merecedores de todo honor, para que no sea blasfemado el nombre del Señor.” Y también: “Esclavos, obedezcan a sus amos temblando de miedo, con todo corazón, igual que obedecen a Cristo; y no solo cuando los estén supervisando...”**

Desde el punto de vista judío encaja mal que el profeta del Mesías ordene respeto al odiado César y a sus soldados, y también sumisión a los esclavos, porque la función misma del Mesías sería *tirar al César, humillando a sus legiones, para liberar a los esclavos*. Pero Pablo sin ambages condena cualquier queja contra las autoridades romanas.

‡ Lucas (7.7-10), Hechos (10.1-8, 13.4-12)

§ Filipenses (1.12-14)

** 1 Corintios (7.17-21), 1 Timoteo (6.1), Efesios (6.5-6)

* Romanos (11.1-10)

† Mateo (22.21), Marcos (12.13-17), Lucas (20.20-36)

Que todos se sometán a las autoridades gobernantes, pues no hay autoridad que no venga de Dios. Por lo tanto cualquiera que resista a la autoridad estará resistiendo lo que Dios ha ordenado, y los que resistan serán juzgados. Porque los gobernantes no son un terror contra la buena conducta, sino contra la mala. ¿Quieren ahorrarse el temor a las autoridades? Entonces hagan lo correcto, y recibirán su aprobación; pues la autoridad es el sirviente de Dios para el bien de ustedes. Pero si hacen cosas malas, entonces deberán sentir temor, ¡pues la autoridad no lleva la espada en vano! Es el sirviente de Dios para ejecutar su ira contra el malvado. Por lo tanto deben someterse, no solo por la ira [de Dios a través de las autoridades] sino también por su consciencia. Por la misma razón deberán pagar sus impuestos, pues las autoridades son los sirvientes de Dios, ocupados con este encargo. Páguele a todo quien le deban— impuestos a quien se le deban impuestos, pagos a quien se le deban pagos, respeto a quien se le deba respeto, honor a quien se le deba honor.—*Romanos* (13.1-2).

En todos lados donde Pablo predicó, las “autoridades gobernantes”—según él instituidas por Dios y acatando Su voluntad—eran *romanas*. Nada puede estar más claro: escribió esa carta para defender el honor y el respeto hacia la aristocracia romana, su derecho a cobrar impuestos punitivos, y a imponer terrores contra las poblaciones subyugadas. *Pablo predicaba sumisión al poder romano*. Y al explicar que Roma “es el sirviente de Dios para ejecutar su ira contra el malvado,” Pablo enmarcaba para sus seguidores los ataques antijudíos del imperio, y otros ataques similares, con una interpretación piadosa: la aristocracia romana era una extensión de Dios; los

judíos eran castigados por rebeldes. Semejante discurso sería moralmente repugnante como apología de la autoridad nazi durante la Segunda Guerra Mundial, y lo mismo aplica con los nazis de la antigüedad.*

En fin, lo resumido hasta aquí es por lo menos consistente con la hipótesis de que el movimiento paulino fue diseñado para fortalecer la autoridad de Roma, desmoronar la solidaridad de los gentiles con el movimiento revolucionario que lideraban los fariseos o rabinos, y facilitar así la labor genocida antijudía—indispensable para salvar al Imperio Romano de una revolución—de los siglos primero y segundo. Por lo tanto debemos considerar la siguiente posibilidad: *que Pablo trabajaba para Roma*.

¿Quién era realmente Pablo de Tarso?

Los evangelios canónicos afirman que Jesús fue arrestado luego de agredir contra el Templo, y como antes mencionamos este detalle probablemente es histórico, pues la causa inmediata de su arresto habría sido famosa y por ello difícil de torcer demasiado, aun para quienes buscaran tergiversar su prédica. El detalle, en todo caso, encaja bien con la prédica ebionita contra el Templo y sugiere que Jesús—en tal que judío

* El texto de Pablo sería la base de la autoridad monárquica medieval en el mundo cristiano. Un tratado ruso del siglo 13, por ejemplo, dice: “Teme a Dios y honra al príncipe. Quien se oponga al gobernante será sometido a la justicia divina, porque se opuso a la voluntad de Dios” (Cherniavsky 1959:466).

aspirando a ser el Mesías—se erguía contra las instituciones que los romanos corrompían para oprimir a los judíos. También tiene sentido su crucifixión, pues la oposición al Templo, y el declararse ‘Mesías’ habrían identificado a Jesús para los romanos como una *amenaza revolucionaria*, y la crucifixión era, precisamente, el castigo para esclavos sublevados. Otra cosa que encaja perfectamente con este cuadro es el papel de Pablo, pues según su propio testimonio este némesis de los apóstoles, los amigos de Jesús, era un policía del Templo. Un policía del Templo era un policía *romano*.

¿Policía romano?

A Robert Wolfe le parece “extraño que más historiadores no hayan considerado la posibilidad de que Saúl de Tarso fuera un agente de la policía romana.”¹⁰³ Se equivoca. No tiene nada de extraño. En una civilización cristiana—*Paulina*—es difícil abordar los textos canónicos en su contexto histórico sin que nos abrume la influencia apologética de las doctrinas recibidas. Pero tiene razón Wolfe que la evidencia es más que suficiente para sustentar esta hipótesis del papel de Pablo. El detalle más importante tiene que ver con sus jefes directos.

Como lo explica ‘Lucas’—su gran apologista—la autoridad de Pablo, cuando todavía era Saúl y andaba arrestando y asesinando a los líderes y seguidores del movimiento de Jesús, *venía de los sumos sacerdotes del Templo*.

“Yo [Pablo] estaba convencido que debía hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús el Nazareno. Y eso es lo que hice en Jerusalén; *con la autoridad de los sumos sacerdotes*, no solo encarcelé

a muchos santos en prisión sino que voté a favor cuando fueron condenados a muerte.”—*Hechos de los Apóstoles* (26.9-10; énfasis mío)

...Saúl, respirando todavía amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, *fue al sumo sacerdote* y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, para tener la autoridad de traerse atados a Jerusalén a cualquiera que se encontrara ahí que siguiera el Camino [de Jesús], hombres o mujeres.—*Hechos de los Apóstoles* (9.1-2; énfasis mío)

Como dijimos, en los pueblos subyugados, solamente aquellos miembros de las aristocracias locales que colaboraban eran incluidos en la ciudadanía romana. Si Pablo, que según ‘Lucas’ era ciudadano romano, trabajaba para la policía del Templo, entonces era *policía romano*, porque el Templo era el instrumento romano para gobernar Judea.

¿Qué tan importante era Pablo?

Hechos dice que el Templo autorizaba los arrestos de Pablo *en Damasco*. No hay problema en suponer que en Jerusalén Pablo se reportara con la policía del Templo, pero “históricamente es muy poco probable que el *sumo sacerdote* en Jerusalén tuviera autoridad sobre *sinagogas en Damasco*” (énfasis original).¹⁰⁴ ¿Por qué? Porque Jerusalén no administraba Damasco, y los rabinos de las sinagogas no se entendían con los sacerdotes del Templo. Pero si Pablo, oriundo de Tarso, en Turquía, arrestaba gente en Jerusalén y también en Damasco, en un Estado que restringía el libre movimiento, entonces no era un simple policía del Templo. Era un importante agente de la burocracia imperial.

Camino a Damasco, según dijo, tuvo una ‘visión’ y a partir de ahí empezó a predicar en nombre de Jesús. ¿Qué pasó?

La guerra psicológica o política

Comentando sobre “la cuestión de la represión y sus consecuencias,” los sociólogos Donna A. Barnes y Catherine Connolly escriben que “la investigación ha demostrado que no hay una relación consistente entre la represión y el crecimiento de un movimiento social. La evidencia indica que la represión puede tener efectos tanto positivos como negativos sobre los movimientos sociales.”¹⁰⁵ Es decir que algunos se fortalecen bajo persecución. Fue el caso del judaísmo antiguo, y quizá la aristocracia romana descubriera lo mismo al irse sobre de los apóstoles.

Supongamos que así fuera, y que después de recibir otro tiro por la culata la policía romana decidiera que sería mejor, cual paso de judo, aprovechar la energía del movimiento enemigo. Una posible estrategia habría sido utilizar agentes romanos para predicar una ideología paralela en nombre del mismo rabino crucificado cuyos seguidores tanta preocupación generaban. Como dice Wolfe,

El relato famoso sobre los intentos de Saúl de perseguir el movimiento cristiano para luego convertirse en uno de ellos podría ser su versión de lo que comenzó como un intento de penetrar para los romanos el movimiento mesiánico judío.—Wolfe (1984:106)

En los estados totalitarios modernos los servicios de inteligencia infiltran a la oposición y la dirigen para volverla inofensiva o, aún mejor, la convierten en una herramienta del Estado. En esto figura mucho la ‘guerra política’ o ‘guerra psicológica’—se derrota al enemigo manipulando y diseminando información—. La estrategia ‘viral’ requiere estudiar los conocimientos, percepciones, y prejuicios de quienes serán blancos de la propaganda para diseñar bien la información que habrá de seducirlos.

En aquellos tiempos la gente común se ‘educaba’ sobre otras partes del imperio en base a rumores, por lo cual los griegos en diversas ciudades del Mediterráneo Oriental habrían tenido nociones imperfectas y torcidas sobre el funcionamiento de las instituciones en Jerusalén. Sobre todo cuando esas instituciones ya habían sido destruidas luego de la catástrofe genocida de la Primera Guerra Judía. Los griegos comunes por lo tanto sin duda suponían que el famoso Templo en Jerusalén era una institución judía, pues habían visto el asombrado respeto de tantos judíos, y el impuesto que enviaban de toda la diáspora para su manutención. Cuando estos griegos leyeron en *Hechos* que el Templo había arrestado a Jesús, y que luego enviaba a Saúl a arrestar a seguidores de Jesús en Damasco, lo que entendían—y los textos del ‘Nuevo Testamento’ enfatizan esa interpretación—era que ‘los judíos’ perseguían a Jesús. La supuesta ‘rebelión’ de Pablo contra el Templo para defender y ya no perseguir al movimiento de Jesús nuevamente le comunicaba a sus seguidores griegos que de ahí en adelante él se había opuesto a ‘los judíos.’

Los antiguos rabinos de las sinagogas eran enemigos de los sacerdotes del Templo, pero los textos del ‘Nuevo

Testamento' hacen un esfuerzo determinado por representarlos como solidarios (lo cual explica el arriba mencionado pasaje de *Hechos* que representa a Pablo pidiendo al sumo sacerdote del Templo "cartas para las sinagogas de Damasco," y también el supuesto juicio de Jesús por la institución rabínica del Sanedrín luego de ser arrestado por agredir el Templo). Si fuera poco, los textos evangélicos construyen el argumento de que fueron 'los judíos'—en masa—quienes pugnaron por torturar a muerte a Jesús.

¿Para qué servía comunicar una supuesta enemistad entre Jesús y 'los judíos'?

La hipótesis de guerra psicológica y política sugiere la siguiente respuesta. Los romanos se aterraban de ver como la fuerza gravitacional de las sinagogas jalaba con fuerza a los paganos místicos del Mediterráneo y los entusiasmaba con historias del Mesías que pronto vendría a liderar en revolución a los pueblos oprimidos. ¿Cómo utilizar esa energía en contra de los judíos? Había que cuadrar ese círculo.

Dado que los paganos místicos querían amar a un santo, si podían ser convencidos de que ese santo había llegado ya, y había sido asesinado por los judíos, podría aprovecharse la gran decepción. Entre más amaran al caído Mesías por su piadoso y generoso sacrificio, más odiarían a los judíos—y a sus líderes rabínicos—por haberlo matado. Brillante. La energía del impulso ético se reclutaba para un fin opuesto.

Era incómodo, sin embargo, que a Jesús lo hubiesen despachado *los romanos* bajo autoridad de Poncio Pilato. Tanto Filón de Alejandría como Flavio Josefo, hombres que por su posición en la cima política estaban bien informados,

describieron a Pilato como un hombre que se desvivía en provocaciones arbitrarias para asesinar judíos, política generalizada de su emperador Tiberio (CAPÍTULO 22). Naturalmente que Pilato, como cualquier gobernador de Judea, habría recibido órdenes de aplastar cualquier movimiento mesiánico, y no habría chistado en ejecutar a un presunto Mesías cuya razón de arresto había sido agredir contra la herramienta romana de ocupación: el Templo. Es igualmente obvio que las masas judías no tenían la costumbre de pedirle a los romanos que ejecutaran a quienes se postulaban como sus libertadores. Pero los griegos del Mediterráneo Oriental no estaban en la cima política, y estaban menos bien informados. A ellos podía uno decirles, sobre todo luego de una generación, que el supuestamente manso y justo Poncio Pilato había sido forzado por una turba judía a ejecutar a Jesús, muy a regañadientes. El doble mensaje de los textos paulinos, pues, es que los ciegos y testarudos judíos se empeñaron en asesinar al Mesías, mientras que los romanos estaban más abiertos a considerar su mensaje.

Los romanos protegen a Pablo

Una pregunta final es ésta: ¿Cuál debió ser la consecuencia para Pablo *ante los romanos* de su 'conversión' al movimiento de Jesús? Como el Templo perseguía al movimiento, si Pablo se hubiese realmente convertido habría sido, a partir de ahí, blanco de la policía—y con especial saña por ser un policía tan importante, y por haber traicionado a sus anteriores jefes—. Pero si, al contrario, lo que hacía Pablo bajo instrucciones de la misma policía romana era predicar un movimiento paralelo al de Jesús como estrategia de guerra política contra los judíos,

entonces los oficiales romanos debieron asistirlo siempre que fuera prudente y necesario. Según los textos del ‘Nuevo Testamento,’ sucedió lo segundo.

Hechos de los Apóstoles dice que las autoridades romanas eran muy deferentes con Pablo e intercedían a su favor siempre que revelase su identidad. Pablo fue arrestado en Filippi pero la policía y los magistrados le llovieron disculpas una vez enterados de su ciudadanía romana.* En otra ocasión, en Jerusalén, Pablo fue rescatado por los romanos de una multitud judía que lo acusaba así: “Éste es el hombre que le predica a todo mundo, en todas partes, en contra de nuestro pueblo [y] nuestra ley.” Querían matarlo pero los soldados romanos intervinieron. Como no pudieron inmediatamente establecer qué sucedía lo arrestaron para interrogarlo. Eso rutinariamente se hacía con tortura tratándose de miembros de las poblaciones subyugadas. Cuando iban a empezar Pablo reveló su ciudadanía romana y nuevamente le pidieron disculpas. Si bien es cierto que el relato de *Hechos* termina con Pablo esperando juicio en Roma, según el texto eso fue *a petición propia*, porque la ira judía en su contra hacía peligrar su vida. La representación es que los romanos sí serían justos con él, mientras que los judíos eran malvados.†

Fuera de su interpretación pro romana y antijudía los elementos principales de la estructura de ‘Lucas’ son aquí todos históricamente razonables. Que los judíos quisieran deshacerse de Pablo y que lo acusaran no tiene nada de raro,

* *Hechos* (16.16-40)

† *Hechos* (22.22-29)

pues Pablo en verdad estaba atacando a la Ley de Moisés, enemistando a los gentiles contra los judíos, y debilitando la resistencia anti romana. Sin duda muchos judíos querían asesinarlo, pues había un gran fermento revolucionario en Judea que pronto culminaría en la Primera Guerra Judía, y los sicarios, como vimos, asesinaban a los colaboradores que cundían en las clases altas. En especial, los sicarios eran enemigos del Templo con el cual se reportaba Pablo (CAPÍTULO 22). Todo esto sin duda volvió necesario que a Pablo lo protegieran las autoridades. Luego decidieron enviarlo a salvo a Roma so pretexto de que supuestamente sería enjuiciado ahí, apaciguando un poco la ira de los judíos. Encaja perfectamente con el contexto histórico de la confrontación política entre romanos y judíos, con el contenido antijudío de la prédica de Pablo, y con su estatus como ciudadano—y por ende colaborador—romano.

Se fortalece nuestra interpretación cuando se considera la rival.

Tomemos, por ejemplo, a James Carroll. Aunque no tenga más alternativa que criticar ferozmente al imperio, defiende a Pablo como el hombre que “volteó el temido crucifijo contra los romanos al declararlo la fuente de salvación.” Pintar a Pablo en tal que *opositor* de Roma es una representación osada que requiere no comentar cómo Pablo exigía respeto hacia las autoridades romanas, según él divinamente instituidas. Tampoco puede mencionarse la defensa que hace Pablo del terror romano como castigo justo para los pecadores, o la deferencia y protección que Pablo recibía de aquellos terroristas. Quizá por eso Carroll omite todo esto. Y para ‘demostrar’ que Roma se oponía a la prédica de

Pablo, Carroll voltea su as sobre la mesa: “La tradición afirma que el prisionero Pablo, luego de haber sido traído a Roma, fue ejecutado ahí.”¹⁰⁶

Pues sí: “la tradición” afirma eso. ¿Pero de qué autoridad goza?

Hechos, aunque quisiéramos considerarlo un relato histórico, de hecho no dice que Pablo fuera ejecutado. La única fuente que lo afirma es Eusebio de Cesárea y no es la más confiable. Eusebio era un favorito de Constantino escribiendo 300 años después, y se le han documentado ya muchos fraudes para enaltecer la religiosidad del primer emperador cristiano y alegar que recibía mucha aprobación de Dios.¹⁰⁷ En su influyente ‘historia’ de la temprana Iglesia Eusebio tampoco buscaba decir simplemente la verdad, pues era un apologista y no un historiador, como él mismo confesó: “Introduciremos en esta historia en general nada más aquellos eventos que puedan ser útiles, primero, para nosotros, y después para la posteridad.”* Por aquel entonces el catolicismo comenzaba a establecerse como religión oficial, y para el propósito de Eusebio, que era desprestigiar al anterior imperio pagano, nada mejor que acusarle de haber ejecutado a Pablo.

El testimonio del propio Pablo no apoya las afirmaciones de Eusebio. La carta que envió a sus seguidores filipenses parece haber sido escrita desde Roma. Dice que lo tienen preso pero no se queja demasiado: agradece sendos regalos recibidos de su gente en Filippi, y seguramente agradeció los de otras comunidades (las cartas que tenemos son

las que sobrevivieron). Afirma tener seguidores “por toda la guardia imperial,” es decir, entre los soldados de la guardia pretoriana, la SS romana, con el poder de quitar y poner emperadores. Y cierra su carta diciendo: “Los amigos que están conmigo les mandan saludos. Todos los santos les mandan saludos, especialmente aquellos de la casa del emperador.”†

Bajo la hipótesis que defendemos aquí, Pablo era un policía romano representándose como prisionero con sus seguidores para no desprestigiarse. De paso los asombraba con el ‘éxito’ de sus esfuerzos proselitistas dentro de la “guardia imperial,” de quienes recibía toda la asistencia que necesitaba porque en realidad era uno de ellos.

Paréntesis: ¿Y las persecuciones anticristianas?

Se podrá objetar que si la inteligencia romana jugaba un papel directivo en el movimiento paulino, las persecuciones del Imperio Romano en los primeros siglos contra los cristianos son del todo incongruentes y debilitan la hipótesis. Sin duda mi modelo del temprano cristianismo debe abordar este tema y resolverlo. Lo primero será señalar que esa “memoria de las persecuciones paganas contra los cristianos—preservada, a veces inventada, y escrupulosamente cultivada después por la Iglesia—”, ha exagerado mucho la evidencia.¹⁰⁸

Como explica el historiador J.E.A. Crake, se interpreta sin mayor argumento que las fuentes antiguas están hablando de *cristianos* cuando de hecho escriben sobre gente perseguida por “ateísmo” o por “adoptar costumbres judías.” Dado que los

* *Historia Eclesiástica* (8.2)

† *Filipenses* (1.12-13, 4.21-22)

judíos abundaban, que estaban siendo perseguidos, y que tenían un programa proselitista agresivo, no hay justificación alguna para ver persecuciones de cristianos cuando los autores antiguos hablan de represión contra conversos al judaísmo. También sucede que las ejecuciones de algunos cristianos bajo Nerón se convierten, en la imaginación cristiana, en una gran y sistemática persecución, y mucha evidencia cuestionable se interpreta liberalmente para producir otra gran persecución bajo Domiciano.¹⁰⁹

[D]e finales del siglo primero a la mitad del siglo tercero... aquellas persecuciones fueron aleatorias, esporádicas, y locales. El número absoluto de cristianos que padecieron ese abuso probablemente no fue grande. ([El patriarca cristiano] Orígenes, en el año 247 EC, opinaba que “el número podía fácilmente contarse.”; *Contra Celsus* 3.8). —Fredriksen (2008:88)

Cuando el Imperio Romano adoptó el cristianismo católico como religión oficial, en el periodo inmediatamente posterior a Orígenes, comenzó la tradición de estirar o inventar evidencia para representar a los primeros cristianos padeciendo una terrible persecución a manos del anterior imperio pagano. En el siglo 4, luego de que Dámaso I se ganara el título de ‘papa’ venciendo contra su principal competidor en sangrientas contiendas en las calles de Roma (CAPÍTULO 4), ordenó excavaciones por toda la ciudad con el fin de ‘educar’ al público sobre los martirios de cristianos. Aquí comenzó, bajo patrocinio de Dámaso, el culto a las famosas catacumbas que excavó. En esto, explica Dennis Trout, Dámaso seguía una venerable tradición del imperio de reescribir la historia con arqueología manipulada o inventada.¹¹⁰

¿Cuál era la necesidad? Según Paul Johnson, Dámaso quería que los romanos imaginaran el suelo de Roma impregnado con sangre de mártires para impregnar sus mentes con esta idea: que los cimientos mismos de su ciudad hablaban de una vieja identidad *cristiana*. “Su propósito... [era] presentar al cristianismo como la verdadera y antigua religión del imperio con su capital en Roma.”¹¹¹ Pero la documentación de Dwight Robinson sugiere la razón más poderosa: a finales del siglo 4, protagonizado por Dámaso, Ambrosio, y Agustín, hubo un poderoso revivir del paganismo en Roma que amenazaba la consolidación de la victoria católica. “No hay duda que la fuerza principal del renacer pagano la suministraban los cultos orientales, especialmente aquellos cuyos misterios... pretendían revelar los mecanismos para que el devoto limpiase sus pecados.” Y ahora estas religiones misteriosas, apunta Robinson, a diferencia de las etapas anteriores, contaban con muchos defensores entre los aristócratas.¹¹² Ya vimos que los patriarcas católicos como Clemente de Alejandría (maestro de Orígenes) estaban muy incómodos con las similitudes entre los misterios griegos y el cristianismo; las atribuían a la obra del Diablo. Cuando hubo un revivir de estas religiones a finales del siglo 4, y con el apoyo de muchos aristócratas, se volvió importante para la jerarquía católica derrotarlas de una vez por todas. En tiempos de Dámaso y Agustín, el imperio y su Iglesia lanzaron una persecución dedicada y sangrienta (CAPÍTULO 3). Eso de representar a los primeros cristianos como martirizados por el imperio pagano hacía la persecución de paganos lucir como una merecida venganza.

Pero aun si las persecuciones de cristianos fueron “aleatorias, esporádicas, y locales,” y aun si afectaron tan solo a un número modesto de cristianos según el testimonio del propio patriarca Orígenes, requieren de una explicación. Si el cristianismo paulino fue un movimiento lanzado por la inteligencia romana, ¿qué sentido tenía perseguirlo, aunque fuera poco? Ofrezco el siguiente modelo.

En un principio, la estrategia de la policía romana parece haber sido de corto plazo, pues el Jesús evangélico promete regresar muy pronto, mientras que la institucionalización del cristianismo en el largo plazo era intelectualmente más fácil si el prometido regreso no era inminente. Luego entonces, el plan inicial no era que el cristianismo se convirtiese en la nueva religión de Roma sino simplemente crear un contrapeso temporal con el cual derrotar a los judíos. Cuando el cristianismo creció, algunos gobernantes locales—que no habrían estado al tanto de las operaciones de inteligencia en la generación anterior—sospecharon del movimiento por su testarudo rechazo a participar en el culto divino del emperador, y hubo algunas persecuciones. Pero pronto quedó claro que los cristianos no atentaban contra el orden del imperio. De hecho, eran cada vez más numerosos entre los soldados, por lo cual la facción de Constantino terminó por considerar muy práctico adoptar el cristianismo como religión oficial.

Una confirmación importante: la *Carta de Santiago*

Existe una carta atribuida a ‘Santiago’ que fue “adoptada como escritura sagrada por la iglesia alejandrina en el siglo tercero EC, por la iglesia occidental en el siglo cuarto, y por la iglesia siria en el siglo quinto.”¹¹³ Hasta la fecha es parte del canon y los cristianos la encontrarán en su Biblia.

Naturalmente que es imposible saber si realmente fue Santiago el hermano de Jesús quien la escribiera. Pero podemos decir, por lo menos, que el contenido de la carta es consistente con una influencia ebionita. Parece dirigida a un público de judíos observantes, como podría esperarse del líder del movimiento apostólico bajo la interpretación que aquí defendemos. Por demás, el autor de la carta parece querer refutar a Pablo de Tarso. La historiadora Sophie Laws comenta sobre esta epístola que “en la época de la Reforma, Martín Lutero cuestionó su estatus porque parece contradecir la enseñanza de Pablo sobre la justificación por medio de la fe.”¹¹⁴ Eso, para *empezar*.

Pablo defiende la estructura del orden social romano como divino, declara el terror de sus clases gobernantes como justo y merecido, y predica la sumisión general (y en particular de los esclavos). ‘Santiago’ adopta una posición diametralmente opuesta: ataca repetidamente a las clases gobernantes y defiende a pobres y esclavos. Su tono es revolucionario. Luego de presentarse, dice:

Que presuma el creyente abajado de haber sido levantado, y el rico de haber sido reducido, porque los ricos desaparecerán como la flor del campo.*

Arremete repetidamente contra los ricos:

Pero ustedes han deshonrado a los pobres. ¿No son los ricos quienes los oprimen? ¿No son ellos quienes los arrastran a las cortes? ¿No son ellos quienes blasfeman el nombre excelente que fue invocado por sobre de ustedes?†

Y otra vez:

Veán ustedes, gente rica: lloren y gimán por las miserias que les esperan. ...¡Escuchen! Los salarios de los trabajadores que labraron sus campos y que retuvieron ustedes fraudulentamente les claman, y los gritos de los labradores han llegado a los oídos del Señor de las huestes. Han vivido en esta tierra en lujo y placer; han engordado sus corazones en días de gran matanza. Han condenado y asesinado al justo, que no los resistía.‡

Sobre el tema de cómo debe hacerse la enseñanza, Pablo defiende con cierto drama que cualquier seguidor suyo tiene el poder de profetizar y hablar en lenguas, y que está bien que todos lo intenten. Simplemente les aconseja hacerlo en el contexto adecuado, si no “al entrar los de afuera y los no creyentes, ¿no irán a decir que ustedes están fuera de sí?”§ Da

* *Santiago* (1.9-10)

† *Santiago* (2.6-7)

‡ *Santiago* (5.1-6)

§ *1 Corintios* (14.1-40)

la impresión de que los seguidores de Pablo se entregaban a arrebatos extáticos y respetaban como iluminados a quienes alucinaren con la mayor creatividad. ‘Santiago’ toma una posición opuesta: “No muchos de ustedes deberán ser maestros, hermanos y hermanas, pues ustedes saben que quienes enseñamos seremos juzgados con mayor celo.” Para ‘Santiago’ la sabiduría que confiere el derecho de enseñar se demuestra con obras de caridad y justicia. Y punto. “¿Quién es sabio y de buen entendimiento entre ustedes? Demuestren por su buena vida que sus obras se hacen con cariño nacido de la sabiduría.”**

El énfasis que vemos en Santiago a favor de *las obras* informa una diferencia fundamental en cómo él y Pablo abordan el tema de la Ley. Pablo predica que “ningún ser humano se justificará en Sus ojos’ por obras prescritas por la Ley”††; se salva uno con fe en Jesús como ‘Cordero de Dios’ de un gran sacrificio expiatorio que *abole* la Ley. De hecho, como vimos, Pablo amenaza a sus seguidores con el infierno si osaren continuar con los mandamientos judíos. Para ‘Santiago,’ por contraste, no solo debe seguirse la Ley sino que debe seguirse toda: “El que observa toda la Ley pero la viola en un punto es responsable por la Ley entera. Pues el que dijo, ‘No cometerás adulterio’ también dijo ‘No matarás.’ Si no cometes adulterio pero asesinas, te has convertido en trasgresor de la Ley.” Parece un reproche al desmedido énfasis sobre la moralidad sexual, a costa de pecados más importantes, en la ideología paulina. Finalmente, si bien para Pablo la Ley de

** *Santiago* (3.1, 3.13)

†† *Romanos* (3.20)

Moisés es un yugo insoportable, para ‘Santiago,’ defensor de los pobres, es sinónima de libertad: “Habla y actúa, pues, como quien será juzgado por la Ley de la libertad.”*

Vale recordar que, en la teología paulina, la abolición de la Ley tiene como justificación la superioridad de la enseñanza cristiana que la sustituye. En el *Evangelio Según Juan* el Jesús paulino famosamente enseña: “Les doy un nuevo mandamiento, que se amen los unos a los otros como yo los he amado.”† Esto ha sido tan problemático como inspirador. El contenido de la enseñanza se reduce a contestar la pregunta: ¿cómo nos amó Jesús? La respuesta corresponderá a la interpretación que uno le dé a los evangelios, y *en gustos se rompen géneros*. Hay tantas controversias sobre el amor de Jesús, y son tan profundas, que tienen consecuencias casi omnidireccionales para la lección que uno haga el esfuerzo de inferir. La historia de la cristiandad, me parece, expresa consistentemente este problema, pues sobre su interpretación de los evangelios algunos cristianos se han erguido para defender la vida y otros para extinguirla. Como los textos son los mismos, descubrimos que no están demasiado claros.

Algunas cosas, empero, pueden afirmarse con relativa confianza: el nuevo mandamiento paulino expresa un sesgo general de Pablo y sus seguidores a favor de la sustantivo ‘amor’ y el verbo ‘amar,’ y marca una preferencia por las *intenciones*. Además del amor, la intención dominante es la fe: realmente creer que Jesús es el salvador, y no dudarle. Aunque

es imposible negar que los textos paulinos también consideren los efectos materiales sobre el prójimo, eso se relega a segundo plano. Y es que las obras, explica Pablo, no pueden salvarnos: la salvación es “por Su gracia en calidad de regalo.”‡

‘Santiago’ se rebela contra esta enseñanza. Para él las obras son amores: “Si un hermano o hermana está desnudo y carece de comida diaria, y uno de ustedes le dice ‘Vete en paz; mantente caliente y come hasta saciarte,’ pero no le dan lo que necesita su cuerpo, ¿eso de que sirve?” Sobre la fe: “¿De qué sirve, hermanos y hermanas, que digan que tienen fe si no tienen obras? ¿Acaso puede salvarlos la fe? ... La fe por sí sola, si no se acompaña de obras, está muerta.” Pablo dice que la fe nos salva “aparte de la Ley”; ‘Santiago’ toma esa frase y se la avienta en la cara: “Enséñame tu fe *aparte de tus obras*, y yo por mis obras te mostraré mi fe. ... ¿Quieres que te enseñe, insensato, que la fe *aparte de las obras* es estéril?” (énfasis mío).§ En contra de un argumento explícito que desarrolla Pablo sobre Abraham, donde defiende que el patriarca se justificó no por sus obras sino por su fe, ‘Santiago’ revira que Abraham se justificó por sus obras.**

Debo aclarar que la tradición judía no escupe sobre el amor y la fe. Lo que no tiene es una *preferencia* por la experiencia mental a costa de las obras. De hecho nadie puede competir con la fe de los judíos, probada con el fuego y la espada a través de los siglos. Y el tema del mandamiento

* *Santiago* (2.10-12)

† *Juan* (13.34)

‡ *Romanos* (3.20-38)

§ *Santiago* (2.14-20)

** *Romanos* (4.1-12), *Santiago* (2.21-26)

clímax en las importantísimas leyes judías de la santidad es *el amor*: *Levítico* 19.18: “amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Los más grandes rabinos de la antigüedad opinaban que éste enunciado era el origen de toda la Ley. Moshe Gold cita una famosa narrativa rabínica al respecto:

...sucedió que un cierto gentil se presentó con [el Rabino] Shammai y le dijo, ‘Me convertiré al judaísmo a condición de que me enseñes toda la Torá mientras me sostengo sobre un pie.’ Entonces Shammai lo corrió con el cúbito de construcción [vara para medir] que tenía en la mano. Cuando [el mismo gentil] fue ante [el Rabino] Hillel [con el mismo reto], Hillel lo convirtió diciendo, ‘Lo que para ti es odioso, no se lo hagas a tu prójimo; eso es toda la Torá, mientras que el resto es un comentario elaborado; ve y aprende.’ —citado en Gold (1998:21)

Dentro del judaísmo, desde antaño, es casi universalmente aceptado que el resumen del gran Rabino Hillel es correcto. Tanto así que inclusive los textos *cristianos* de *Mateo* y *Marcos* ponen en boca de Jesús el argumento de que *Levítico* 19.18 es origen de toda la Ley.* Esta interpretación ortodoxa demuestra que es un error imaginar una contradicción entre experiencia mental y obra, entre intención y acción, entre emoción y legislación. El argumento clave de Pablo es falso: nunca fue preciso abolir la Ley para que floreciera el amor; el amor ya florecía y la Ley no le estorbaba. Al contrario: los rabinos de la antigüedad enseñaron “que un hombre no puede adquirir Torá a menos que sea ‘un amante de la humanidad y un amante de la caridad.’”¹¹⁵

* *Mateo* (22.34-40), *Marcos* (12.28-34)

No tiene desperdicio considerar lo siguiente. Cuál de dos preguntas es más fácil de contestar: 1) ‘¿cómo me amó Jesús?’ o 2) ‘¿cómo me amo yo?’ Lo segundo, me parece. Un beneficio adicional es que no se presta a interpretaciones impuestas por figuras de autoridad, porque mi experiencia subjetiva es mi única posesión relativamente segura (no es fácil que otros me digan cómo me amo yo). O sea que para establecer la libertad y la ética el viejo mandamiento hebreo—“amarás a tu prójimo como a ti mismo”—es mejor. *Y por ser un resumen aceptado de la Ley entera, puede servir de base para controvertir cualquier porción legal (o utilización de la misma) que parezca contradecir el principio.*

Resumiendo la hipótesis

En el Mediterráneo antiguo miles de paganos se interesaban en la Ley de Moisés, añadían al Dios Invisible a su panteón politeísta, y adoptaban algunas de las tradiciones judías. De forma cabalmente tolerante, los judíos no los rechazaban sino que los recibían entusiastas en las sinagogas y los llamaban ‘temerosos de Dios,’ esperando a la larga convertirlos. A muchos los convirtieron.

Aquellos ‘temerosos de Dios’ eran sobre todo miembros de las clases bajas que practicaban las religiones mistericas y buscaban justicia social. Sin duda se impresionaban mucho con la jactancia judía de que pronto vendría un Mesías a liberar a todos del yugo romano, y debieron anticipar con ansia el cumplimiento de la profecía. Como había más de un pretendiente al título, era de suma importancia identificar al bueno. Era obvio, sin embargo, que

muchos judíos podían equivocarse, pues más de un movimiento mesiánico fracasó en liberar el Mediterráneo.

De entre los aspirantes a ‘Mesías,’ como era de esperarse, unos encajaban mejor con el bagaje cultural e ideológico que los paganos místicos ya venían arrastrando. Jesús de Nazaret debió ser atractivo para los muy numerosos órficos por parecerse a Orfeo, quien aboliera—según aquella tradición—los sacrificios animales del culto dionisiaco. Además, al igual que Dionisio, Jesús era un salvador que había sufrido una muerte violenta. En este contexto no debe sorprendernos la doble confirmación en los textos ebionitas y paulinos del tremendo éxito proselitista de los apóstoles entre los griegos del Mediterráneo oriental.¹¹⁶

Los romanos ya se preocupaban mucho de ver cómo los judíos, creciendo a toda velocidad, inyectaban una ideología revolucionaria a las masas del Mediterráneo. Contaban ya con el apoyo del 25-30% del Mediterráneo, y con su ejército de abogados y jueces—los fariseos (rabinos)—los judíos podían de un día para otro instituir un gobierno genuinamente protector de los derechos y libertades de las clases trabajadoras, basado en la muy desarrollada Ley de Moisés (INTRODUCCIÓN). Tiberio César había tenido que ejecutar a Sejano, su mejor amigo y el jefe de la guardia pretoriana, y encima pedir perdón, luego de que fracasara un intento de represión contra los judíos. Después la guardia pretoriana había tenido que asesinar al siguiente emperador, Cayo César, para evitar una rebelión judía que amenazaba destruir el imperio, instalando después a Claudio César, quien corriera inmediatamente a apaciguar a los judíos con disculpas dramáticas y promesas de respeto a sus derechos.

Fue en este contexto que los apóstoles, fieles a la Ley de Moisés, innovaron reformas al judaísmo con las cuales acelerar dramáticamente la tasa de conversión de paganos. ¿Se acercaba el fin del imperio? ¿Qué podían hacer los romanos para evitarse la catástrofe de la revolución?

Como el sistema romano se basaba en el terror, la primera estrategia contra el movimiento apostólico fue la represión—a cargo de Pablo de Tarso—. Pero en las humillaciones sufridas con Tiberio, Cayo, y Claudio había una lección clara: demasiada represión podía ser contraproducente y quizá le diera una victoria repentina al enemigo. Cuando la aristocracia romana vio que nuevamente el tiro le salía por la culata y que la persecución, como a menudo sucede, fortalecía al movimiento apostólico, aprendió de sus errores y se concentró en una nueva estrategia. Puso en marcha una guerra política—ideológica, propagandística—para neutralizar al nuevo movimiento y al mismo tiempo desmoronar el apoyo que tenían los judíos entre las masas paganas. Así, cuando se produjera finalmente la provocación que diera pauta para exterminar al pueblo de Moisés, podrían tener éxito.

Como los ‘temerosos de Dios’ *querían ser judíos*, el nuevo misterio que habría de predicarles el servicio secreto romano tenía que representarse como el nuevo y verdadero judaísmo. Por eso mismo se precisaba de un judío colaborador al frente. El candidato ideal era Pablo: 1) era griego, empapado de la cultura mística que lo rodeaba; 2) era judío, y conocía íntimamente la Ley de Moisés que el Imperio Romano buscaba derrotar; y 3) era policía romano, a cargo de la represión contra los seguidores de Jesús, y experto en aquel movimiento.

Pablo aprovechó las ideas de los paganos místicos para seducirlos, predicándoles un movimiento paralelo en nombre de Jesús, diseñado para parecerse en todo al orfismo. A los ‘temerosos de Dios’ en las sinagogas les dijo que Jesús había nacido de la unión milagrosa de Dios Padre con una mujer que permanecía virgen; que su muerte era un sacrificio ritual que lavaba los pecados de sus seguidores y confería la vida eterna, condenando a quien no lo reconociera; que había resucitado poco después de morir; y que había que conmemorar el sacrificio con sacramentos vegetarianos de pan y vino convertidos en su cuerpo y sangre. Se añadieron inclusive detalles muy precisos, como su nacimiento la noche del 24-25 de diciembre, etc. El nuevo Jesús paulino se convirtió así en una calca del Dionisio órfico. Para griegos y romanos adoptar a un dios extranjero nada tenía de raro—al contrario, era normativo: se suponía que todos los semidioses de las religiones místicas eran adoptados—. Pero éste venía, además, de la religión extranjera más prestigiada, lo cual suponía una poderosa combinación.

Aunque Dionisio ofrecía a los paganos místicos una salvación *de ultratumba*, en ocasiones aquello podía elidirse hacía la salvación política, sin duda porque el anhelo que organizaba el orfismo era la justicia social. Por ejemplo, cuando el Rey Mitrídates VI de Ponto derrotó, de momento, a los romanos, “las ciudades griegas lo recibieron como un nuevo Dionisio, padre y salvador de Asia.”¹¹⁷ El movimiento paulino aprovechó esta ambigüedad para elidir el concepto de ‘salvador’ judío, cabalmente político, en la dirección opuesta, convirtiéndolo en salvación de ultratumba. Jesús fue despojado así de cualquier mensaje revolucionario y asimilado al modelo

expiatorio de Dionisio. Para apaciguar el ansia por la redención política que obviamente no había llegado, se enfatizaba que Jesús pronto volvería a establecer su reino (luego se institucionalizó la eterna prórroga de ese retorno).*

El golpe maestro fue afirmar que los judíos habían rechazado y asesinado a su Mesías. Apoyándose en la identidad que los ignorantes gentiles veían en el Templo y el pueblo judío, Pablo utilizó una verdad—que el Templo había arrestado a Jesús—para comunicar una mentira: que los culpables de esto eran *los judíos*, y que habían de cobrarse con ello la enemistad de Dios.

Un golpe secundario, igualmente brillante, fue representar a los judíos como racistas intolerantes.

“Los órficos,” explica Bertrand Russell, “a diferencia de los sacerdotes de los cultos olímpicos, habían fundado lo que podríamos llamar ‘iglesias.’ ” Es decir, “comunidades religiosas a las que cualquier persona, sin distinción de raza ni sexo, podía ser admitido por iniciación.”¹¹⁸ Lo mismo hizo Pablo. ¿Pero acaso eran distintos los judíos? Ellos aceptaban conversos sin distinción de origen y sexo. La diferencia era que ahí no bastaba con un ‘bautismo’ y una profesión de fe: exigían—naturalmente—el estudio y observancia de su Ley. El movimiento paulino denuncia esto como una postura ‘altanera’ que busca negarle la salvación al resto del mundo, mientras que el Dios ‘ecuménico’ de Pablo “no es parcial” y elimina la

* El *Evangelio Según Mateo* (16.28) escribe que Jesús le dijo a sus seguidores: “En verdad les digo que hay algunos aquí de pie que no probaran la muerte antes de ver al Hijo del Hombre venir a su reino.”

distinción entre gentil y judío. Sus famosas epístolas están llenas de eso, y su acusación persigue a los judíos hasta el día presente en el trabajo de historiadores como Rodney Stark. Según él los judíos negaban que Dios fuera para todos, porque exigían conversión a la *etnia* judía, mientras que Pablo, tan ‘tolerante,’ incluía a los gentiles.¹¹⁹ Pero para los judíos la conversión no alteraba la naturaleza étnica—lo que exigían de los conversos era que *siguieran la Ley de Moisés*—. Si los judíos hubiesen sido racistas no habrían estado convirtiendo a todo mundo. El movimiento que se distinguió por su intolerancia—y aquí no cabe controversia, pues lo testimonia la historia occidental entera—es el paulinismo.

Ahora bien, aunque hubieran querido otra cosa los romanos, su estrategia tenía dos importantes limitaciones forzadas. La primera es que no podían deshacerse de los libros hebreos como tales porque el ejercicio cristológico consiste en defender que las escrituras judías se refieren *específicamente* a Jesús el Nazareno como ‘el Mesías,’ estableciendo así que el cristianismo es la ‘Nueva Alianza’ con el Dios Universal del ‘Viejo Testamento.’ El cristianismo por lo tanto precisa de la Biblia Hebrea. Pero Pablo se encargó de dejar bien claro que la Ley como tal no podría ser observada. Aprovechó que Jesús había predicado eliminar la porción de la Ley correspondiente a los sacrificios para confundir a sus seguidores, diciéndoles que el nuevo ‘pueblo escogido’ de Dios, el ‘nuevo Israel,’ serían aquellos gentiles quienes—a diferencia de los judíos—aceptaran a Jesús como salvador expiatorio *en sustitución de toda la Ley de Moisés*. Empeñarse en seguir la Ley sería perder la vida eterna, pues aquello era escupir sobre el doloroso sacrificio de Jesús, precio de la salvación—inalcanzable, ésta, a

través de las obras—. Así, los libros de la Ley, aunque preservados en la tradición cristiana, se convirtieron a partir de ahí, desde el punto de vista legal, en fósiles.

La segunda limitante forzada es que no puede prescindirse de la ética. Los misterios griegos eran movimientos compasivos, antiviolentos, y autóctonos de los grecorromanos humildes, y por eso mismo sus fieles acudían tan emocionados a empaparse del sistema bien desarrollado de justicia social que ponían en práctica los abogados judíos: los rabinos. De no proponer principios éticos, Pablo no habría seducido a nadie. Pero logró crear una total ambigüedad, poniéndole un énfasis desmedido a las abstracciones del ‘amor’ y de la ‘fe,’ y por lo tanto a las inverificables—y ultimadamente, por sí solas, inconsecuentes—intenciones. Como contrapartida, desvirtuó explícitamente a *las obras*. También inyectó a su movimiento respeto por las salvajes autoridades romanas, y resignación ante las crueldades, desigualdades, e injusticias sociales.

La clase gobernante romana había tolerado el culto dionisiaco porque su rebelión social no era política sino teológica. Con Pablo, el potencial político de ese movimiento, expresado en su atracción por el judaísmo, fue nuevamente anestesiado. El paulinismo expresa una compasión por las clases bajas que es más bien *teórica*, pues abandona la ley revolucionaria y se regresa a la salvación de ultratumba.

Todavía mejor para las aristocracias: gracias a Pablo, el culto dionisiaco intercambió filojudaísmo por antisemitismo. Las enseñanzas de Pablo estaban diseñadas para canalizar las energías del descontento popular, y de forma permanente, en contra de la población con mayor potencial revolucionario.

Pablo le arrebató al judaísmo precisamente aquellos gentiles que venía seduciendo y los convertía en enemigos, debilitando así a la amenaza que hacía temblar al imperio. Las consecuencias fueron profundas. Conforme fue proliferando la enseñanza del movimiento paulino, fue preparándose también el terreno para la matanza genocida que los emperadores ahora sí pudieron concluir—aunque todavía con gran dificultad—a partir de los ataques neronianos del año 65 EC que provocaron la Primera Guerra Judía, concluyendo con la derrota de Simon bar Kochba (o bar Kosiba) en 135 EC, para concluir la Segunda Guerra Judía.

Hay quienes piensan que Pablo y sus lugartenientes sedujeron primero a gente de las clases relativamente acomodadas.¹²⁰ El mensaje de Pablo, cierto, habría sido más atractivo para ellas. Y éstas comprenden el grupo estratégico: si se quiere evitar una revolución efectiva, lo primero es destruir la solidaridad de las clases acomodadas hacia las oprimidas. Es obvio que el cristianismo también fue popular entre los soldados, otro grupo estratégico que los textos paulinos enaltecen.

Es importante observar, sin embargo, que durante un tiempo los sacerdotes católicos tuvieron dificultades con algunos cristianos que permanecieron muy atraídos al judaísmo. Paula Fredriksen apunta que “durante todo el período de finales del siglo primero hasta finales del cuarto, y quizá más tarde, estas fuentes literarias [católicas] se quejan de la continua intimidad social entre cristianos gentiles y judíos.”¹²¹ Muchos cristianos querían seguir yendo a las sinagogas como ‘temerosos de Dios’ y observar la Ley, y las denuncias de los sacerdotes recuerdan los arrebatos ofendidos

de Pablo ante la misma situación en su propio tiempo. Cuando los sacerdotes finalmente tuvieron todo el poder del imperio a su disposición pudo imponerse, ahora sí, una separación total y final de cristianos y judíos e institucionalizar un adoctrinamiento que extinguiría casi por completo el atractivo del judaísmo en las mentes cristianas. Nuevamente es un testimonio del enorme trabajo que precisó la derrota judía.

Las consecuencias para la transformación política de las masas fueron profundas. Al centralizarse la atención de todas las mentes en un mismo culto, con el catolicismo convertido en religión oficial del imperio, los fieles fueron aprendiendo a internalizar un ‘orden’ que anteriormente se imponía con fuerza bruta. Antes los paganos místicos de las clases bajas se vengaban de la aristocracia romana negándole la vida eterna; ahora sería esa aristocracia, blandiendo su Iglesia desde el trono imperial, quien decidiría también la suerte de ultratumba de aquellos pobres diablos. Exquisita contrarrevolución.

Resultaron tres políticas imperiales muy lógicas. Una, el exterminio del paganismo para que no pudiera retarse el presunto origen de la prédica paulina en profecías judías. Otra, la preservación de los judíos que habían sobrevivido el genocidio para que, con sus libros, fueran los ‘testigos’ de aquellas ‘profecías.’ La tercera fue esclavizar a los judíos permanentemente para que su abajamiento evidenciara el rechazo de Dios y por ende el acierto de la nueva religión. “El cristianismo,” en la atinada frase de James Carroll, “se ‘sentó encima’ del judaísmo al jactarse de ser el ‘verdadero Israel.’”¹²²

Pero pese a todo James Carroll defiende a Pablo y hace un esfuerzo por representarlo como una especie de

revolucionario anti romano. Al enaltecer la muerte de Jesús, dice Carroll, “Pablo le dio a Roma un problema sin precedente: ¿Cómo derrotar un movimiento que define la derrota como victoria?”¹²³ Habrá que explicarle a Carroll que no hace ninguna falta: no hay ningún “problema sin precedente.” Lo que hizo Pablo fue transformar un movimiento que pedía la victoria política, total, en uno que celebraba su propia derrota, otorgaba un derecho divino a los opresores, y exigía la sumisión de los vencidos. ¿Eso es un problema *para Roma*?

La evidencia sobra para establecer que Pablo creó el cristianismo católico para defender al opresivo y desigual ‘orden’ romano de una revolución judía, consumando para su Iglesia con el tiempo una identificación tan merecida como íntegra con el imperio que había salvado. No me parece una contradicción, ni mucho menos una aberración, que la Iglesia Católica siempre se haya opuesto a los movimientos de liberación de las clases bajas, y que siempre haya perseguido al pueblo judío. Contra las afirmaciones de Carroll, la Iglesia ha sido fiel al mensaje paulino.

La hipótesis que defiende aquí la contradicen quienes afirman que Jesús nunca existió, que lo inventó Pablo. Percibo en este argumento un gesto político: una sabrosa venganza. No quisiera privar a nadie de sus placeres pero con esto pierdo la paciencia. Cualquier teoría del cristianismo tiene que explicar el contenido de las cartas de Pablo, y si no lo hace no es ninguna teoría. Es imposible darle sentido a la inseguridad de Pablo concerniendo su autoridad para predicar en nombre de Jesús si no existía un enorme movimiento en todo el Mediterráneo oriental dirigido por los amigos de Jesús, los apóstoles. Y dado que surgieron a diestra y siniestra nuevos

movimientos compitiendo por arrebatarse el prestigio de ser los verdaderos seguidores de Jesús—un fenómeno insólito—, debió ser porque los apóstoles hicieron algo *importante*.

Ahora bien, ¿supongamos que los apóstoles hubiesen tenido éxito? ¿Qué pudo ser?

Los sacrificios animales de la tradición judía pasaron al olvido porque en la Primera Guerra Judía los romanos destruyeron el Templo, donde se oficiaban, y éste no fue reconstruido. Si de todas maneras iban a anularse los sacrificios, cuánto mejor que el Templo fuera destruido por una gran avalancha de judíos, seguidores de Jesús, que habían aprendido a ver en el Templo una herramienta de opresión romana. Cabe imaginar que semejante avalancha se habría traído abajo al cruel Imperio Romano y bendecido al Mediterráneo con la Ley de Moisés. Pues el imperio a duras penas venció a los judíos con todo y que la estrategia de Jesús no funcionó.

Dicho de otra manera, Jesús de Nazaret—el verdadero, el histórico—estuvo a punto de ser el Mesías, y es precisamente por eso que el Imperio Romano hizo tal esfuerzo por derrotarlo. La centralidad histórica que adquirió Jesús es bien merecida, aunque no la forma como lo recuerda la tradición cristiana. Debiéramos recordarlo como un judío patriota que entregó su vida por la Ley de Moisés; un gran genio político y religioso que reconoció la catástrofe que se venía sobre su pueblo e hizo un esfuerzo inteligente y valiente por liberar a todos quienes sufrían bajo el yugo romano y heredarles un mundo de compasión y justicia. Así debe hacerlo todo quien aspire a ser el Mesías, siguiendo el modelo de Ciro el Grande de Persia.

Y Jesús no fracasó del todo. Es verdad que Roma concluyó con éxito un genocidio antijudío, y que es imposible calcular el costo para el pueblo de Moisés, y también para los pueblos oprimidos del Mediterráneo (y después para los europeos). Pero también es cierto que para derrotar a Jesús Roma se vio obligada a inventar el cristianismo, una religión que por necesidad tuvo que predicar ética porque no se podía vencer a Jesús sin tomar prestado algo de su ideología. El Padre Nuestro y otras cosas profundamente bellas en el Nuevo Testamento bien pudieran ser suyas.

El judaísmo, a consecuencia de la estrategia forzada de los romanos—la paradoja obligada de tragar judaísmo para poder destruirlo—, fue el ‘buen polizón,’ distribuyendo en el tren cristiano su propaganda subversiva de ética y justicia. Esta observación encierra el secreto mismo de la historia occidental. Pues el fósil de la Biblia Hebrea en la civilización cristiana pugna siempre por reanimarse, como lo demuestran, desde los primeros siglos hasta la fecha, los testarudos brotes de ‘herejías’ cismáticas y protestantes, los movimientos conciliares, democráticos, y liberales dentro de la Iglesia, y en particular el triunfo judío de la Ilustración Europea (CAPÍTULO 8). La estructura de poder grecorromana, con el mismo tesón, se esfuerza desde los primeros siglos hasta la fecha por obliterar todos estos alzamientos. Son más fuertes, en lo material, los grecorromanos en la cima, pero el paulinismo—¡O contradicción!—precisa del judaísmo, cuyas ideas, preservadas por necesidad teológica, son mejores e inspiran repetidos retos al sistema. El balance de fuerzas produce aquella incómoda y eterna convivencia de las ideas judías y grecorromanas en Occidente, una profunda inestabilidad ideológica que es

quintaesencia de nuestra civilización y fuente de su exotismo político.

Si bien es difícil que la contienda se decida finalmente en una dirección o la otra, no puede negarse una cierta tendencia. La ética judía, asilada dentro del cristianismo institucionalizado, inclinó dulcemente el gran barco de Occidente, enfilándolo—muy despacio, sin beneficiar demasiado a los judíos, y *a pesar* de la jerarquía eclesiástica—hacia mejores aguas. Así, se fue preparando la revolución postergada, y siglos después, gracias a la Ilustración Europea de Baruch Spinoza, la influencia judía dio, en la Revolución Francesa y sus secuelas, un tremendo golpe por la libertad (CAPÍTULO 8). Nuestra realidad contemporánea es la lucha—global—por decidir si ese cambio será o no permanente.

FUENTES

- Barnes, D. A., & Connolly, C. (1999). Repression, the Judicial System, and Political Opportunities for Civil Rights Advocacy during Reconstruction. *The Sociological Quarterly*, 40(2), 327-345.
- Bather, A. G. (1894). The Problem of the Bacchae. *The Journal of Hellenic Studies*, 14, 244-263.
- Burkert, W. (1987). *Ancient Mystery Cults*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Carroll, J. (2001). *Constantine's Sword: The Church and the Jews*. Boston: Houghton Mifflin.
- Collins, J. J. (1998). *The Apocalyptic Imagination: An Introduction to Jewish Apocalyptic Literature*. Grand Rapids, Michigan: Wm. B. Eerdmans.
- Crake, J. E. A. (1965). Early Christians and Roman Law. *Phoenix*, 19(1),

61-70.

Den Boer, W. (1973). Aspects of Religion in Classical Greece. *Harvard Studies in Classical Philology*, 77, 1-21.

Duling, D. C. (1993). Introduction to the Gospel of Matthew. In W. A. Meeks (Ed.), *The Harper Collins Study Bible: New revised standard edition* (pp. 1857-1859). London: Harper Collins.

Elliott, T. G. (1991). Eusebian Frauds in the "Vita Constantini". *Phoenix*, 45(2), 162-171.

Fredriksen, P. (2008). *Augustine and the Jews: A Christian Defense of Jews and Judaism*. New York: Doubleday.

Freke, T., & Gandy, P. (1999). *The Jesus Mysteries: Was the 'Original Jesus' a Pagan God?* New York: Harmony Books / Random House.

Gingrich, F. W. (1950). Review of: Theologie und Geschichte des Judenchristentums by Hans Joachim Schoeps. *Journal of Bible and Religion*, 18(3), 199-200.

Gold, M. (1998). Ethical Practice in Critical Discourse: Conversions and Disruptions in Legal, Religious Narratives. *Representations*, 64, 21-40.

Hopkins, K. (2004). Conquerors and slaves: The impact of conquering an empire on the political economy of Italy. In C. B. Champion (Ed.), *Roman imperialism: Readings and sources* (pp. 108-161). Bodmin, Cornwall: Blackwell.

Horrell, D. G. (2000). Early Jewish Christianity. In P. F. Esler (Ed.), *The early Christian world* (Vol. 1, pp. 136-167). London and New York: Routledge.

Horsley, R. A. (1979). The Sicarii: Ancient Jewish "Terrorists". *The journal of religion*, 59(4), 435-458.

Isaac, B. (2004). *The invention of racism in classical antiquity*. Princeton and Oxford: Princeton University Press.

Jackson Case, S. (1914). Recent Theological Literature: "The Mystery-Religions and Early Christianity (Der Einfluss der Mysterienreligionen auf das älteste Christentum)," by Carl Clemen, and "St. Paul and the Mystery-Religions," by H. A. A. Kennedy. *The American journal of theology*, 18(1), 147-148.

Johnson, P. (1976). *A History of Christianity*. Atheneum (USA): Simon & Schuster.

Johnston, S. I., Gager, J. G., Himmelfarb, M., Meyer, M., Schmidt, B., Frankfurter, D., & Graf, F. (1999). Panel Discussion: "Magic in the Ancient World" by Fritz Graf. *Numen*, 46(3), 291-325.

Keresztes, P. (1973). The Jews, the Christians, and Emperor Domitian. *Vigiliae Christianae*, 27(1), 1-28.

Klutz, T. (2000). Paul and the development of gentile Christianity. In P. F. Esler (Ed.), *The early Christian world* (Vol. 1, pp. 168-197). London and New York: Routledge.

Kraemer, R. S. (1979). Ecstasy and Possession: The Attraction of Women to the Cult of Dionysus. *The Harvard Theological Review*, 72(1/2), 55-80.

Lattimore, R. (1959). General Introduction. In D. Grene & R. Lattimore (Eds.), *The Complete Greek Tragedies: Euripides* (Vol. 3). Chicago & London: University of Chicago Press.

Laws, S. (1993). Introduction to the Letter of James. In W. A. Meeks (Ed.), *The Harper Collins Study Bible: New revised standard edition* (pp. 2269-2270). London: Harper Collins.

Lenowitz, H. (1998). *The Jewish Messiahs*. Oxford and New York: Oxford University Press.

Lieberman, S. (1994). *Greek in Jewish Palestine: Hellenism in Jewish Palestine*. New York & Jerusalem: Jewish Theological Seminary of America.

- Macchioro, V. (1928). Orphism and Paulinism. *The Journal of Religion*, 8(2), 337-370.
- Mashkin, N. A. (1949). Eschatology and Messianism in the Final Period of the Roman Republic. *Philosophy and Phenomenological Research*, 10(2), 206-228.
- Meyer, M. W. (1992). Mysteries Divine. *Numen*, 39(2), 235-238.
- Millar, F. (1993). *The Roman Near East: 31 BC -AD 337*. London: Harvard University Press.
- Nilsson, M. P. (1935). Early Orphism and Kindred Religious Movements. *The Harvard Theological Review*, 28(3), 181-230.
- O'Donnell, J. J. (2005). *Augustine: A new biography*. New York: Harper Collins.
- Pagden, A. (2008). *Worlds at war: the 2,500-year struggle between East and West*. New York: Oxford University Press.
- Pick, B. (1908). *Paralipomena: Remains of Gospels and Sayings of Christ*. Chicago.
- Plaut, G. P. (1981). *The Torah: A modern commentary*. New York: Union of American Hebrew Congregations.
- Rensberger, D. K. (1993). Introduction to the Gospel of John. In W. A. Meeks (Ed.), *The Harper Collins Study Bible: New revised standard edition* (pp. 2011-2013). London: Harper Collins.
- Roberts Gaventa, B. (1993). Introduction to Acts of the Apostles. In W. A. Meeks (Ed.), *The Harper Collins Study Bible: New revised standard edition* (pp. 2056-2058). London: Harper Collins.
- Robinson, D. N. (1915). An Analysis of the Pagan Revival of the Late Fourth Century, with Especial Reference to Symmachus. *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 46, 87-101.
- Russell, B. (1945). *A History of Western Philosophy*. Simon & Schuster: New York.
- Schoeps, H. J. (1969). *Jewish Christianity: Factional disputes in the early Church* (D. R. A. Hare, Trans.). Philadelphia: Fortress Press.
- Stark, R. (2006). *Cities of God: The Real Story of how Christianity Became an Urban Movement and Conquered Rome*. San Francisco: Harper.
- Taylor, J. E. (1990). The Phenomenon of Early Jewish-Christianity: Reality or Scholarly Invention? *Vigiliae Christianae*, 44(4), 313-334.
- Toynbee, A. J. (1946). *A Study of History*. Oxford & New York: Oxford University Press.
- Trout, D. E. (2003). Damasus and the Invention of Early Christian Rome. *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, 33(3), 517-536.
- Wedderburn, A. J. M. (1987). The Soteriology of the Mysteries and Pauline Baptismal Theology. *Novum Testamentum*, 29(1), 53-72.
- Wolfe, R. (1987). *Christianity in perspective*. New York: Memory Books.
- Woolf, G. (2004). Becoming Roman: The origins of provincial civilization in Gaul. In C. B. Champion (Ed.), *Roman imperialism: Readings and sources* (pp. 231-242). Bodmin, Cornwall: Blackwell.
- Yonge, C. D. (1855). *The Works of Philo Judaeus, the contemporary of Josephus, translated from the Greek*. London: Henry G. Bohn.
- Zeitlin, S. (1961). The Pharisees: A Historical Study. *The Jewish Quarterly Review*, 52(2), 97-129.

¹ Stark (2006:30)

² *ibid.* (p.120)

³ *ibid.* (pp.8-13)

-
- ⁴ O'Donnell (2005:275)
- ⁵ Carroll (2001:139)
- ⁶ Roberts Gaventa (1993:2059)
- ⁷ Woolf (2004:233)
- ⁸ Horsley (1979:445)
- ⁹ Johnson (1976:19)
- ¹⁰ Collins (1998:263)
- ¹¹ Lenowitz (1998:35)
- ¹² Duling (1993:1860)
- ¹³ Lenowitz (1998:35)
- ¹⁴ Fredriksen (2008:xiii)
- ¹⁵ Collins (1998:263)
- ¹⁶ Kraemer (1979:72-74)
- ¹⁷ Wolfe (1987:110)
- ¹⁸ *ibid.* (pp.310-11)
- ¹⁹ Wedderburn (1987:55)
- ²⁰ Wolfe (1987:64)
- ²¹ *ibid.* (pp.92-95)
- ²² Mashkin (1949:207)
- ²³ Wolfe (1987:48, 64)
- ²⁴ Burkert (1987:76)
- ²⁵ Kraemer (1979:58)
- ²⁶ Wolfe (1987:44)
- ²⁷ Kraemer (1979:65)
- ²⁸ *ibid.* (p.71)
- ²⁹ Russell (1945:17)
- ³⁰ Wolfe (1987:42)
- ³¹ Bather (1894:245-46)
- ³² Wolfe (1987:44)
- ³³ Lattimore (1959:vi)
- ³⁴ *ibid.* (p.50)
- ³⁵ Nilsson (1935:228-29)
- ³⁶ citados en Wolfe (1987:47-48)
- ³⁷ Nilsson (1935:184, 228)
- ³⁸ Den Boer (1973:13-14)
- ³⁹ Wolfe (1987:50)
- ⁴⁰ Nilsson (1935:206-07)
- ⁴¹ Wolfe (1987:50)
- ⁴² *ibid.* (p.118)
- ⁴³ Russell (1945:476)
- ⁴⁴ Fossum (1999:311)
- ⁴⁵ Macchioro (1928:354-53)
- ⁴⁶ Wolfe (1987:63)
- ⁴⁷ Fossum (1999:306-08)
- ⁴⁸ Wolfe (1987:63)
- ⁴⁹ Fossum (1999:308)
- ⁵⁰ Russell (1945:17)
- ⁵¹ Wolfe (1987:117)

- ⁵² Dunn B. 2006. The Liturgical Theology of the Solemnity of the Sacred Heart. *Homiletic & Pastoral Review*: 22-6
<http://www.catholicculture.org/culture/library/view.cfm?id=7146&CFID=30053295&CFTOKEN=27483332>
- ⁵³ Macchioro (1928:354-53)
- ⁵⁴ Fossum (1999:307-08; y nota 7)
- ⁵⁵ Fossum (1999:310)
- ⁵⁶ Wolfe (1987:59-60)
- ⁵⁷ Wolfe (1984:103)
- ⁵⁸ Russell (1945:132, y nota)
- ⁵⁹ *ibid.* pp.(32, 105)
- ⁶⁰ Macchioro (1928:342)
- ⁶¹ Meyer, en Johnston et al (1999:306)
- ⁶² Macchioro (1928:342)
- ⁶³ *ibid.* (pp.342-43)
- ⁶⁴ *Sobre la Vida Contemplativa*, traducción al inglés de Yonge (1855:2).
- ⁶⁵ Jackson Case (1914)
- ⁶⁶ Wolfe (1987:66)
- ⁶⁷ Stark (2006:85-118)
- ⁶⁸ Meyer (1992:236-37)
- ⁶⁹ Burkert (1987:75)
- ⁷⁰ Meyer (1992:237)
- ⁷¹ Wolfe (1987:67-68)
- ⁷² Zeitlin (1961:123)

- ⁷³ Fredriksen (2008:91)
- ⁷⁴ Wolfe (1987:62)
- ⁷⁵ Johnson (1976:3)
- ⁷⁶ Bechtel, F. (1907). The Brethren of the Lord. In *The Catholic Encyclopedia*. New York: Robert Appleton Company. Retrieved July 25, 2009 from New Advent: <http://www.newadvent.org/cathen/02767a.htm>
- ⁷⁷ Duling (1993:1857-58); Roberts Gaventa (1993:2057)
- ⁷⁸ Plaut (1981:118).
- ⁷⁹ Klutz (2000:180-181)
- ⁸⁰ Stark (2006:152)
- ⁸¹ Johnson (1976:25)
- ⁸² Rensberger (1993:2013)
- ⁸³ Taylor (1990:322)
- ⁸⁴ *ibid.*
- ⁸⁵ Schoeps (1969:62-63)
- ⁸⁶ Horrell (2000); Schoeps (1969:cap.4).
- ⁸⁷ Schoeps (1969:39-40)
- ⁸⁸ *ibid.*
- ⁸⁹ *ibid.* (p.44)
- ⁹⁰ Pick (1908:16-18)
- ⁹¹ Gingrich (1950:199)
- ⁹² Schoeps (1969:74)
- ⁹³ Millar (1993:45)
- ⁹⁴ Zeitlin (1945:125)

-
- ⁹⁵ Schoeps (1969:76)
- ⁹⁶ **Maimonides, Moses.** Encyclopedia Judaica, Second Edition, Vol. 13 (p.392)
- ⁹⁷ Schoeps (1969:67)
- ⁹⁸ Carroll (2001:110)
- ⁹⁹ Cohen (1987:147)
- ¹⁰⁰ Carroll (2001), Fredriksen (2008), Pagels (1995)
- ¹⁰¹ Carroll (2001:142)
- ¹⁰² *ibid.* (p.141)
- ¹⁰³ Wolfe (1984:106)
- ¹⁰⁴ Roberts Gaventa (1993:2074)
- ¹⁰⁵ Barnes & Connolly (1999:327-28)
- ¹⁰⁶ Carroll (2001:136-37, 143)
- ¹⁰⁷ Elliott (1991)
- ¹⁰⁸ Fredriksen (2008:98-99)
- ¹⁰⁹ Crake (1965)
- ¹¹⁰ Trout (2003)
- ¹¹¹ Johnson (1976:99)
- ¹¹² Robinson (1915:89)
- ¹¹³ Laws (1993:2269)
- ¹¹⁴ *ibid.*
- ¹¹⁵ Lieberman (1994)
- ¹¹⁶ Schoeps (1969:67)
- ¹¹⁷ Mashkin (1949:210)
- ¹¹⁸ Russell (1945:24)
- ¹¹⁹ Stark (2006:7)
- ¹²⁰ *ibid.* (p.9)
- ¹²¹ Fredriksen (2008:94)
- ¹²² Carroll (2001:58)
- ¹²³ *ibid.* (p.55)